

YENIVA FERNÁNDEZ

Siete paseos por la niebla

Índice



Siete paseos por la niebla

© Yeniva Fernández, 2015

© Campo Letrado Editores S. A. C.

Calle Los Titanes 185, 404-B, urbanización La Campiña, Chorrillos

TELÉFONO: 998 443 117

CORREO ELECTRÓNICO: editor@campoletrado.com

CUIDADO DE EDICIÓN: Campo Letrado Editores

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN: Campo Letrado Editores

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2015

TIRAJE: 500 ejemplares

ISBN:

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú:

Impreso en Litho & Arte S. A. C.

Jirón Iquique 046, Breña

TELÉFONO: 332 1986

CORREO ELECTRÓNICO: ventas@lithoarte.com

Lima, Perú

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta publicación, por cualquier medio o procedimiento, sin contar con la autorización previa, expresa y por escrito del editor.

Persona desaparecida	9
Una noche en Las Dalias	29
Rutka o la historia de algunas flores extrañas	47
Antes que caiga la noche	69
La pequeña compañía	83
Con Yolanda en el acantilado	103
En memoria de Evelina	113

Persona desaparecida

*Los antiguos egipcios decían que era una diosa afable;
pero cuando se enojaba, se tornaba violenta y vengativa.*

A Leny Fernández y Sebastián Pimentel

CASTIGLIONI ERA EL DUEÑO DE la compañía de vigilancia donde yo trabajaba como asistente contable. De carácter amable y alegre, lo único que lo ponía nervioso eran los gatos blancos. Una noche, de las muchas que nos quedábamos a revisar los reportes semanales, se encaramó en la ventana de la oficina un gato que se dedicó a escudriñar, con la nariz pegada al cristal, el interior del recinto. El animal era en realidad horrible, enorme para su especie y de grueso pelaje negro; partes de su cuerpo lucían lampiñas y con pequeñas costras que delataban alguna especie de sarna; además, un solitario ojo verde en medio de la frente le daba una apariencia de pequeño monstruo escapado de un laboratorio. El aspecto de la bestezuela causó pavor a la secretaria, por lo que me encargué de espantarlo de un sonoro golpe al vidrio. Castiglioni, lejos de aprobar la medida, sentenció: «Pobre, seguro que solo buscaba un poco de comida». Iba a preguntarle por qué se compadecía de ese felino deforme y, en cambio, siempre mostraba recelo, y hasta temor, ante inofensivos mininos de color blanco, pero no lo hice. A los pocos días, sin embargo, obtuve la respuesta a través de la insólita y extraordinaria historia que escuché de la voz de una desconocida.

En la empresa era costumbre que al terminar la semana nuestro jefe mandara a pedir pollo a la brasa para compartir con los chicos que esperaban el último turno. Eso ocasionaba que todos los vigilantes nocturnos llegaran temprano los días sábados, lo que brindaba a Castiglioni un público numeroso para sus relatos detectivescos, pues, durante una breve etapa de su vida, había hecho realidad su sueño de poner una agencia de investigadores privados, la más renombrada de Lima, se jactaba. Con local en Miraflores y lo último en cámaras filmadoras, la firma ganó pronto prestigio de seria, en un medio en el que su competencia consistía en un par de aficionados apostados en vetustos edificios del centro de la ciudad. Pero eran años complicados, el país vivía el fin de una dictadura y las preocupaciones sociales dejaban un estrecho espacio a los problemas individuales, por lo que, en menos de tres años, no tuvo más opción que cerrar el negocio. Esa época, no obstante, le dejó un buen bagaje de historias y anécdotas que él se complacía en compartir con nosotros cada sábado. La mayoría de sus narraciones giraba en torno a mujeres celosas o maridos coronados. Quizá por eso, en una ocasión, Rosita, la secretaria, que se mantenía siempre al margen de la conversación, intervino: ¡ay, otra vez hablando de infidelidades! Es lo que más abunda, repuso enseguida uno de los chicos. Castiglioni posó una mano en su profusa cabellera blanca y luego, como regresando de un lugar lejano, afirmó, es cierto, las traiciones dentro de las parejas son muy frecuentes, lo que a veces asombra son las consecuencias. Sí, algunos las matan, dijo otra vez uno de los chicos. O peor, se suicidan, agregué yo. O sencillamente los desaparecen, continuó Castiglioni, que en ese instante se levantó y nos hizo un gesto para que lo esperásemos un momento. Minutos después regresó portando su viejo equipo de sonido

y uno de esos casetes que antes servían para grabar música. Nunca les he contado esto, pero creo que ya me conocen lo suficiente para saber que no me gusta mentir y que no soy fácil de engañar, nos dijo mientras conectaba su antiguo aparato. En algunas ocasiones los relatos de mis clientes tenían muchos datos, prosiguió, y cuando esto ocurría normalmente pedía su permiso para grabarlos. Lo que van a oír es la voz de Adela Lozano, treinta y cuatro años, economista de profesión. Una mujer que una tarde solicitó mis servicios para buscar a un amigo desaparecido. Escuchen:

—Retomando lo que le dije, es la primera vez que recorro a un detective privado y lo hago porque estoy desesperada. La Policía no hace nada y van dos meses sin ninguna novedad del paradero de Jorge. Yo temo lo peor y me siento culpable. En fin, a usted no le ocultaré nada. Tal vez conociendo toda la verdad tenga más posibilidades de ayudarme.

»A Coqui, como le digo de cariño, lo conocí en las aulas universitarias. En esa época, ambos luchábamos codo a codo por el primer puesto de la clase. Pero esta rivalidad académica, lejos de distanciarnos, acrecentó nuestras coincidencias, ya que, además del deseo de superación, los dos teníamos en común el mismo gusto por el cine. No había grupo de estudio en el que no estuviéramos juntos, y las primeras butacas de la izquierda, en la quinta fila de la Filmoteca, prácticamente nos pertenecían. Hay quienes afirman que la amistad entre hombre y mujer es siempre un disfraz del amor. Yo podría dar fe de ello. Durante cinco años disimulé mis sentimientos. Aguardé con paciencia que él se fijara en mí, mientras le brindaba el punto de vista femenino para sus pesquisas amorosas. Cuando Coqui terminó con su tercera enamorada formal, yo volaba hacia Texas con una beca de posgrado. Poco después, él hizo lo

propio, hacia París. El tiempo, que nada perdona, haría su trabajo. O, al menos, eso me propuse. Luego de concluir la maestría regresé al Perú. Entonces supe, por una amiga en común, que él no retornaría; se había casado con una francesa y se instalaría, de modo definitivo, en Europa. Esa misma tarde rompí las últimas fotos que conservaba de mi etapa universitaria.

»No sé cómo será para los hombres, pero, para la mayoría de mujeres, el éxito profesional impone una renovación física. Al cabo de siete años, poco quedaba de la muchacha gordita y desarreglada cuyas únicas satisfacciones consistían en ver películas o comer papas fritas y chocolates. La estabilidad económica trajo, también, una seguridad en mí misma, a la que ya empezaba a acostumbrarme. Me sentía a gusto con la vida que tenía. Si bien todavía no encontraba el amor, eso no me desesperaba, pues poseía la paz y confianza suficientes para continuar la búsqueda. Todo se trastocó una mañana al revisar la bandeja de mi correo electrónico. *Almuerzo de reencuentro de la Promoción 91*, leí. Iba a ignorar la invitación, pues casi no frecuentaba a mis antiguos compañeros de estudio. No obstante, por curiosidad, revisé la lista de asistencia. En ese mismo instante llamé a la ex delegada de la clase (una chismosa reconocida). Era cierto, Coqui confirmaba su presencia en el evento y había más. ¿Cómo, no sabes? Llegó hace dos semanas. Tiene la intención de radicar en el Perú, no quiere saber nada con París. La francesa era una zorra, le puso los cuernos, está divorciado el pobrecito.

»Llegué a la reunión vestida de rojo y en sandalias taco aguja. Maquillada, con el cabello lacio y veinte kilos menos, ni el propio Coqui me reconoció. Yo sí a él, por supuesto. El mismo cuerpo delgado, pero de huesos anchos, los mismos ojos café profundos, la misma sonrisa con ligeros hoyitos a los lados. Coqui, lo saludé. Olía a Paco Rabanne. ¿Adela?

¡Caramba, te ves tan diferente! Pareces otra. Eso, solo parecía, porque, al verlo, comprobé que, en realidad, nada había cambiado en mi interior. Conversamos; fue como si la madeja del tiempo se enrollara de nuevo. Allí estábamos, compartiendo nuestras experiencias luego de varios años alejados y, a la vez, hablando con la calidez y confianza de quienes se han visto el día anterior. Me contó de su vida en Francia, de su trabajo en una empresa financiera, de las veces que fue a la Cinemateca francesa (ojalá tú hubieras estado conmigo, repitió). Sobre su matrimonio, las frases fueron cortas: siete años de matrimonio, las cosas nunca llegaron a cuajar, un día Madeleine sale con que quiere el divorcio porque se casa con otro y aquí me tienes.

»Retomada nuestra relación, esa misma noche lo ayudé a poner en orden los pocos enseres rescatados de su hogar parisino. En realidad solo ropa, libros y la pintura, en gran formato, de un gato blanco sentado en una especie de cornisa, desde la que parecía observar, somnoliento, un paisaje borroso en el que destacaba el famoso cartel de Hollywood. Coqui heredó de sus padres una casita de techo bajo en la parte delantera de una quinta en Magdalena. El cuadro, de colores brillantes, estilo *pop art*, desentonaba por completo con la arquitectura y decoración de la vivienda. Aun así, tuve que emplear todo un discurso para ubicarlo en el pasillo que daba a los dormitorios. Cuando la pintura quedó fija en aquella pared oscura y solitaria, Coqui emitió un suspiro como de tristeza. Vaya, no sabía que tuvieras tanta preferencia por el arte moderno, comenté socarrona. No lo tengo, pero ese gato me costó una fortuna, replicó. Pues te estafaron, agregué, y nos reímos cómplices. La velada terminó con un brindis por nuestro reencuentro y añadió: ¿Sabes? Volver a verte es como recuperar un poco a mi familia. Lo abracé, ambos éramos hijos únicos. Nadie lo comprendía mejor: mi madre también

había partido hacia unos años y yo tampoco contaba con el consuelo de una pareja. Si él quería, yo podría ser su madre, su hermana y, sobre todo, la más amante, leal y devota esposa.

»Comenzamos a salir dos veces por semana. Los martes, Coqui me esperaba a la salida del trabajo e íbamos caminando hasta un multicine cercano, donde yo lo dejaba escoger la película; luego, comentábamos el filme en una mesita del Café de la Paz, que se convirtió en nuestro clásico rincón postcine. Los sábados nos reuníamos para almorzar en algún restaurante, pasábamos la tarde juntos y cerrábamos el día en el cine, el teatro o, simplemente, conversando. Una vez ofrecí cocinar. La comida quedó tan sabrosa que poco a poco dejamos de comer fuera. Los fines de semana yo llegaba temprano a su casa con la compra del mercado. Incluso me dio un duplicado de sus llaves para no despertarlo, e iba radiante a instalarme en aquella cocina que ya consideraba mía. Recuerdo esos días como los más felices. Existían ocasiones en los que, en medio de una conversación, ambos nos quedábamos en silencio y en sus ojos aparecía una luz nueva (como de descubrimiento); esto duraba solo unos segundos y retomábamos la charla. Yo, por supuesto, simulaba no darme cuenta de nada. Pero estaba segura de que, pronto, aquella luz dejaría de ser una estrella fugaz, y se convertiría en el poderoso sol donde yo ardería.

»Durante casi tres meses mis esperanzas crecieron, abonadas por sus miradas, halagos y pequeños regalos (chocolates, flores, adornos para mi escritorio). Una tarde, sin embargo, Coqui no se presentó a nuestra cita. En vano lo esperé por más de dos horas, junto a la boletería de El Pacífico. Él se preciaba de su puntualidad, por lo que su tardanza me alarmó sobremanera. Luego de llamarlo de modo insistente, sin

obtener respuesta, opté por ir hasta Magdalena. Ya veía la entrada de la quinta cuando sonó mi teléfono. ¿Adela, dónde estás? En la entrada de tu casa, respondí, creí que te había sucedido algo malo. Oh, no, nada, voy para allá. Al ingresar en la sala, sentí un ligero olor a orín de gato. Nos sentamos y se disculpó. Afirmó que a media tarde se encontró con un amigo de la infancia, un tal Pablo Gonzáles, que era ahora asesor del nuevo ministro del Medio Ambiente, y le ofreció presentárselo; a él le pareció una buena idea, ya que sus ahorros comenzaban a escasear y debía empezar a buscar empleo. Pero el ministro resultó un mayúsculo parlanchín que no dejaba de hablar de sí mismo y Coqui no tuvo más alternativa que soplarse un monólogo interminable. ¿Y mis llamadas?, pregunté. Es que dejé mi saco, con el celular, en el auto de mi amigo antes de entrar al ministerio. Quedé satisfecha y reanudamos nuestra rutina de salidas. No obstante, a partir de ese día, noté que revisaba con frecuencia su celular, como si aguardara algún mensaje o llamada.

»Como supuse que Coqui estaba ansioso por conseguir trabajo, dediqué mi tiempo a buscarle alguna plaza disponible. Obtuve dos propuestas muy interesantes. Él recibió las buenas nuevas con apatía. Qué bien, aunque justo quería comentarte que voy a comenzar a colaborar con la Agencia Francesa para el Desarrollo. Dijo que, gracias a su amigo, estaba embarcado en un proyecto de cooperación internacional; algo muy importante, que exigía toda su atención. En conclusión, se cancelaban nuestros encuentros de los martes. Está bien, pensé, su trabajo es primero, ya lo compensaremos de sobra los fines de semana. Lo felicité por su nuevo empleo y continuamos con nuestras reuniones por un par de sábados. Sin embargo, lo notaba distraído, siempre con el teléfono

en la mano. Además, ya no quiso que fuéramos a su casa. Un viernes recibí su llamada en la oficina. Mañana no podré verte, la agencia me envía a Madre de Dios, tú sabes cómo son estas cosas. Nos vemos cuando regrese. Después de su viaje, solo lo vi en dos oportunidades.

»Me encontraba perpleja. Los días pasaban, yo le telefonaba, le enviaba mensajes, correos, y él apenas si contestaba mis comunicaciones. Sí, ya estoy en Lima, aunque con demasiado trabajo. Uy, este sábado no puedo, justo vuelvo a la selva. ¿Qué sucedía? ¿En realidad sus labores eran tan abundantes? ¿O simplemente no quería verme? ¿Acaso hice algo que lo molestara? No soporté la incertidumbre. Fui a verlo una noche, ya muy tarde. No había nadie en su casa, así que lo esperé. Llegó media hora después, silbando una canción. ¿Me haces pasar?, dije, con una sonrisa, señalando su puerta. Él se puso muy nervioso, argumentó que su casa estaba patas arriba, que mejor fuéramos a un café. Yo me negué, ya picada por la curiosidad. Al cabo de un rato, Coqui accedió a conversar en el interior de su vivienda. Al ingresar, percibí de nuevo el olor a mascota. La decoración había cambiado. El horrible cuadro del gato presidía la sala, los sillones estaban atiborrados de cojines aterciopelados y, dispersos en todas partes, se hallaban quemadores de incienso y pelotitas de colores. Sorprendido por mi visita, preguntó por el motivo. Pensé decirle que pasaba por allí; pero resultaba absurdo. Así que le solté la verdad, la verdad que oculté por años.

»¿Cómo describir una conversación en la que sentimos que se nos va la vida? De vuelta en mi departamento, recordaba cada una de sus palabras. De lo que yo le dije, de mi confesión, conservaba, en cambio, pequeños retazos. El punto es que fue amable conmigo. Tomó mi mano: Adela, eres mi gran

amiga, la mejor persona que conozco. Una perorata destinada a aminorar el impacto de su rechazo. Algunas lágrimas recorrieron mis mejillas mientras lo escuchaba. Quizá, por eso, en un afán por consolarme, añadió que, si no estuviera ya enamorado de otra mujer, sin duda sería yo la primera en quien pensaría. Sequé mis ojos; tampoco estaba dispuesta a tolerar su lástima. Recuperé la compostura y, en un esfuerzo por aparentar que podía manejar mi dolor, lo interrogué por esa otra, a la que amaba. Al principio se mostró reticente. Sin embargo, ante mi insistencia, accedió a contarme quién era ella y la historia de su romance.

»En París, aproximadamente tres años atrás, Coqui era un asiduo concurrente de un pequeño cineclub. En una ocasión, al terminar la función, descubrió un gato blanco recostado en una de las butacas. Preguntó por el dueño. Pero al parecer no era de nadie y el guardián lo echó a la calle. Llovía. Y él, movido por la compasión, recogió a la mascota de la vereda, para llevársela a casa. Madeleine, que detestaba cualquier tipo de bicho peludo, se encontraba de vacaciones con sus padres, por lo que podía acoger, por lo menos hasta que escampara, a ese huésped inesperado. El animal maulló toda la noche y ni siquiera tocó la lata de sardinas que su anfitrión le puso al frente. Por la mañana, harto de sus maullidos, Coqui accedió a abrirle la puerta. Ni bien lo hizo, el felino salió disparado hacia la calle sin que él pudiera alcanzarlo. Bueno, se dijo, y olvidó el asunto. Luego de unos días, apareció, por el cineclub, una muchacha, preguntando por el gato. La chica era, en realidad, hermosa; aunque le resultaba difícil describirla, pues su belleza era una combinación de cierta majestuosidad antigua y hierática con un aire fresco y juguetón. Él se ofreció enseguida a ayudarla a buscar a la mascota.

Fracasaron en su cometido, mas ello fue el inicio de una intensa relación amorosa. Sara, ese era su nombre, era una mujer sensible, inteligente, culta y que poseía, además, un gran sentido del humor y una contagiosa alegría de vivir. Cinéfila igual que él, tenía especial predilección por las películas de Val Lewton, a quien, si no fuera tan joven, cualquiera hubiera pensado que conoció. Todo en ella era perfección, salvo unos cuantos detalles. El primero, su exacerbado sentido del olfato y la limpieza, que la llevaban a acicalarse y cepillar su largo cabello de manera continua. El segundo, un defecto en la vista, que le impedía ver con nitidez los colores. Era increíble que aquellos ojos verdes, inmensos, almendrados, tuvieran problemas para distinguir todos los matices que la rodeaban. El tercero, que nunca soltaba prenda acerca de sí misma. Lo único que él sabía de ella, a ciencia cierta, era que abandonó su patria (en algún lugar del Medio Oriente) siendo muy niña y que, de allí en adelante, los viajes se convirtieron en una constante en su vida. Más datos, ¿apellidos, dirección, teléfono? Nada. ¿Le importaba? Sí, pero no quería presionarla, prefería esperar a que, por sí sola, le confiara sus secretos. En tanto, la felicidad consistía en caminar a su lado, abrazado a su cintura brevísima, conversar mientras se veía reflejado en esos iris de tamaño mayor al habitual y que, en la oscuridad, parecían volverse incandescentes. La felicidad era, en suma, hacerle el amor y probar, cada noche, un sabor distinto. Pero no todo era dicha. Los otros detalles, que le hacían recordar que la perfección estaba negada a los mortales, lo constituían dos rasgos de su personalidad: cierta tendencia a estallidos violentos y su marcado sentido de posesión. Estas características se manifestaban en aspectos tan variados que iban desde los objetos personales (una vez fue testigo de cómo, prácticamente, le arrebatara una sortija a una

anciana, pues consideraba que aquella era una joya que ella había extraviado hacía tiempo; la Policía tuvo que intervenir y él, por supuesto, indemnizar a la agraviada), hasta los espacios físicos (los lugares que le gustaban se convertían en su territorio, donde no admitía la presencia de ningún perro, so pena de correrlos a pedradas; esto, afortunadamente, casi nunca ocurría, ya que los canes parecían saberlo y huían a su paso), y, por supuesto, se extendía a las personas —en concreto, a él—. Varias veces le advirtió, con un tono distraído y suave, que no le gustaban las mentiras, y que se cuidara de engañarla con alguna otra mujer, porque la pasaría muy mal. Coqui, por temor a su carácter volcánico, no se atrevía a contarle la verdad sobre su situación. No obstante, estaba decidido a cortar cuanto antes su vínculo matrimonial. Con Madeleine las cosas nunca funcionaron del todo y, con el tiempo, los lazos que los unieron se disolvieron poco a poco. Las semanas pasaban, y él no hallaba el momento apropiado para hablar con su esposa. Mientras tanto, Sara se mostraba cada vez más dispuesta a dejar a un lado su independencia y hasta hablaba de la posibilidad de mudarse pronto con él. Una tarde, ella apareció en el Jardín de las Tullerías arrastrando un enorme cuadro bajo el brazo, que luego puso en sus manos —pidiéndole que lo cuidara, pues era la primera pieza que adornaría su nuevo hogar, ya que al día siguiente pensaba irse a vivir a su lado—. Coqui no tuvo el valor de sincerarse. Regresó a su casa portando la extravagante pintura del gato blanco y decidido a ponerle fin a su matrimonio. La discusión con Madeleine se centró en aspectos económicos. Sobre el divorcio ella estaba de acuerdo, ya que le reveló que también tenía un amante. Esta declaración lo incomodó, por lo que no pudo evitar hacerle una serie de reproches, aunque en su fuero interno eso no le importara gran cosa. Cerca de solucionar el

pequeño escollo de su estado civil, al fin se sentía libre para confesar la verdad. La tarde siguiente, acudió, puntual, a su cita con Sara. Sin embargo, ella jamás llegó. Él volvió, acongojado, al hotel donde se hospedaba; esperó sus mensajes, sus llamadas y nada. La que sí lo llamó, para gritarle e insultarlo, fue Madeleine. La casa conyugal había sido asaltada y, prácticamente, destruida. Los muebles, rasgados; los artefactos eléctricos, descompuestos; la ropa y los artículos personales de la dueña de casa, rotos en decenas de pedazos y, de sus alhajas, no existía el menor rastro. Lo único intacto era el cuadro del gato. Esto, y que las cerraduras no hubieran sido forzadas, llevaba a su futura exesposa a la conclusión de que el autor de la fechoría no era otro que su todavía marido, el macho latinoamericano resentido en su amor propio. Él fue a su encuentro, para intentar convencerla de su inocencia. Fue inútil. De vuelta en el hotel, el encargado le entregó un sobre: una bellísima señorita lo dejó para usted. La carta era de Sara. En resumen, decía que siempre sospechó que Jorge mantenía una relación con alguna otra mujer, que lo olía en su ropa, en sus manos, y que, cansada de su hipocresía, le dio una última oportunidad cuando le entregó su pintura preferida y le dijo que se iría a vivir con él, pero que ni siquiera de ese modo consiguió un poco de franqueza. Entonces lo siguió hasta su domicilio. Quedó tan impresionada con lo que descubrió que, solo horas después, resolvió pasar a visitarlo. Lo llamaba vil, deshonesto, asqueroso y se despedía con un hasta nunca, tuviste suerte de que no encontré a nadie en tu casa. Coqui, abatido, la buscó de manera incansable, sin ningún resultado. No podía olvidarla y París se la recordaba en sus calles, sus cines y sus gatos. Por eso, una vez divorciado, decidió dejar todo atrás y regresar al Perú. Pero trajo consigo la pintura que Sara le encargó. ¿Por qué ella no se la llevó

la noche que asaltó su casa? Él tenía la vaga esperanza de que ella, dado su apego a las cosas que le pertenecían, alguna vez podría regresar a su vida, con la excusa de reclamar aquella prenda. Y no se equivocó del todo. Según Coqui, al salir del ministerio, la tarde que faltó a nuestra cita en El Pacífico, recibió una llamada a su celular: Estoy a la vuelta de la esquina, ven rápido. Le faltaron piernas para correr. Al llegar, Sara se encontraba junto a una cabina telefónica. El fuego volvió a encenderse apenas se miraron. Él le pidió perdón mientras le besaba las manos; ella, con una sonrisa, le devolvió la cajita de joyas de Madeleine. Sin embargo, a él le costó bastante restablecer el vínculo quebrado y, durante mucho tiempo, temió que ella nunca volviera a enviarle ninguna comunicación. Afortunadamente, esa etapa había sido superada, y si bien Sara todavía no accedía a permanecer del todo a su lado, por lo menos se quedaba a dormir tres o cuatro días a la semana. Él, para confortarla, acondicionó, en algo, la decoración de su vivienda a los gustos de su amada. Cuando terminó su relato, yo estaba serena y sin el menor asomo de llanto. Antes de despedirnos, me pidió que le entregara la copia de la llave de su casa que yo conservaba en mi poder. Así lo hice y cerré su puerta sin dirigirle una última mirada. No obstante, permanecí un momento en la acera del frente y pude observar cómo se apresuraba a abrir las ventanas y encender, uno a uno, los diversos quemadores de incienso, ansioso, seguro, de eliminar cualquier vestigio de mi presencia que pudiera ocasionarle algún problema con su novia. Tomé el primer taxi que pasó por la calle. El conductor tuvo la gentileza de alcanzarme, en silencio, una bolsita de pañuelos desechables.

»Esa noche no dormí. La vigilia me sirvió para examinar los diversos caminos que se presentaban ante mí. Pensé alejarme de manera definitiva, irme al extranjero, tratar de

conseguir una pareja. Pensé quedarme, entregarme al trabajo, hacer otra maestría. Al llegar el alba tuve claro lo que haría. No, yo no podía olvidarlo, lo sabía luego de años de intentarlo sin éxito. Por lo demás, ¿por qué habría de apartarme de modo tan apacible sin obtener siquiera una mínima revancha? Coqui nunca tuvo conmigo ningún miramiento. Porque, a esas alturas, casi podía afirmar que él conocía, o por lo menos intuía, desde un principio, la verdad de mis sentimientos. Pero nada le importó, lo único que hizo fue utilizarme. En la universidad, como su consejera romántica, como la que se amanecía sola haciendo las monografías de los cursos que no le gustaban y que después firmábamos juntos. Y al regresar de Europa, me dije, había hecho lo mismo, invitándome a salir, colmándome de presentes, alentando mis esperanzas, solo para evadir su soledad. Otra vez, como de costumbre, Adela le resultó eficiente para llenar sus vacíos incómodos. En aquel momento, el de la nostalgia y la tristeza dejados no por el fin de su matrimonio, sino por la ausencia de una fulana ladrona y loca que él prefería antes que a mí. Pensé todo eso en aquel momento de ofuscación. Y, de sobra, se conoce que las peores alternativas son las que elegimos guiados por la rabia. La decisión que tomé, y de la que hoy me arrepiento, confirmó ese axioma.

»Siempre he sido muy distraída; suelo perder las cosas con facilidad. Por esa razón, cuando Coqui me confió sus llaves, mandé hacer un par de copias. Mi plan era sencillo: tal como había visto en una película, entraría a su casa, regaría gotas de perfume entre sus sábanas, rodaría un arete bajo su cama y el toque final lo daría una media de *nylon* que dejaría oculta, aunque no lo suficiente, junto al inodoro del baño. Si Sara tenía una pizca de orgullo, todo terminaría entre ellos.

Y si no era así, al menos pasarían un mal rato. Dentro de un auto de alquiler, di varias vueltas alrededor de la vivienda de Coqui, a la espera del momento oportuno para mis propósitos. Cerca de las seis de la tarde, cansada de esas idas y venidas, me detuve. Ellos conversaban frente a la ventana, él sostenía las manos de ella. No hacía falta ser muy observador para notar que su mirada, y la delicadeza con que sostenía aquellas extremidades, transmitían un mensaje de pasión y embeleso. Entonces posé la vista en la causante de tal arrobamiento. Es muy extraño lo que le voy a decir, pero no encuentro otra manera de expresarlo. Al poner mis ojos en ella, no fui capaz de fijar, de asir, una estampa completa de sus facciones o su figura. Lo único que puedo decir es que era delgada y de cabello largo. Las luces de la sala, donde ellos se encontraban, estaban encendidas, y ya he dicho que eran las seis de la tarde, ni siquiera como para echarle la culpa a la oscuridad. Simplemente me resultó imposible retener una imagen física exacta de aquella mujer. A pesar de eso, la impresión que me dejó fue que se trataba de alguien de gran belleza. Corrieron las cortinas y no pude seguir mirando. Pasé la noche en el auto. Por la mañana vi a Coqui, muy al terno, echar llave a la puerta y alejarse rumbo a la avenida. Obviamente su amante ya habría abandonado el lugar. Lamenté haberme quedado dormida, pues quería ver a Sara otra vez. En fin, pensé, y me apresuré en poner en marcha mi proyecto.

»Contenta con la ejecución de mi plan, aguardé a que Coqui se comunicara conmigo. Si me acusaba de algo, lo negaría. Si, por el contrario, quería desahogarse y encontrar consuelo, yo estaría allí para proporcionárselo. Pasaron dos días. Intrigada por no recibir noticias, decidí espialo de nuevo. Llegué justo cuando los bomberos forzaban su puerta.

Desesperada, me abrí paso entre la gente aglomerada en la entrada. Un humo espeso, con olor a incienso, se propagaba en el ambiente. Los bomberos buscaron el origen de lo que presumían un incendio, pero no hallaron fuego ni gas, ni a ninguna persona dentro del inmueble. Cuando la humareda se disipó, constaté el penoso estado en que se encontraba el interior de la vivienda. Muebles rasgados, aparatos eléctricos rotos y esparcidos en todas direcciones, igual que la ropa y demás enseres. No obstante, lo que más llamó mi atención fue que el cuadro, el horrible cuadro del gato, había desaparecido. Asustada, traté de ubicar a Coqui. Fui a su trabajo, hice llamadas, le envié mensajes y correos. Transcurridas cuarenta y ocho horas, puse la denuncia por su desaparición. En la delegación policial relaté los detalles que conocía de su relación con la tal Sara; omití, por supuesto, cualquier referencia a mis sentimientos personales y a mi vergonzosa actitud. Usted es la única persona a la que le he contado todo y, créame, no lo habría hecho de no estar tan angustiada. Ya han pasado dos meses y Coqui sigue sin dar señales de vida. La Policía no ha podido establecer su paradero, ni obtener información sobre la identidad de Sara. A veces, pienso que sospechan de mí y le juro que eso no me molestaría si viera que, siquiera de ese modo, ponen más interés en el caso. Sin embargo, no es así. Cuando voy a la comisaría, me dicen: estamos buscando señorita, ¿cree que es el único desaparecido? Tal vez se fue de vacaciones con su noviecita. Yo sé que están equivocados. Coqui es un hombre responsable, jamás hubiera abandonado su trabajo o su casa sin dejar por lo menos una nota. Temo lo peor. Y, de un tiempo a esta parte, algunos incidentes han contribuido a exasperar mis nervios y hacer que tema incluso por mi seguridad.

»La semana pasada, impaciente por la poca diligencia de la Policía, cometí el error, ahora sé que lo fue, de volver a casa de Coqui en busca de alguna pista que se les hubiera escapado a los investigadores. Salí con las manos vacías y estuve un rato cavilando en la entrada de la quinta. De pronto, me sentí observada. Levanté los ojos; la calle lucía desierta. Avancé unos pasos y la sensación continuó. Entonces me detuve para examinar los alrededores con detenimiento. Trepado en las ramas de un árbol, un gato blanco me miraba con total atención. Fui hasta él y, con gesto cariñoso, traté de atraerlo hacia mí. La respuesta del animal, con las orejas hacia atrás y el lomo erizado como si se preparara a atacarme en cualquier momento, fue una especie de rugido (no puedo llamar maullido a ese sonido). Retrocedí amedrentada. El felino rugió otra vez. Luego saltó hacia la vereda y se alejó, corriendo, en dirección contraria. Muy bien, dirá usted, puede ser una coincidencia. Yo pensaría igual. Pero lo he vuelto a ver, en el parque, a la espalda de la calle donde vivo. El mismo animal, siempre atento a mis pasos. Hoy, antes de venir a verlo, lo vi acechándome de nuevo. Ya no en el parque, sino en el mismísimo jardín de mi edificio. Estoy asustada...».

La cinta se cortaba en la última frase. Permanecimos unos segundos en silencio, hasta que Rosita se adelantó a preguntar: ¿qué pasó después?, ¿encontraron a Jorge? Ella misma lo mató; estaba loca, ¿no? La seguimos nosotros: Jorge y Sara huyeron a Miami, lejos de la atracción fatal de esa amiga venenosa. Qué va, más bien la tal Sara era la de temer. Bueno, dejen que conteste, ¿sí?, dijo otra vez Rosita, intentando poner orden. No, muchachos, pronunció con tono solemne Castiglioni, el caso es que Adela también desapareció. En su departamento, los bomberos encontraron el mismo

Una noche en Las Dalias

humo, el mismo destrozo que en la casa de Jorge. Cuando entrevisté a las personas que la conocían, ninguno agregó nada a lo que yo ya sabía. Con Jorge pasó casi lo mismo. Sus más allegados, Madeleine Bouviers, ex señora de Palomino, resentida porque creía que él se había apoderado de unas joyas de su propiedad, solo aceptó que le hiciera unas pocas preguntas por teléfono; su amigo Pablo Gonzáles, en cambio, cooperó en todo momento con la investigación. No obstante, lo único interesante que pudo decirnos a la Policía y a mí fue que, aunque Jorge era muy reservado sobre su vida privada, una vez lo encontró en la cola de un cine, acompañado de una mujer que le pareció muy hermosa. Pero, por más que se esforzó, no pudo, de ninguna manera, acertar a describirla. ¿Y no podía ser Adela?, lo interrumpí. Castiglioni sacó un sobre de su bolsillo y nos mostró una foto: ¿ustedes dirían que ella es hermosa? Todos negamos con la cabeza. Ay, tampoco era tan fea, se compadeció Rosita. Bueno, ¿descubrió algo más?, dijo uno de los chicos. Por amigos que tengo en el banco sé que las cuentas de ahorros de Jorge y Adela siguen intactas. ¿Alguna otra cosa?, insistí. Me obsesioné con el asunto, afirmé; sin embargo, lo único que conseguí fue engrosar el expediente con datos inútiles. Una noche, al regresar a la agencia, escuché ruidos en el interior; pensé que eran ladrones y abrí la puerta de una patada. La ventana estaba abierta, mas no encontré a nadie en el lugar. Todo estaba desordenado, pero solo los archivos del caso Palomino-Lozano se hallaban en pedazos. Si conservo la foto y el casete es porque los llevaba conmigo aquel día. ¿Y?, lo instamos a continuar. Di aviso a las autoridades: lo único que encontraron fueron unas huellas singulares en el alféizar. ¿De quién eran?, preguntamos en coro. No eran humanas, respondió Castiglioni.

SENTADA EN EL BORDE DE LA cama, Natalia examinaba de lejos el contenido de la mesita rodante que el camarero, antes de retirarse, acababa de dejar a un lado de la ventana. Una bandeja con frutas, dos copas alargadas y un recipiente de metal repleto de cubos de hielo, que acunaban una botella de champán cual si fuera un pez exquisito y delicado. En circunstancias distintas, ella se habría adueñado enseguida de aquel espacio con el que soñó tantas veces y donde se vio detenida en el balcón, después de una noche de amor infinito, contemplando el bosque de fresnos, ahuehuetes y pinos que sin ningún esfuerzo acariciaban el cielo. Sin embargo, permanecía nerviosa, sin atreverse a tocar nada, indecisa entre llamar a recepción para poner fin a lo que sin duda se trataba de un error, o simplemente disfrutar de aquel ambiente confortable y perfumado, ideal para el encuentro de una pareja de amantes.

La habitación era amplia y elegante. Una alta araña de cristal iluminaba las paredes de color marfil y oro viejo. El

chaiselongue, el buró, la cama con cabecera acolchada y filos de madera dorados la hacían pensar en las películas antiguas que tanto le gustaban. Hubiera sido lindo venir alguna vez con José, pensó, cuando aún eran pareja, quizá un fin de semana durante los primeros años de la relación. Miró el tocador y se imaginó a ambos sentados frente al gran espejo, ella con los ojos cerrados, él acariciándole despacio la mejilla con el dorso de la mano. Se rio; no, ni la ternura ni el lugar eran propios de alguien como José. De ella sí, pero se encontraba allí por una equivocación. Su verdadero alojamiento debía corresponder a una pieza sencilla y no a esa especie de alcoba nupcial en el piso más elevado del edificio. Apenas dio su nombre en recepción, el empleado respondió: «*Suite de luxe*» y le alcanzó la llave al tiempo que hacía una señal al botones para que la ayudara con su pequeño maletín de mano. En ese instante debió haber sacado de su bolso la carta que recibió del hotel, se recriminaba, o bien, cuando el camarero se presentó, devolver siquiera el champán y las frutas. No obstante, tampoco en este momento se decidía a hacer algo concreto para remediar la confusión; por el contrario, se sentía cada vez más inclinada a dejar que continuara el desacierto sin hacer nada para aclararlo, igual que había dejado seguir los comentarios en la oficina, sí pues, ahora sale corriendo a encontrarse con su novio, y los discretos consejos de su madre antes de despedirla esa misma noche.

II

Todo comenzó como una mentira, una puerta de escape, una frase inofensiva para evitar una reunión incómoda y nada más. Era sábado por la tarde y ella, como tantos otros fines

de semana, se preparaba para una maratón de películas en el canal retro, cuando otra vez sonó el teléfono. «Ándale, Naty, dame una razón para no ir con nosotras al karaoke». «Es que tengo muchas cosas que hacer». «¿Es por Silvia, verdad?». «No, ella no tiene nada que ver». «Sí, es por ella. Yo tampoco quería que fuera, pero Julia le avisó». «Te digo que no es por eso». «Es una metiche, pero no te preocupes: si comienza con sus estupideces, yo misma le pongo el alto». «Ya te dije que no es por eso». «¿Entonces por qué?». «Eeehh..., bueno, es que...». «¿Ya ves? Es por Silvia». «No. Lo que pasa es que tengo una cita». «¿Una cita? ¿Con quién?». «Un amigo». «¡Una cita con romántica!». «Es solo un amigo». «Naty, ¿por qué no me lo dijiste desde el principio?». «Es que no es nada especial, solo vamos a ir al cine». «¡Uy, amiga! Así comienzan el amor. ¡Me tienes que contar todo!». «Sí, claro. Cuando nos veamos. Ahora ya es tarde y me tengo que empezar a arreglar». «Entiendo. No te quito tiempo. ¡Suerte!».

Natalia colgó el auricular. Mejor hubiera sido decirle la verdad a Tere, pensó, y puso otro cojín en el sofá para estar más cómoda frente al televisor. Salir con las chicas era una actividad que ella siempre disfrutó. Teresa y Julia eran amigas suyas desde la universidad. Pero desde hacía un par de años, Julia se había vuelto inseparable de Silvia Sánchez, una mujer que se sabía la vida de todos al dedillo y que no perdía la ocasión para comentar, delante de todo el mundo, lo difícil que debía ser olvidar a alguien luego de un largo y frustrado noviazgo. Una indirecta que Natalia optó por ignorar y que sin embargo no dejaba de molestarla. ¡Qué le importaba a esa arpía si ella recordaba o no a José! Aunque, a decir verdad, estaba segura de que no solo Silvia pensaba de ese modo. En la oficina fue testigo de algunos cuchicheos sobre su soltería, sí pues, dicen que luego de su decepción amorosa ya no quiere

salir con nadie, y hasta su madre le repitió varias veces: es que, hija, tienes que darle la oportunidad a otros, no con todos va a ocurrir lo mismo que con José. Habían pasado cuatro años desde que él terminó la relación para casarse enseguida con una aeromoza. En ese lapso ella solo aceptó tres invitaciones a salir: una al cine con un compañero de trabajo y dos a cenar con un primo lejano, pero ninguno de ellos le interesó lo suficiente como para otra cita. La razón de su comportamiento no se debía al recuerdo de su exnovio. Si bien la ruptura fue un golpe inesperado, lo que más le dolió fueron las ilusiones a las que tuvo que renunciar. Ella disfrutaba pasear del brazo de su prometido, elegirle las camisas y compartir los sucesos del día durante la cena, e imaginaba el matrimonio como una extensión de esos cuidados, alguien de quien ocuparse y que se ocupara de ella. A José lo quiso con el cariño que despierta la novedad —él fue su único amante— y lo aceptó más por su insistencia que por un imperativo de la pasión. Con él vivió el compañerismo y la confianza de sentirse deseada, y poco a poco la fuerza de la costumbre la llevó a permanecer en la seguridad que le ofrecía su abrazo. El amor intenso, ese que desvela, que no da tregua, era algo que Natalia vio en las películas, pero que jamás experimentó en la realidad, porque su antiguo novio era una persona práctica, a la que le agradaba jugar fútbol y contar chistes cada vez que podía, muy diferente al tipo de hombre que a ella le hubiera gustado conocer, quizá alguno parecido a Ron Kirbi de *All That Heaven Allows*, o una mezcla entre varonil e idealista, como el Bogart de *Casablanca*. No obstante, era consciente de que hombres así ya no existían; es más, nunca existieron, se dijo, y subió el volumen del televisor porque prefería la compañía de esos fantasmas que poblaban la pantalla a aquellos de carne y hueso, tan superficiales y poco atractivos.

Los lunes solían ser muy agitados en la empresa donde laboraba. A menudo Natalia se quejaba de eso con sus amigas, lo que le daba una excelente coartada para no contestar las insistentes llamadas de Teresa a su celular. En realidad, estaba tentada a confesarle la verdad a su amiga; total, tampoco era tan grave que eligiera quedarse en su casa en vez de soportar a la insidiosa de Silvia. Sin embargo, le preocupaba que Julia y Teresa empezaran a desconfiar de sus palabras, pues no era la primera vez que inventaba una excusa para no reunirse con ellas (un dolor de muela, salir de compras con su madre o cuadros estadísticos sin terminar fueron sus pretextos en otras ocasiones). Además, temía causar la impresión de debilidad de carácter frente a Silvia o quedar como una tonta aburrida que prefiere la pasiva fantasía de Hollywood antes que un buen rato de diversión y alegría en la vida real; tal vez hasta creyeran que ya no las quería como antes. No, ellas no la entenderían. Luego de una nueva llamada perdida de Teresa decidió salir temprano de su trabajo rumbo a un cine cercano. Vería cualquier cosa que estuviera en cartelera; escogería adrede algo con muchos efectos especiales y escaso contenido. Con un solo acto solucionaría dos problemas: tendría cómo sostener la mentira sobre su salida relatando el argumento de la cinta y de paso se desharía de su galán imaginario al culparlo de la pésima elección del film: con un tipo que tenía gustos tan incompatibles con los suyos, resultaba imposible una segunda salida. De camino al centro, pasó por un cineclub y vio en la marquesina, entre otros títulos, el anuncio de una única función de la versión remasterizada de *Doctor Zhivago*. No pudo resistirse.

Al día siguiente, Natalia no salió de la oficina a la hora del refrigerio. Era la una y cuarenta de la tarde y no culminaba

todavía el informe de cobranzas que su jefe le solicitó. El encargo se lo dio a las doce. ¡Y lo quería para las dos! Lo bueno era que ya le faltaba poco, aunque le era difícil concentrarse. Su mente, sin querer, daba saltos hacia las imágenes de la película que había visto el día anterior; se preguntaba cómo sería vivir un gran amor como el de Yuri Zhivago y Lara Antipova, uno que recordara toda la vida, uno que le sirviera de luz en las épocas sombrías. Ella nunca sintió algo así y tampoco sus amigas. Julia contaba que se casó más que nada porque notó que Raúl era una persona ambiciosa, trabajadora, decidida a salir de la pobreza, y el tiempo confirmó su apreciación. Teresa mantenía un romance con un viudo que le llevaba veinte años y afirmaba que si bien en el plano personal no podían llevarse mejor, en lo sexual necesitaba aventuras esporádicas para sentirse satisfecha. En suma, Natalia no conocía a nadie que se hubiera enamorado del cuerpo y del alma de su pareja de un modo intenso y perdurable. Porque esa clase de amor requería la presencia de alguien especial y se puso a pensar en cómo sería ese hombre. Físicamente lo imaginó alto, de brazos fuertes, manos delicadas y con el cabello y los ojos oscuros. Al dibujarle un rostro, pensó en que debía tener también un nombre. «¿Qué nombre?», le dijo de pronto la secretaria. Ella contestó de modo automático: Esteban, porque suena a un hombre audaz, aunque un poco tímido en el fondo. Un hombre tierno y apasionado al mismo tiempo. La secretaria la miró perpleja y luego repuso: «Vaya, Naty, esa parece la descripción de un amante de película. Yo creo que le pondré Julián, porque así se llamaba mi abuelito». Natalia fijó la vista en el incipiente abultamiento del abdomen de su interlocutora y cayó en la cuenta de que hablaba de los posibles nombres para su bebé.

«¡Lo enredé todo peor!», se repetía, mientras caminaba por el centro comercial. Minutos antes se había despedido de sus amigas y ahora necesitaba mirar zapatos, ropa, maquillaje, olvidarse un poco de la conversación sostenida con ellas. Si es que la entrometida de Silvia no hubiese estado presente, habría puesto fin a la mentira sobre su cita tal como lo tenía planeado. No obstante, bastó verla para que a las preguntas de «¿quién es tu galán?, ¿dónde lo conociste?, ¿cómo te fue con él?», Natalia se sorprendiera hilvanando una serie de falsedades. Se llamaba Esteban Aguirre, era médico, lo conoció en el metro, la ayudó con unos paquetes, después volvieron a coincidir en la estación y conversaron. A él también le gustaban las películas antiguas, así que fueron a ver *Doctor Zhivago*; ella disfrutó la salida, él era respetuoso y amable, le caía muy bien. ¿Cómo era? Alto, moreno y con bigote. Se sentía avergonzada. ¿Qué le sucedía? Ella era una persona honesta y, sin embargo, desde la semana pasada engañaba a las chicas por tonterías y con una facilidad asombrosa. Ahora se vería obligada a inventar otro embuste para hacer desaparecer a su pretendiente perfecto. Suspiró; su madre tenía razón: una patraña jalaba a otra. Se detuvo frente a un escaparate de lencería. Un conjunto en seda y gasa rosa llamó su atención.

El camisón era largo, un poco ceñido, con cintas delgadas en lugar de mangas que dejaban ver un coqueto lunar en su hombro derecho. A Natalia le gustó su imagen reflejada en el espejo: el cabello suelto le caía por los hombros en leves ondas negras sobre la piel pálida. Caminó despacio hasta su cama modelando su traje. No, se dijo, definitivamente esa no era ropa para ir dormir, hasta podría ir a una fiesta vestida así. La pretina ancha debajo del busto y el cuello en V resaltaban sus formas delgadas y bien proporcionadas. Cerró los

ojos e imaginó que su cuarto se transformaba en el lujoso ambiente donde ella, en lugar del personaje de Tonia, era quien se mecía en brazos de Yuri Zhivago, en la escena del baile de Navidad de la película. Presa de la risa volvió a mirarse en el espejo y su semblante demudó. Lucía bella vestida así, pero ya no era una jovencita, las primeras arrugas comenzaban a insinuarse en el borde de sus ojos. ¿Envejecería y moriría sin conocer el verdadero amor, sin vivir una gran pasión? Su madre tocó la puerta; ella se echó encima la bata de gasa antes de abrir. Doña Eugenia alabó su buen gusto y viró la conversación a su principal inquietud: la soltería de su hija. No es bueno que te pases la vida viendo televisión, debes salir, conocer gente. Claro que salgo, mamá, salgo con las chicas. Su madre insistió y Natalia, por añadir una más a sus contadas reuniones, repuso que el próximo jueves iría a cenar con Teresa. Doña Eugenia se quedó tranquila: por lo menos Naty empezaba a ver más seguido a sus amigas. Natalia se acostó con su camisón de seda nuevo y en sus sueños escuchó toda la noche la música de *Doctor Zhivago* como tema de fondo.

Era jueves y no había nada interesante en la cartelera del cine, así que decidió dar una vuelta por Chapultepec. Eran las seis de la tarde; hasta las ocho podría andar por el bosque y de allí ya vería qué hacer, con que llegara a las diez a su casa todo estaría bien. En verdad, hubiera podido quedar con Teresa para ir a comer en algún lugar cercano; sin embargo, quería evitar cualquier referencia sobre «Esteban Aguirre» y no albergaba dudas de que estando a solas con su amiga, ella la acribillaría con toda clase de preguntas acerca de él. Por eso lo mejor era deambular sola, pensó al distinguir los primeros árboles de la entrada del parque; tal vez durante

esa caminata se le ocurriera una buena idea para desaparecer a ese fantasma con algún viaje o enfermedad repentina. El viento era tibio y los fresnos, secoyas y pinos parecían querer extender sus ramas en un intento por entrelazar sus hojas, como las pocas parejas que tomadas de la mano recorrían las veredas. Natalia quedó cautivada por la cálida quietud de aquel paisaje verde, suave, y enseguida olvidó sus preocupaciones. Caminaba contenta, sintiéndose acompañada y protegida, como si en lugar de ir sola fuera parte también de los novios que, abrazados, transitaban las calzadas o se detenían en las bancas a alimentar a las ardillas. ¿Y si fuera una pareja silenciosa, se dijo, de esas en verdad amantes, a las que no les hace falta platicar para sentirse a gusto? Al salir del parque siguió andando por las calles aledañas, arrobada en sus pensamientos. Cuando llegó a su casa se fijó en que tenía una llamada perdida en su celular: número reservado. No le dio importancia.

El tiempo pasó monótono en el trabajo y en su casa, salvo por un par de nuevas llamadas anónimas que recibió los días lunes y viernes. La primera fue durante una junta de trabajo, el teléfono empezó a sonar y Natalia lo apagó al instante. Al terminar la reunión examinó su celular y se preguntó quién podría llamarla bloqueando su identificación. Se propuso contestar de inmediato la próxima vez. El viernes ocurrió de nuevo, mientras se lavaba los dientes: corrió, pero no alcanzó a responder. En esa oportunidad estuvo tentada a devolver la llamada, mas no lo hizo. Quienquiera que fuese ya insistiría si era urgente. El sábado despertó de buen humor, acompañó a su madre a hacer las compras y por la tarde se acomodó en el sillón de su cuarto dispuesta a entregarse a la programación del canal Retro. Transmitían *Gilda* y luego *Cumbres*

borrascosas; conforme avanzaba la primera película, la invadía una inquietud extraña y, por más atención que ponía, no lograba concentrarse en el filme. Cansada, apagó el televisor y tomó conciencia de que añoraba volver a Chapultepec. Se calzó unas zapatillas y se despidió de doña Eugenia diciendo que iba al bosque, a hacer ejercicio.

Natalia recordaba en la oficina su salida del fin de semana. Disfrutó mucho su paseo, bordear el lago, recoger la programación de los espectáculos. A decir verdad, le fastidió un poco que hubiera tanta gente en el bosque; sin duda era mejor ir en día particular. En esas cavilaciones estaba cuando sonó su celular: otra vez número reservado. Ella contestó, pero no hubo respuesta al otro lado de la línea. Devolvió la llamada, nada. O se habían equivocado y, al escuchar su voz, constataron el error y no quisieron responder para evitar disculparse o, más simple, era una broma tonta. Decidió zanjar el tema y envió un mensaje: «Este número pertenece a Natalia Gonzáles, favor no molestar». Advertido el payaso o informados los que marcan mal, sentenció. Esa misma noche recibió una nueva llamada. Estaba en su habitación y, mientras cepillaba su cabello, se lamentaba del excesivo trabajo que había tenido durante el día y reflexionaba sobre lo veloz que pasaba el tiempo. Entraba a la empresa a las ocho de la mañana y salía diez o doce horas después, agotada, solo con ganas de llegar hasta su cama. Así se le pasaba la vida. Pero estaba resuelta a cambiar esa rutina. Durante la semana, siquiera dos veces, saldría temprano, aunque su jefe le pusiera mala cara. Se tomaría unas horas para ella, para ir al cine o caminar con un helado en la mano. Recién en sus paseos por el bosque se dio cuenta de cuánto le gustaba vagar sin rumbo, claro que sería más bonito ir por una amplia llanura, en una

carroza tirada por caballos, acompañada de un médico ruso, que le dijera que ya la había visto antes, hace cuatro años, en un baile de Navidad. El timbre del teléfono la sacó de sus pensamientos. Ella respondió; nadie se puso al habla.

Las llamadas anónimas se volvieron diarias, siempre cuando estaba a punto de irse a dormir, siempre solo el silencio en el otro extremo de la línea. Ni los mensajes ni los insultos servían de nada, así que Natalia se dirigió a la compañía de teléfonos en busca de una solución. Le dijeron que no era posible saber desde qué número se hacían las llamadas, salvo que tuviera una orden judicial. Ante esa respuesta, se propuso restarle importancia al asunto. Si lo que querían era fastidiarla o asustarla, ella les pagaría con su indiferencia y así le daría la vuelta al juego. Antes, su respuesta hubiese sido distinta, llena de temor, quizá hasta se habría cambiado de número de teléfono. Sin embargo, gracias a sus paseos, sentía una mayor confianza en sí misma y en las cosas. Su ánimo había mejorado, despertaba sonriente y ponía especial atención en su arreglo personal: ya no se pintaba únicamente los ojos, sino que coloreaba sus labios y se cuidaba las uñas. Estas mutaciones fueron advertidas de modo rápido por doña Eugenia, quien eligió esperar con tranquilidad las confidencias de su hija, que cada día regresaba más tarde a casa.

Sus caminatas se extendieron a otras zonas de la ciudad. Natalia deambulaba por las colonias de San Ángel o Condesa y por Paseo de la Reforma. En esta última avenida le gustaba detenerse frente al hotel Las Dalias para contemplar un rato su hermosa arquitectura estilo *art nouveau*. La construcción era una de las pocas de su especie que todavía se conservaba en los alrededores. Joya porfiriana con la cara vuelta al

bosque, en sus mejores épocas tuvo entre sus huéspedes a estrellas de Hollywood de los años treinta y cuarenta. Ella soñaba con pasar allí una noche de amor y durante su noviazgo le confió este deseo a José en múltiples ocasiones, pero él siempre postergaba su realización, porque prefería los hoteles modernos y con piscina. Ahora ella miraba la fachada del hotel con los ojos encendidos y un ligero rubor en las mejillas, casi siempre al final de sus recorridos. Recorridos que cada vez se hacían más largos y más placenteros. Salía de la oficina apenas daban las cinco, casi a la carrera, como si una cita urgente la aguardara. Al verla, sus compañeros hacían comentarios en voz baja y su jefe consultaba su reloj abriendo desmedidamente los ojos. Natalia, para evitar cualquier tipo de incomodidad, empezó a llegar a su trabajo todos los días antes de las siete de la mañana.

La caja de rosas estaba en el suelo, recostada junto a la puerta de uno de los elevadores. Eran rosas blancas, sus favoritas, parecían recién cortadas y todavía mojadas por el rocío. Ella las recogió: ¿quién podría haber abandonado un regalo tan hermoso? Leyó la tarjeta: «Con el más grande amor, de E.». Las seis y cuarenta y cinco de la mañana. El edificio estaba desierto, era la primera en llegar. Esperó unos minutos y después, con la caja en brazos, se acercó al mostrador de recepción. El portero la saludó: «Señorita, buenos días, qué lindas flores le han regalado». Natalia iba a replicar que no eran suyas, que se las acababa de encontrar. En lugar de eso, devolvió el saludo y se encaminó de nuevo al *hall* de ascensores. En su oficina depositó la caja en su escritorio. Tal vez hizo mal en quedarse con las rosas, tal vez la auténtica dueña las dejó solo un momento para ir a hacer alguna cosa y en ese mismo instante estaría preguntando por ellas en

portería. Aunque quizá las dejaron allí a propósito, quizá el obsequio no era del agrado de la destinataria, pero ¿a qué mujer le disgustaría un regalo tan delicado? «¡Ajá!», la sobresaltó la secretaria. No la había sentido llegar, así que no pudo impedir que tomara la tarjeta entre sus manos. «Flores de tú galán, ¿eh? Este es el Esteban del que me hablaste alguna vez, ¿verdad?». Ella la miró muy seria y la secretaria cambió de tema. «Naty, ¿me compras un boleto de esta rifa? Es del sindicato del trabajo de mi esposo, hay un montón de premios». Natalia pasó todo el día a la expectativa de que alguien reclamara el presente, pero nadie lo hizo.

Al terminar de cerrar su maleta, se preguntó si debería volver llamar al hotel para confirmar su premio. Aunque en verdad no hacía falta, pensó. El vale llegó por correo, y en cuanto abrió el sobre llamó a Las Dalias para verificar su autenticidad. La señorita que la atendió solo mencionó que tenía una reservación a su nombre para ese fin de semana, pero no dijo nada acerca del sorteo. La invitación que tenía en su poder, con el logotipo del hotel y la rúbrica del gerente, tampoco hacía alusión a ninguna rifa, solo rezaba muy claro: *Pase por una noche de alojamiento*. En fin, seguramente creerían que ella ya estaba al tanto de su premio a través de la persona que le vendió el boleto, pero la secretaria de su oficina llevaba dos días internada en la clínica después de dar a luz y ella ni siquiera había tenido la oportunidad de felicitarla por su bebé o agradecerle por venderle uno de los billetes ganadores. Cogió su maleta y, antes de salir, pasó a despedirse de su madre. Esta vez doña Eugenia interrogó a su hija de modo exhaustivo sobre los últimos acontecimientos. Las respuestas de Natalia eran tajantes, regresaba tarde a casa porque paseaba sola al salir de su trabajo, las rosas se

las encontró al lado de un elevador antes de subir a su oficina y, gracias a un sorteo, pasaría ahora una noche en Las Dalías. Su madre no continuó con las preguntas, más bien le dio a su hija un largo discurso lleno de consejos a tener en cuenta en las relaciones de pareja.



Se levantó de la cama con la vista fija en su equipaje cerrado. Hacía una hora que estaba en el hotel y al parecer nadie se proponía importunarla con algún cambio de habitación. Tal vez no era un error, sino que efectivamente se hallaba en el alojamiento que correspondía a su premio. Con rapidez abrió su maleta, sacó el pijama de gasa y seda rosa y unas pantuflas que hacían juego. Iba a mudar de ropa, pero antes decidió tomar un baño. La bañera ya estaba preparada y el agua cubrió su piel con la misma tibieza y suavidad que pondría un amante sensible al acariciarla. Perdió la cuenta del tiempo que se demoró en el baño. Se secó relajada, contenta, nada podría estropear esa noche. Se cambió el pijama mirándose en el espejo y jamás se vio tan hermosa: sus ojos negros relucían como si un fuego se avivara en el fondo de sus pupilas. Fue hasta la mesita rodante en busca de unas uvas. Al tomar un racimo descubrió que además del champán y las frutas habían dejado también una bella rosa blanca, que tomó con delicadeza entre sus manos. La besó y la devolvió a la bandeja, después se sirvió un copa de champán y se instaló en el balcón a mirar el bosque. Pasó largo rato bajo la luz de la luna hasta que el sueño se fue apoderando de ella y se metió a la cama. Antes de dormir se percató de que no había recibido ninguna llamada anónima esa noche.

La despertó la música, como el rezago de un sueño que se desvaneció cuando entreabrió los ojos. Los párpados le pesaban y volvió a dormirse; no obstante, otra vez regresó la melodía. Sonaba bajito, como si la tocaran solo para ella. Reconoció el canto de la balalaica, los compases que hablaban de una vaga tristeza y de un amor indestructible. Se sentó en la cama y observó que la luz se filtraba por debajo de la puerta del baño, de donde provenía el sonido. Volvió a acostarse dándole la espalda a la música, al ruido de la puerta del baño al abrirse, a la rosa blanca junto a su almohada. Cerró los ojos e intentó dormir, pero sintió un leve movimiento en la cama y entonces simplemente obedeció a sus sentidos, que le ordenaban darse la vuelta y darle la cara a la melodía y a la sombra cada vez más palpable que se acostaba a su lado.

Rutka o la historia de algunas flores extrañas

LA VI DETRÁS DE UN PEQUEÑO mostrador de antigüedades, debajo de una enorme sombrilla que cubría todo el perímetro del puesto. Era ella, no tenía dudas. Se hallaba sentada en un pequeño banco plegable, donde su cuerpo delgado se encogía incómodo. Su mirada vagaba de modo distraído entre los artículos que conformaban su mercadería, mientras una de sus manos sostenía un libro sobre motores hidráulicos. Llevaba un vestido de fondo verde, estampado con minúsculas flores blancas, abotonado hasta el cuello, con amplia falda que apenas dejaba ver las puntas de sus zapatos. Su cabello, que mi recuerdo había fijado como rubias serpientes batidas por el viento, estaba recogido en un austero moño de viuda que contrastaba con su rostro adolescente, de frente ancha, nariz afilada, cejas espesas (sobre una de ellas lucía una pequeña pero pronunciada cicatriz en forma de cruz) y unos ojos verdes que, con una pacífica mirada que yo no conocía, treinta y cinco años después todavía me producían un escalofrío que se irradiaba desde la base de la nuca a todos los centímetros de mi cuerpo.

Llegué a Buenos Aires en un intento por empezar a salir de la tristeza provocada por la muerte de mi madre. Llevaba

cinco días de paseo en la ciudad y el fin de semana me encaminé como los demás turistas hacia la feria de San Telmo. El lugar lucía rebosante de gente de diferentes partes del mundo que, como yo, se abrían paso entre los cientos de tenderetes de antigüedades —que exhibían desde botones de ropa femenina hasta victrolas de inicios del siglo pasado—, todos a la caza de algún objeto para adornar sus casas o llevar de recuerdo a sus amigos. Mi búsqueda se centraba en cosas pequeñas: aretes, soldaditos de juguete o fotos en blanco y negro para decorar el pasillo de mi departamento. Estaba por salir de la feria, pues ya tenía lo que deseaba, cuando llamó mi atención una escuadra de robots hechos de material reciclado. Y entonces la vi. Ella era la dueña de aquella exótica mercancía, que combinaba objetos antiguos con otros modernos fabricados a mano. No me acerqué; más bien, me alejé en el acto, aterrada y asombrada, sin querer dar crédito a lo veía. Varias cuerdas más allá me detuve. Quizá solo se trataba de una muchacha parecida o a lo mejor de algún pariente suyo, pero ¿y la marca en forma de cruz? No, ni siquiera un clon hereda cicatrices. Decidí regresar, necesitaba verificar lo que a primera impresión resultaba increíble. Con paso lento volví a las inmediaciones del tenderete que ella regentaba, a prudente distancia di cinco vueltas a su alrededor y la observé de manera disimulada desde diversos ángulos, deseando encontrar algún rasgo físico que desdijera lo evidente. Ya no podía negarlo, la cicatriz solo era el último elemento que confirmaba mis temores. Quise controlarme, mas abandoné San Telmo casi a la carrera. Cómo era posible, pensaba y repensaba en el silencio de mi cuarto de hotel. A esas alturas, ella debía tener entre cincuenta y cincuenta y cinco años; no obstante, aparentaba tener la misma edad que cuando la conocí. La tarde estaba por morir, y al recordarla dialogar con

los clientes que preguntaban por los productos que ofrecía con rostro pálido y sonriente, sentí el impulso de refugiarme en los brazos de mi madre o de esconderme debajo de la cama, tal como hice aquella noche, al regresar de la casa de Rutka, más de treinta y cinco años atrás.

Las clases habían comenzado hacía un par de semanas, la mañana en que la señorita Genoveva entró al salón llevando de la mano a una niña delgada, de ojos rasgados y piel cobriza. Les presento a Rutka Androszczuk, dijo la profesora, viene del extranjero, es su nueva compañera. Espero que le brinden su amistad y apoyo para ponerse al día con las tareas. A ver, ¿quién quiere prestarle su cuaderno? Varias levantamos la mano entusiasmadas. En el tercer grado de primaria todas las alumnas sabíamos de sobra cómo era cada quien, por lo que la inclusión de alguien nuevo, y encima extranjero, provocó de inmediato nuestras ganas de conocerla. Sin embargo, la recién llegada parecía empeñada en mantener con nosotras una relación distante, apenas marcada por el saludo o frases breves que no daban pie a mayor conversación (¿De dónde dices que eres? De Polonia. ¿Dónde queda eso? En Europa. ¿Y por qué hablas como argentina? ¿Cómo es Polonia? No sé. ¿Cómo no sabes, no has vivido allá? No. ¿Tus papás no te han contado? ¿Tienes hermanos? ¿Dónde estudiabas antes? Su última respuesta era encogerse de hombros y sacar de su mochila algún libro con el que nos hacía el desplante de terminar con la charla). Mi entusiasmo por la nueva decayó muy rápido; la consideraba aburrida, sosa y creída. Esta opinión era compartida por el conjunto del aula, pues al poco tiempo las demás también dejaron de buscarla o invitarla a jugar: para qué, si nunca contestaba con más de tres palabras ni salía al recreo porque se quedaba leyendo,

como si la compañía de un libro fuera mejor que la nuestra. Así las cosas, todas resolvimos ignorarla, pero solo por un lapso corto.

Mi casa quedaba a dos cuadras de la escuela, por lo que era siempre la primera en llegar. Desde segundo grado yo iba y regresaba sola. Sin embargo, hacía unos meses prefería aguardar a que mi padre me dejara en el colegio de camino a su trabajo. Mi familia atribuía el cambio al reciente nacimiento de mi hermana, cuando en realidad la causa era el temor que me inspiraba encontrarme con un mendigo que mero-deaba por el barrio, un anciano horrible, que al verme sola se frotaba la pelvis y pronunciaba frases obscenas. Un día decidí arriesgarme y no esperé a mi padre. La niña polaca era la nueva estrella de la puntualidad y yo quería ganarle. Llegué al colegio en dos minutos. Fue en vano, al entrar al salón, Rutka se hallaba instalada en su pupitre, con la cara metida en las páginas de un libro. Pero no estaba sola: a su lado, Doris Benavides parecía estar disfrutando la lectura y su compañía. Extrañada, dejé mi mochila y salí al patio. Doris era la líder indiscutible del tercer grado A y no porque fuera especialmente bonita ni aplicada (aunque actuaba como tal). Su don consistía en un delicado manejo de las relaciones sociales, que la colocaban a los ojos de las demás siempre unos puntos por encima del resto. Además, ella era quien elegía a sus amigas, no al revés. Su pequeña corte estaba formada por lo más selecto de nuestra aula (la más bonita, la que sacaba mayores notas, la mejor deportista). ¿Qué podía haber visto Doris en aquella niña callada y aburrida? La nueva no brillaba por nada especial, pues aunque solía tener permanentemente un libro en las manos, sus notas se mantenían dentro de la media común. Con todo, pronto se hicieron inseparables.

La fiesta de cumpleaños de Doris era el evento más esperado del año, pero al que apenas once niñas eran invitadas. La mitad de las asistentes integraban su club de amigas cercanas y las restantes éramos escogidas, supongo, al azar o para completar los dos equipos en los juegos del San Miguel o la pega mani. Aquel año yo había sido invitada por primera vez y la estaba pasando muy bien. La madre de la festejada preparaba los buñuelos más deliciosos de Lima y la casa era tal como me la describieron: antigua, enorme y con un sótano, como en las películas. Durante la mitad de la tarde recorrimos la casa de arriba abajo, con Rutka intentando seguirnos en los juegos, pero fallando en saltar a la sogá o en liberar a su grupo en la pega mani. Por último, la dejamos en el segundo piso, fascinada con un pequeño estante de libros. La cumpleañera estuvo pendiente en todo instante de su nueva amiga, que si quería más buñuelos, que otra oportunidad para saltar sogá o cuidando que nadie se riera de su total incompetencia al lanzar los yaxes. Cuando llegó la animadora y comenzó el baile, nuestra anfitriona desapareció sin decir más y luego la vi dirigirse con Rutka a la entrada del sótano. Un rato después, Doris salió de allí tirando la puerta. El resto de la fiesta, mientras todas bailábamos y éramos felices, la dueña del cumpleaños se mantuvo sentada en una esquina con los brazos cruzados, sin querer hablar ni atender a nadie. Al terminar de cantar «cumpleaños feliz», la madre de Doris, comenzó a repartir la torta en dos porciones para cada invitada: «esta para ti y esta para tu mamá», decía la buena señora al entregarnos las tajadas en cajitas de cartulina rosa. Rutka, que hacía poco había regresado a la fiesta, se acercó también por su pedazo de torta. Cuando extendió la mano para recibirlo, Doris se interpuso, le arrebató a su madre las cajitas y las tiró al suelo gritando: «¡No, para ti no! ¡Ni

tampoco para tu mamá, porque no tienes mamá!». Inmediatamente, la señora tomó a su hija de la mano y se la llevó al segundo piso. Lo que siguió fue otra escena que no debió durar más de un par de minutos, pero que recuerdo ralentizada, como si ese tiempo se extendiera, cuadruplicando su espacio en cada una de nuestras voces y diciendo cada vez más alto: «No tiene mamá, es huérfana, ¡huérfana, huérfana!». En medio de ese coro, puedo ver a Rutka levantar la cabeza con los ojos cagados de lágrimas, aunque sin derramar ninguna, recoger su mochila y dirigirse tranquilamente hacia la salida.

El lunes, cuando regresamos a clases, toda la escuela sabía ya que Rutka era huérfana y que su amistad con Doris había terminado. Se suele creer que los niños son seres inocentes y amables, lo cual puede ser cierto en algunos casos; no obstante, estoy convencida de que, en su mayoría, lo único que distingue a los pequeños de los adultos es su poca experiencia en disimular sus sentimientos. Perder la amistad de Doris era un golpe duro para cualquiera, pero que te cogiera ojeriza significaba que toda el aula se pondría de su parte, que imitarían el trato que ella te diera o incluso lo llevarían más allá, con la única intención de ganar su simpatía; que serías, en suma, una especie de blanco sobre el cual todas dispararían sus proyectiles sin que nadie hiciera nada por ponerle fin al juego. Y así ocurrió. De ignorar a Rutka pasaron a mirarla con cólera, a hacer gestos de burla cuando iban a su lado y a referirse a ella como la muda, la sin legua, la comelibros. Un día Doris llegó con la noticia de que su padre le había explicado que en Polonia la gente era rubia y de ojos azules, y que Rutka, con su piel oscura y sus rasgos mestizos, debía llevar un apellido polaco porque era adoptada, que seguramente la habían recogido de la basura. A partir de ese momento su

nuevo sobrenombre fue Niña Basura o Che Basura, por su acento argentino. A mí no dejaba de sorprenderme la dignidad con que la niña polaca enfrentaba los agravios (yo la llamaba así cuando pensaba en ella, pues Polonia representaba un limbo lejano y hermético, como la dueña de aquel apellido impronunciable); caminaba erguida en medio de las burlas y la lluvia de pedacitos de tiza, con la mirada fija en un punto distante, tan distante que ninguna de las demás podía alcanzarlo. Tampoco la vimos llorar; a lo mucho sus ojos se tornaban vidriosos, aunque sin soltar ninguna lágrima, y nunca acusaba a nadie, ni siquiera cuando de modo directo comenzaron a llamarla, simplemente, Basura.

Con el transcurrir de los meses volví a ir y regresar sola de la escuela, pues hacía tiempo que el mendigo que me acababa había desaparecido, pero un día el horrible anciano se cruzó de nuevo en mi camino. La niebla siempre ha sido para mí una invitación a largos paseos, a disfrutar de las calles que, cubiertas por su delgado velo, se transforman de pronto en lugares mágicos y nuevos. De niña imaginaba que la bruma era la cola desplegada del vestido de un hada y que si corría a través de ella lo suficientemente rápido, alguna vez podría alcanzarla. Eso hice una mañana nublada: en vez de dirigirme derecho al colegio, seguí de largo y me distraje en mis ensoñaciones hasta llegar al pie de la huaca Pucllana, donde una voz dijo a mis espaldas: «¿Vienes a visitarme?». Al voltear, encontré al mendigo tan cerca de mí que no sé qué hubiera pasado si es que Rutka no tomaba mi mano en ese momento. ¿De dónde salió? Jamás lo supe; lo importante es que al verla el hombre retrocedió temblando y luego emprendió la carrera, como si en lugar de un par de crías tuviera frente a sí alguna visión salida del infierno. «¿Qué haces

aquí?», me preguntó Rutka. Le expliqué mi teoría sobre el hada blanca que venía del mar y ella me contó la historia de unas flores que nunca se marchitaban y que crecían solamente al borde de los barrancos. Recuerdo que nos fuimos a clase caminando juntas, mientras yo pensaba en lo invencible que resultaba la pareja formada por Carlos Centella y el Hombre de Acero.

La niña polaca tenía libros de cuentos de todas partes del mundo y conocía otras muchísimas historias que podía narrar de memoria, sin omitir ningún detalle. Eso me gustó de ella, así como la rápida complicidad que se estableció entre nosotras, pues ambas compartíamos las más asombrosas y mágicas ideas acerca del mundo y de las cosas: al igual que yo, adoraba los días sin sol, los juguetes antiguos y a los gatos antes que a los perros. Por ella conocí los cuentos de Scheherazade (donde los ladrones son hervidos en tinajas de aceite), la mitología griega (con Cronos que devoraba a sus hijos) y un sinfín de leyendas polacas, pobladas de hombres lobo, fantasmas en campanarios y dragones que descuartizan a valientes caballeros. Decir que disfrutaba su compañía es poco; en verdad la quería de un modo profundo, pero mi miedo era tan fuerte, que no me atrevía a hablarle en el colegio, ni mucho menos a levantar la voz contra el escarnio del que era víctima (sabía muy bien que ponerme de su parte significaría convertirme, lo mismo que mi amiga, en una especie de piñata que las demás niñas del salón golpearían sin misericordia). Por ello nuestras charlas tenían lugar en mi casa, donde mi madre se acostumbró a recibir a «esa, tu amiguita tan rara», que tocaba el timbre todas las tardes con un libro en la mano y que, aunque fuera de noche cuando se marchaba, se negaba rotundamente a que la acompañaran de

regreso. Pero una tarde, Rutka no llegó a visitarme, pues al salir de la escuela había sido objeto de una crueldad especialmente dolorosa.

El acoso verbal, las bolas de papel que caían sobre su cabeza o las frases insultantes escritas en la pizarra antes de que llegara la profesora eran el pan que Rutka se tragaba a diario en la escuela; pero aquel día, al terminar las clases, mis queridas compañeras dieron un siguiente paso contra ella. Yo presencié de lejos cómo Doris y sus secuaces le arrebataban a mi amiga su precioso libro de leyendas celtas (un ejemplar de filos dorados, con hermosas ilustraciones de duendes y dragones) que Rutka llevaba siempre en su mochila. Fue terrible ver cómo corrían arrancando las hojas del libro, sin que su dueña, menos entrenada en las carreras, pudiera alcanzarlas, mientras yo, sorprendida por aquella violencia, permanecía alejada y sin moverme. Después, desde lo alto del puente Angamos, arrojaron el libro deshojado y roto, que como una paloma sangrante fue a dar entre los autos que circulaban por la Vía Expresa. Cuando todo terminó, ayudé a mi amiga a recoger las pocas páginas sueltas que encontramos; pudimos recobrar el esqueleto herido de su texto favorito gracias a la ayuda de un policía que detuvo el tráfico. Ella me dio las gracias, mas yo era consciente de mi cobardía.

Me sentía abatida y avergonzada; quería resarcir a Rutka con algo que la hiciera feliz. Durante sus visitas, el único de mis juguetes que llamó su atención fue una cajita de música que había pertenecido a mi abuela y que mi madre me entregó, junto a unas muñecas antiguas, con la consigna de que cuidara todo aquello «como si fuera de oro, porque son la herencia de mi familia y cuando seas grande tú también se las dejarás a tus hijas». Aquel discurso fue innecesario; yo

adoraba cada uno de esos objetos, así que los mantenía relucientes y nunca los sacaba a la calle ni los prestaba a nadie. Sin embargo, esta era una situación extraordinaria, por lo que, aprovechando que mi madre había salido con mi hermana pequeña, metí la cajita de música en una caja de zapatos. Aunque no sabía su dirección, decidí ir en busca de mi amiga.

Supuse que debía vivir cerca de la huaca Pucllana, de modo que hice un recorrido por diferentes tiendas preguntando por el domicilio de los Androszczuck o por una niña morena, peinada con una cola de caballo y que hablaba con acento argentino. Al fin, en una tienda de mascotas, la dependiente me dijo que allí iba a comprar con frecuencia una niñita con esas características que vivía en el edificio de la esquina. Me dirigí allá: el nombre de la familia figuraba en el tablero del intercomunicador; presioné el interruptor sin obtener respuesta, así que subí por las escaleras porque el ascensor estaba descompuesto. El edificio era antiguo, olía a humedad y estaba mal iluminado. Toqué la puerta del 302 durante varios minutos, hasta que Rutka abrió y me invitó a entrar. Las persianas lucían cerradas y todas las luces estaban encendidas. Su departamento era un lugar extraño: amontonados por todas partes había cientos de libros que formaban pilas de diferentes tamaños, encima de una de las cuales reposaba una jaula con ratones blancos, a la que apenas miré, pues enseguida atrajo mi atención la única mesa que existía. Era un mueble de metal, muy grande, y estaba repleto de lo que me parecieron diversos mecanismos de relojería, junto a los cuales descansaban monos de madera con tambores de hojalata, muñecas de porcelana con vestiditos de tul, así como pequeños soldados, que lucían uniformes de pantalón blanco, casaca azul con pecheras rojas y cascos

con penachos dorados. Me abalancé sobre la mesa; Rutka me mostró el funcionamiento de sus juguetes y quedé fascinada. A diferencia de la preciada herencia de mi abuela, esos muñecos, que se veían tan viejos como los míos, tenían incorporados complejos sistemas mecánicos que les permitían desplazarse o mover los brazos. Así, las muñecas caminaban, los monos tocaban los tambores y los soldaditos daban pequeños saltos al compás de una marcha militar. Extasiada, quise apreciar esas maravillas a la luz del sol, pero Rutka me detuvo: «No lo hagas, mi tía se va a molestar». «¿Tienes una tía? ¿Dónde está?», pregunté. Mi amiga señaló una puerta cerrada. «Está durmiendo, pero si abres las ventanas, se va a despertar». «Está bien», respondí, y pasé a interesarme en los libros. Había desde ediciones encuadernadas en cuero sobre historia de las religiones, hasta manuales de ingeniería engrapados con cartulina. Rutka me contó que todo ese tesoro era propiedad de su tía, «menos los juguetes, que son míos; mi tía los ha modernizado para mí». Era la segunda vez que mi amiga mencionaba a su tía; antes nunca se había referido a ella y yo, por crearla huérfana o adoptada, tampoco la interrogué jamás por sus familiares. Su revelación me abrió el camino para indagar sobre su familia. Me contó que su tía era su único pariente; habló de ella como la mujer más hermosa (es igual a ella, dijo, mostrándome una imagen que representaba a Helena de Troya) e inteligente del planeta, y para probarlo sacó de debajo de la mesa un cubo de metal, del cual extrajo una especie de lamparita abierta en el centro. «Mi tía lo ha construido, mira», indicó al tiempo que apagaba las luces. En ese momento el pequeño artefacto se iluminó soltando de su interior media docena de mujercitas, que al principio identifiqué como congéneres de la Campanita de Peter Pan y que al apreciarlas de cerca comprobé que eran

sirenas. Ellas nadaban, flotaban, bajo una cascada de estrellitas, al ritmo de una música suave, cogían un ramo de luceros, los ensartaban en sus cabellos, los atravesaban con un hilo de plata para hacerse collares o simplemente los hacían bailar en sus palmas como si fuesen trompos, y viajaban por todo el amplio cielo oscuro de la sala de la casa de Rutka, y la cascada se hacía cada vez más grande, tanto, que al extender la mano caían sobre nuestras palmas decenas de estrellitas y podíamos sentir su peso como un puñado de plumas acariciando nuestra piel. «Se llama omegascopio —dijo Rutka—. Doris quería que yo se lo regalara en su cumpleaños, pero las sirenas no quisieron ir con ella, tomaron el omegascopio y cada vez que ella quería cogerlo este volaba lejos de sus manos. «¿Y cómo sabía ella del omegascopio?», inquirí. «Me descubrió un día en el baño del colegio. Era muy temprano, no pensé que llegaría nadie», respondió. Entendí el repentino interés de Doris en su amistad, y vino a mi mente una palabra que mi madre usaba de cuando en cuando: *sabandija*. «Las sirenas hicieron bien», retruqué sonriente. «¿Y dices que tu tía lo hizo?». «Sí», contestó mi amiga. «¿Y puede hacer otro?», insistí yo. «Por ahora no, está muy cansada», respondió, y al decir esto los ojos de Rutka se posaron en un reloj de péndulo colocado junto a la entrada. Eran las siete de la noche. «Es tarde, tienes que irte», dijo de improviso, mientras encendía la luz y las sirenas eran absorbidas al interior del omegascopio. En ese instante la puerta del dormitorio de la tía de Rutka se abrió.

Su figura delgada, blanca y embutida en una bata de tela rosada con grandes flores azules se recostaba contra el marco de la puerta. Tenía el aspecto cansado y descolorido de quien ha permanecido largo tiempo en cama y, sin embargo,

sus ojos desprendían un haz penetrante y afilado que fue a clavarse directamente en mí. De modo instintivo, retrocedí unos pasos. En ese momento ella extendió los brazos hacia adelante, con sus dedos largos y finos apuntando hacia mí, y moviéndose como si me atrajeran a sus pálidas pero firmes manos. En dos segundos, echando abajo una torre de libros que se interponía entre nosotras, se deslizó a mi lado, arrinconándome contra la pared. «¿Quién es?», preguntó, mientras se encorbaba poniendo frente a mis ojos la brillante cicatriz en forma de cruz y, con una especie de júbilo siniestro, colocaba un brazo sobre mi pecho para cortar mis movimientos. Mi voz se había extinguido en ese momento y, aunque intentaba formar algún sonido, mi garganta, igual que todo mi cuerpo, se negaba a obedecerme. «Es mi amiga, tía, por favor», escuché que respondía la invisible Rutka, pues para entonces todo lo demás había desaparecido y solo estábamos la tía de Rutka y yo. Ella acercaba cada vez más su rostro a mi barbilla, como buscando el punto exacto donde herirme, mientras con su frío dedo índice repasaba un costado de mi cuello y esbozaba una sonrisa maligna con un hilo de saliva que se escurría por la comisura de sus labios. Yo ni siquiera podía cerrar los ojos; mi parálisis era tan completa que sentí que el aire dejaba de pasar por mis pulmones. De repente, vi delante de mí la jaula con los ratones blancos, luego a Rutka sosteniéndola y, enseguida, la escuché suplicar: «Tía, tía, no», al tiempo que pasaba una rata por las narices de su tía. De pronto, la mujer volteó a mirar a mi amiga, le acarició la cabeza con una ternura inesperada y recibió con ambas manos el animalillo que esta le ofrecía. Luego se incorporó de un salto y se dio media vuelta. Rutka aprovechó esos segundos para abrirme la puerta y yo corrí. Corrí saltando de dos en dos cada escalón hasta ganar la calle, donde cometí el error

de levantar la vista hacia la ventana del 302. La tía de Rutka tenía medio cuerpo fuera: el viento mecía su ondulada cabellera y le otorgaba un aspecto todavía más terrorífico; una de sus manos se apoyaba como una garra en el alféizar y la otra cogía por la cola al pequeño roedor que se retorció y chillaba desesperado. Su mirada, su terrible mirada, estaba puesta en mí, igual que la de un águila que observa desde lo alto a la miserable lagartija que destazará con su acerado pico. En ese momento me pareció que soltaba la rata y que extendía ambos brazos como si fueran alas, y yo volví a correr, corrí escuchando el castañeteo de mis dientes, con las uñas hundiéndose en las palmas de mis manos, corrí bajo la noche sin luna, con el terror agarrado a mi espalda y sin atreverme a mirar atrás. Cuando arribé a mi casa, después de ese trayecto para mí infinito, mi madre aún no había regresado. Entonces cerré puertas y ventanas, me atrincheré en mi habitación y, al no encontrar más muebles con que obstruir la entrada, me metí bajo la cama, de donde mi madre horas después me sacó temblando y bañada en sudor.

El sarampión se había declarado con inusual virulencia; las fiebres altísimas que preceden al brote de los puntitos rojos duraron los tres días de rigor, a los que sucedieron dos semanas con una fiebre moderada, pero intermitente, que hizo temer a los médicos otro tipo de infección, así que mi periodo sin asistir a la escuela se extendió por más de una quincena. En cuanto al origen de mi estado nervioso, la explicación que ofrecí no convenció a mi madre, que conocía muy bien mi tendencia a la fantasía y que pensaba que todo era un invento para justificar la pérdida de la cajita de música de mi abuela. Con mi padre las cosas fueron un poco mejor; por lo menos estaba dispuesto a escuchar mi historia tantas veces como

me diera la gana, pero en él tampoco hallé la credibilidad que buscaba, sobre todo cuando en mi relato de lo ocurrido aquella noche llegaba al punto en que mencionaba la frase que, a los oídos de los adultos, debía sonar como el talán que indicaba que todo era fruto de mi exacerbada imaginación: «La tía de Rutka me quería comer». Algo que también abonó en mi descrédito fue lo encantados que quedaron mis padres con la última de las dos visitas que la «simpática» tía de mi amiga y Rutka nos hicieron durante mi reposo.

Mi familia me contó que, durante mi segunda noche de fiebre, se presentaron a hora muy avanzada Rutka y su tía para preguntar por mi salud, pero como al fin me encontraba durmiendo, luego de tomar manzanilla con paracetamol, mi madre no quiso despertarme y las despidió sin hacerlas pasar. Su siguiente visita se produjo una tarde, doce días después. Esta vez me hallaba mirando la televisión en la habitación de mis padres cuando, sin mediar motivo, sentí una ráfaga de aire gélido filtrarse por debajo de la puerta. Un súbito temor me inundó. No obstante, me levanté y fui a hasta el pasillo. De la sala llegaban las voces de una conversación. A medio camino quedé inmóvil: sentada en un sillón frente al corredor y con una taza de té en la mano, se hallaba la causante de mi falta de sueño, mis terrores nocturnos y, en última instancia, a quien también achacaba la causa de mi enfermedad. Sí, la tía de Rutka había venido por mí; eso fue lo que pensé en aquel momento, por lo que reuniendo mis escasas fuerzas empecé a desandar mis pasos, sin darle la espalda a su figura (que lucía distinta, saludable y jovial, con el cabello recortado, ataviada con un ligero vestidito floreado y en tacones), que en ese instante posó sobre mí, además de una amplia sonrisa, la misma mirada helada que hacía unas semanas me

había obligado a huir de su presencia, igual que una liebre de un lebril. Mi madre asomó entonces en el umbral del pasillo y yo me valí de su aparición para escabullirme hasta mi dormitorio, de donde ni ruegos ni amenazas consiguieron hacerme salir.

Treinta y cinco años después, en la habitación de un hotel bonaerense, mi memoria restablecía de manera nítida los acontecimientos relacionados con la tía de Rutka y me devolvía la certeza de que mis recuerdos, que con el paso del tiempo yo misma cubrí de escepticismo, no se hallaban distorsionados por la fantasía infantil o por la fiebre. Pensé otra vez en la faz de la joven comerciante de San Telmo y evoqué los acontecimientos posteriores a la partida de mi querida amiga polaca. La tarde en que me encerré en mi cuarto, luego de ver a la tía de Rutka en la sala de mi casa, mi amiga y su tía habían ido a despedirse, pues esa misma noche, según contaron a mis padres, tomarían un vuelo rumbo a Brasil, donde se instalarían junto a unos amigos. Quedaron en escribir, pero nunca lo hicieron. Lo que sí enviaron por *courier* desde el aeropuerto fue la cajita de música de mi abuela y un soldadito que marcha y da saltos al compás de una melodía militar. Un soldadito al que le he buscado pares en todos los lugares a los que he llegado, pero la respuesta es siempre la misma: es único. A Doris no la eché en falta cuando regresé al colegio, pero sí sentí tristeza al enterarme de su enfermedad y, una semana después, de su fallecimiento en Estados Unidos, a donde sus padres la trasladaron en un esfuerzo por curar el raro mal que la devoró en poco menos de un mes y que dio sus primeros síntomas la misma noche en que yo caí en cama víctima del sarampión. Otro que también desapareció en aquel tiempo fue el horrible mendigo, a quien jamás

volví a ver. En resumen, casi nada quedó de aquella temporada de mi vida, salvo el querido recuerdo de mi amiga polaca, el soldadito y el miedo, al que manejé cubriéndolo con un manto de incredulidad (quizá la tía de Rutka solo me gastó una broma pesada, tal vez todo fue producto de los delirios de la fiebre). Sin embargo, por increíble que pareciera, había vuelto a ver a la tía de mi amiga tal como la recordaba, con rostro y cuerpo intactos, pese a haber transcurrido más de tres décadas, con la pequeña e inconfundible marca en forma de cruz coronando su ceja derecha. Decidí confrontarla y enfrentar mis miedos. Todavía no anochecía; si me apresuraba, podría alcanzarla en San Telmo.

Al llegar a la feria, los comerciantes se encontraban levantando sus puestos de venta y no quedaba rastro de ella. Preguntar fue inútil, nadie la conocía. Estaba por creer que no existía, que se trataba de una confusión, cuando la divisé entre los viandantes. Iba tranquila, usaba un paraguas a modo de sombrilla (pues no existía el menor asomo de lluvia), por lo que su silueta se distinguía con facilidad. La seguí, manteniendo una distancia de algunos metros; pronto la vi doblar en una esquina y hacer lo mismo en dos ocasiones más, siempre hacia arterias menos transitadas, hasta que la vi entrar en un viejo edificio, al que después de unos minutos también ingresé. Estaba oscuro, no había portería ni ascensor, y avancé casi a tientas. Al alcanzar el rellano del segundo piso, en un abrir y cerrar de ojos, sin que yo supiera cómo, ella apareció frente a mí y, con una fuerza sobrehumana, me tomó por el cuello y me arrastró hasta una puerta cerrada. «¿Por qué me sigues?», preguntó con tal ferocidad y rabia que creí que en ese momento acabaría conmigo. «Soy amiga de Rutka», alcancé a contestar casi en un susurro, pues sus

dedos apretaban tanto mi cuello que apenas podía respirar. Al oír mi respuesta me soltó, dejando que yo cayera al suelo, pero al instante se agachó para levantar mi cabeza por los pelos y mirarme a los ojos. La mirada que me dio fue única, profunda; sentí que se internaba dentro de mí, como en un viaje que recorría en pocos segundos toda mi vida, hasta mi niñez. Al llegar a ese punto, soltó mi cabello, se llevó el dedo índice a los labios en señal de silencio y con la otra mano me cubrió los ojos. A partir de ese instante los recuerdos que tengo son extraños e increíbles. Sentí como si una especie de torbellino me arrancara del piso; luego la sensación de ser cubierta por un manto helado; enseguida, que mi cuerpo giraba sin poder detenerse en un espacio vacío y curvo y, de pronto, un sonido como de mil silbatos. Cuando ella descubrió mis ojos, yo estaba sentada sobre una roca, en una caverna solo iluminada por un par de candelabros. «Hola», dijo una voz; levanté la mirada y una hermosa joven de largo cabello negro y altos pómulos indígenas estaba junto a mí. La reconocí, no había cambiado mucho. Sin embargo, dudé: su aspecto era el de una adolescente. «Sí, soy yo —volvió a hablar—. Pensé que no te volvería a ver, pero me da gusto que no sea así». Me dolía el cuello, quise responder, aunque las palabras se arrastraban en mi garganta como a través de una empuñada cuesta. «No te esfuerces —agregó—. Mi tía es algo tosca; el dolor pasará, descuida». En ese momento tomó mi mano: «Siento mucho lo de tu madre. ¿Qué cómo lo sé? Pues me basta mirarte. Esa es una de mis facultades. Cuando te conocí, todavía no estaba completa. Mi estirpe nace muy indefensa y solo se perfecciona al cumplir los dieciocho años. Hubo un tiempo en que fuimos muchos, estuvimos en todo el mundo, desde China hasta los Andes. El dios degollador en las culturas prehispánicas del norte del Perú, la *ganipote*

en Francia y hasta los huevos pintados de rojo de las tribus Zumel del África oriental son recordatorios deformados u homenajes a la memoria de mi casta. Antes, la gente nos reverenciaba y ofrecía regalos; ahora mi tía y yo somos las últimas —al decir esto, el ser que yo conocía como su tía salió de las sombras con un perrito que temblaba y gimoteaba en sus brazos—. Por eso debemos mudarnos contantemente —prosiguió mi anfitriona—, debemos cuidar la una de la otra y debemos conseguir nuestro propio alimento. Comprendes, ¿verdad?». Entonces Rutka se acercó a mí con una mirada malsana. Yo parecía prisionera dentro de mi cuerpo, inmóvil como una piedra. Pero de pronto, al encontrarse mis ojos con los suyos, su expresión cambió, retrocedió unos pasos y, en un rápido ademán, cerró mis parpados con la palma de su mano. De nuevo sentí el viento, el frío, la rueda y después el golpe seco al caer al piso. Cuando abrí los ojos, estaba en el pasillo del segundo piso del edificio, Rutka y su tía habían desaparecido y un grupo de personas se movían a mi alrededor intentando prestarme auxilio.

En el hospital los médicos se extrañaron de los moretones en forma de garras que rodeaban mi cuello, pero como no era nada grave expidieron mi alta. Las personas que me prestaron ayuda afirmaron que me encontraron inconsciente en las escaleras del edificio, apretando mi bolso, como si en ello se me fuera la vida. Nadie vio nada más. De regreso en Lima he pensado muchas veces en lo que sucedió aquella tarde; visto de modo objetivo, yo misma estaría inclinada a creer que todo se trató de una alucinación o hasta quizá de un golpe en la cabeza producto de alguna caída, pero tuve la precaución de sacar fotos a las marcas violáceas alrededor de mi cuello (tres dedos largos y finos, y un minúsculo pulgar).

Antes que caiga la noche

Si estas fotografías no fueran suficientes para convencerme de la veracidad de los hechos, conservo otra prueba, para mí, más contundente de lo vivido. Dentro de mi bolso encontré un pequeño juguete fabricado a mano, un robot que saluda y se mueve al ritmo de una marcha militar.

Han pasado cuatro años y no he vuelto a saber nada de ninguna de las dos. Algunas noches sueño con la tía de Rutka, de pie junto a mi cama, y despierto sobresaltada; en otras ocasiones, veo a la propia Rutka, tal como la vi en Buenos Aires, observándome desde la ventana, pero sé que no tengo nada que temer, porque el lazo que existe entre nosotras es semejante a la historia que ella me contó sobre esas flores extrañas y hermosas que nunca se marchitan y que solo crecen al borde de los abismos.

A Carlos Giménez y Marci Rubio

MI VIAJE SE INICIÓ EN LIMA, EN el parque Kennedy de Miraflores (o quizá fue antes, mi madre me contó que cuando me amamantaba, yo acariciaba sus pechos, abriendo y cerrando los dedos de las manos), con una breve escala en Buenos Aires, para después recalar de manera definitiva en El Retiro. Dije definitiva, pero esta afirmación tal vez sea errada. La vida me ha enseñado que no hay nada concluyente en la existencia de ningún ser que puebla la Tierra, pues hasta una simple piedrecilla puede abandonar su lecho milenario en los pocos segundos que le toma a un turista levantarla del suelo y meterla a su bolsillo.

Cada vez que estoy triste o nerviosa, empiezo a divagar para distraerme. En esta ocasión me siento de las dos formas y me es difícil evitar rodeos y digresiones. El caso es, querido Carlitos, que tal vez tenga que salir huyendo de este lugar que escogí como mi casa, mi hogar y mi sitio en el mundo, este jardín donde imaginé permanecer hasta el día que encontraran mi cuerpo dormido, encanecido e ileso, y lo depositaran, según fuese el caso, en un basurero o en la morgue, porque de cualquier modo no creo que reconocieran en ese organismo a la turista peruana desaparecida hace tantos

años, que ya nadie se ocupa de buscar. O acaso me identificas tú, ahora que te acompaño de lejos, mientras avanzas por la Cuesta de Moyano, con tu eterna coleta negra, aunque con unos pasos más lentos que los de antes. No me has olvidado, ¿verdad, amigo? Por eso vienes algunas mañanas a recorrer la misma senda que yo hice aquella tarde. Por eso todavía conservas una de las maletas que dejé en tu casa, a pesar de que al despedirme te dije, a modo de broma o de una especie de presentimiento, que si no regresaba debías darle ambas valijas a Marci. ¡Ah, mi querida Marci! Ella también se da una vuelta por el parque cada cierto tiempo, se sienta en mi banca, la que aparece en la foto que hice de mi guante y el libro, y llora. Verla así me destroza el corazón, así que un día no aguanté más, salté a su regazo sin ningún permiso y ella, tan buena, dejó a un lado su tristeza para decir, mientras me acariciaba el lomo: «Pero qué susto me has dao, guapa, ¿por qué eres hembra, verdad?». De ese modo, sin que ella lo supiera, reanudamos nuestra amistad. Sin embargo, te confieso que con todo lo mucho que la quiero, en una oportunidad tuve que clavarle las uñas, pues, colmándome de arrumacos, intentó llevarme a su piso. Lo hizo de buena fe, quiso darme un techo, asegurarme agua y comida diaria, creyó que eso era lo que buscaba cuando, al verla, engrosaba mi respiración y corría a frotar mi cabeza con sus tobillos. Claro, Marci no podía imaginar que lo último que deseo es abandonar este lugar. Soy intensamente feliz aquí, o más bien lo era hasta hace pocas semanas, hasta antes de que ellos aparecieran...

¿Ves? Soy la reina del circunloquio. Hablo de todo menos del principio, que es justo lo más importante para que entiendas lo demás. Como te dije, mi viaje no empezó aquí. De niña fui un animal solitario; no encontraba ninguna gracia en jugar con muñecas o sentarme a ver televisión. Tampoco era una

buena estudiante y elegía siempre dormir antes que conversar. Al crecer, mi soledad aumentó. Aprendí a disimular para hacer amigos en la universidad y en el trabajo, me las arreglé para tener un par de parejas. No obstante, en el fondo siempre me sentía extraña, sin cabida en ningún sitio, una extranjería en todos lados, pero una mañana, mientras atravesaba el parque Kennedy, un gato, de los muchos que pululan allí, me cerró el paso. Era un gato atigrado, de profundos ojos verdes bordeados por una delgada línea negra que los realzaba todavía más. Salió desde detrás de un pequeño arbusto, en un sendero angosto, y comenzó a caminar de izquierda a derecha, de manera que si yo me dirigía a cualquiera de los dos extremos, él cortaba mi avance. Esto me hizo gracia, así que me detuve. Él se sentó frente a mí: sus ojos claros parecían analizarme, reconocirme, tratar de obtener alguna señal de mi parte. Mi respuesta ante su perturbadora mirada fue de lo más estúpida, opté por aflautar la voz y llamarlo: «bolita de peluche», «cosita linda», «bomboncito de azúcar», además de otras sandeces que hicieron que el felino diera media vuelta y se encaminara hacia una mata de geranios junto a la cual se tendió a sus anchas, ignorándome por completo. Quedé perpleja, ningún habitante del reino animal, incluidos seres humanos, me había mirado de una forma tan insólita, pero yo había arruinado el momento. En fin, pensé, y me encogí de hombros. Con el transcurrir de los días, en lugar de desvanecerse, el recuerdo de aquel encuentro se hizo más nítido y su luz alumbró en mí un antiguo, entrañable y casi olvidado deseo.

De los limeños suele decirse que no poseen pulmones, si no branquias, debido a la excesiva humedad del ambiente, que en invierno llega a cimas de noventa y ocho por ciento. Si esto sucede en toda la ciudad, en Miraflores, mi barrio natal, puede decirse que prácticamente nadamos. El acantilado del

distrito reclina su cuerpo sobre el océano Pacífico, mas no alcanza a proteger a los miraflores del aliento del mar, que se cuele en las casas y en los cuerpos con sus ráfagas de aire mojado. No es raro pues que la mayoría de los vecinos padezcan algún tipo de afección respiratoria. A mí me tocó la peor: mis constantes ataques de asma hicieron que mi familia cerrara la puerta a cualquier pretensión de tener una mascota. De niña veía perros, gatos, conejos y se me iba el alma detrás de ellos. Sin embargo, entre los «no los toques» de mis padres, y unas cuantas escapadas para abrazar al Schnauzer de Vicky Canales (una niña antipática que me cobraba por cada visita) o cargar al gatito de la panadería, que eran seguidas de horribles nebulizaciones y largos periodos en cama, aprendí a temer y olvidar a mis primeros amores. Pero el tiempo había moderado la enfermedad, así que podía permitirme largos paseos por el parque Kennedy, con el único propósito de observar a los mininos correr, jugar, dormir acurrucados junto a los árboles. Durante uno de esos recorridos conocí a un conjunto de personas que llevaban comida, agua y medicinas a los animales del parque y de inmediato me integré a ellos, aunque siempre de manera un poco distante con mis ahijados (así era como la gente del grupo se refería a los felinos). Compraba comida y se la daba a otros para que la sirvieran; recordar el dolor, los ahogos y la angustia impedían que siquiera tocara las suaves cabezas de mis ahijados. Varios meses después de mantener esta interacción lejana volví a ver al causante de mi renovado cariño por las mascotas.

Una noche, mientras todos comían sus galletas en platos de plástico, él también se acercó a comer. Lo reconocí enseguida, atigrado, de profundos ojos verdes y largos bigotes. ¿Qué había sido de él? ¿Dónde había estado todo ese tiempo?

Sentí el impulso de tomarlo entre mis brazos, de darle de comer de mi mano. No lo hice, pero sí acaricié su lomo y me presenté: hola, mi nombre es tal, ¿te acuerdas de mí?, y continué hablando, en un soliloquio que movió a risa a mis acompañantes. Él siguió masticando sin hacerme ningún caso. Al terminar de alimentarse se retiró a la carrera. Yo lo había esperado largos meses, estaba tan contenta de reencontrarlo que quise ir tras él, mas me contuve. Era un martes de verano, el viento fresco daba palmaditas de alivio en la cara y el parque mostraba una tranquilidad inusual, sin parejas de enamorados ni música al aire libre, solo unos pocos peatones en las esquinas. Decidí tomar asiento en una de las escaleras de la rotonda, vacía de artesanos, y admirar el paisaje, el parque de mi infancia, cuánto había cambiado. Yo fui testigo de su remodelación, de cómo aquel terreno infestado de ratas se convirtió en el hermoso parque insignia del distrito, de cuál fue el origen de su ingente cantidad de gatos, que de unos cuantos cachorros abandonados en la gruta exterior de la iglesia de enfrente pasó a convertirse, con el andar de los años, en más de una centena instalada en sus jardines. Estaba inmersa en esos pensamientos cuando una manita tocó mi brazo: era mi amigo atigrado. Se acomodó sobre mis piernas, sus pupilas eran incandescentes ahora; no obstante, la mirada que me dirigía era la misma de la primera vez. Hola, le dije, y él me respondió. No puedo explicarlo, querido Carlitos, solo sé decir que se comunicó conmigo a través de su mirada. Hermana, me llamaba, ¿qué ha pasado contigo?, decía, y me hablaba de un alma compartida por todo lo viviente, de parientes lejanos y sin embargo gemelos. Mientras lo escuchaba, un extraño adormecimiento se apoderaba de mis sentidos y la cabeza comenzó a darme vueltas. De modo brusco me puse de pie, salí corriendo y no paré hasta mi casa.

No volví al parque hasta muchos meses después. Tenía miedo; de qué, no lo sabía. Evitaba cualquier cosa que tuviera relación con felinos, con animales en general, los ataques de asma regresaron, mi vida se hizo más monótona, más gris. De repente, un día escuché un reportaje en la radio. El nuevo alcalde, el cura de la parroquia y una junta de vecinos notables estaban hartos de los gatos, alegaban que eran una plaga, que provocaban enfermedades, que por su culpa todo el lugar apestaba a orines y habían puesto en marcha un plan de exterminio. Me uní a mis amigos en defensa de nuestros ahijados, hicimos marchas y plantones frente a la municipalidad, pero lo que conseguimos fue poco. Nuestra batalla por la vida de unos animales callejeros se tomó a broma; preocuparse por los niños, se reían. Una cosa no excluye a la otra, ¿pero cómo hacérselo entender a la gente, en un país con tantas carencias como el Perú? Hicimos lo que pudimos, colocamos a muchos de nuestros pequeños en hogares adoptivos y al final llegamos a un acuerdo con el alcalde: dejarían de envenenar a los gatos siempre y cuando nuestro grupo se comprometiera a mantener bajo control el incremento de la población sobreviviente. ¿Cuántos quedaban? De los ciento cuarenta que existían inicialmente, tan solo cincuenta y dos.

Yo no me hice cargo de ninguno, el asma fue una excusa ideal. No obstante, la culpa no me dejaba dormir, sobre todo porque no volví a ver a mi hermoso amigo atigrado. Durante un año conservé la esperanza de que se hubiese salvado y que apareciera de un momento a otro a la hora de comer, pero no fue así. Para superar mi depresión, mi hermana, su esposo y unas amigas me propusieron un viaje a Buenos Aires: el festival de cine, la feria del libro y los centros comerciales serían suficientes para olvidar mi tristeza. Acertaron, fueron

dos semanas agitadas y alegres. Éramos cinco los que habíamos partido de Lima y cinco los que debíamos regresar en la misma fecha, pero decidí quedarme un día más. El Jardín Botánico era un sitio que mis compañeros padrinos mencionaban a menudo como ejemplo de la perfecta convivencia entre pequeños felinos y humanos; contaban que allí nadie molestaba a los mininos, que más bien los protegían y alimentaban, pues eran una especie de símbolo de la ciudad. No podía dejar tierra argentina sin conocer ese mini paraíso. El lugar era enorme comparado con mi amado parque limeño; quizá por eso el número de gatos no me pareció tan abundante como esperaba. Igual, la belleza del entorno era una invitación a un paseo lento y sosegado. Caminaba cámara en mano, haciendo fotos a esculturas y plantas, cuando de pronto, al lado a una de las estatuas, vi a una preciosa gatita de pelaje blanco y negro. Imposible resistir la tentación de tocarla: ella se dejó acariciar con la sencillez de una vieja conocida y allí, otra vez, me atacó una laxitud de los sentidos y un vértigo muy similar al que experimenté cuando mi pequeño tigre miraflo-rino entró en comunicación conmigo. Sentí que iba a caer y me puse de pie de un salto. Acto seguido, abandoné el Jardín Botánico, el hotel y el país.

Retorné a Lima resuelta a desechar toda idea que implicara la más mínima posibilidad de acercarme a un gato. Así lo hice, las consecuencias de aquel distanciamiento fueron reiterados internamientos en la clínica, ya no podía salir a ningún lado sin llevar en la cartera un broncodilatador. Con la salud tan resquebrajada, un sábado recibí tu llamada invitándome a Madrid. Yo nunca había salido de América, querido Carlitos, y tu propuesta de unas vacaciones en España produjeron en mí tal ilusión que el asma retrocedió de manera considerable mientras hacía los preparativos para el viaje. Aterricé en

el aeropuerto de Barajas una madrugada de finales de octubre, ¿lo recuerdas, amigo? Tenía la intención de pasar quince días en tu país. Mi itinerario estaba cronometrado de forma estricta, cuatro días en la capital, otros cuatro en Barcelona, de allí cinco días más repartidos entre Granada y Sevilla, para luego regresar a Madrid, conocer lo que me faltaba de la ciudad, empacar las maletas y tomar un vuelo directo al Perú. Es difícil expresar de manera exacta lo feliz que fui en tu piso de Atocha, conversando contigo y con Marci. Mirándote dibujar, crear mundos enteros con un lápiz y viéndola a ella preparar cuatro platos distintos en un par de horas y decir con total honestidad, vamó, que no es naá. Después, ir recorriendo el Museo del Prado, el Thyssen, el Reina Sofía, Las Ramblas y el Barrio Gótico en Barcelona, el Alhambra e Itálica en Granada y en Sevilla. No, querido amigo, no hay palabras que describan de modo fidedigno la dicha (tampoco el dolor, lo sé). No obstante, las vacaciones en tu tierra fueron lo más cercano que había experimentado hasta entonces del placer de la vida, y eso que aún no sabía que aquel estado de gracia se prolongaría por más de una década.

Al principio te hablé de un viaje, querido Carlitos, es que para mí la vida ha sido eso, un viaje al fondo de mí misma. Trasladarse de un punto a otro en la ruta que va de tus ojos a ti mismo, recorrer la distancia que hay entre lo que pareces y lo que eres, caminar hacia dentro para descubrir cómo cambia el paisaje, hasta que de repente interior y exterior son uno y sabes que has llegado a casa. Eso fue lo que me sucedió a mí. Antes te dije que siempre me había sentido una extranjera en el mundo, como si no tuviera raíces ni semejantes, como si vagara en un territorio ajeno donde tenía que amoldarme a costumbres y comportamientos que no me

pertenecían. Es terrible existir así, querido Carlitos, aunque tampoco puedo ser injusta, mi estancia humana tuvo instantes únicos, distendidos, radiantes, gracias a personas como tú, Marci y otras más, con las que a veces me siento culpable por haber desaparecido sin siquiera despedirme. Pero, bueno, no quiero desviarme del tema. ¿Recuerdas que al regresar a Madrid te enseñé una piedrecilla rosada que recogí en Itálica? Te la mostré entre otros muchos objetos, sin contarte por qué la guardé. En Sevilla, además del Alcázar, la catedral con la Giralda y el Museo de Bellas Artes, también me recomendaron visitar Itálica. Ah, comentaron, si prefieres algo más antiguo, están las ruinas romanas de Itálica. Pues bien, mientras caminaba por el conjunto arqueológico no sentía mi peso, era como si mi cuerpo fuera más ligero, a la vez que mi conciencia se enlazaba con todo lo que la rodeaba. Por primera vez no me sentí ajena, sino acogida, abrigada por el olor de la tierra, por el viento que movía las ramas de los pinos, por el sol que intentaba despertar a las ninfas dormidas sobre sus cántaros de piedra. Al contemplar un mosaico donde el dios Baco parece guiar a una tropa de centauros, varias ménades y un tigre, aquella sensación se hizo más fuerte y apareció el vértigo que se había presentado en otras ocasiones. Caí al suelo y si no fuera porque otro turista vino en mi «ayuda» aquella ciudad derruida se habría convertido en mi hogar. Al retirarme cogí del suelo una pequeña piedra de mármol rosa en conmemoración de ese día.

Vaya a saber nadie acerca de las cosas que van a permanecer con uno hasta el final; en mi caso, aquella piedrecilla rosada es el único artículo que conservo hasta ahora conmigo. Lamento decirte, querido Carlitos, que al salir de tu casa, la tarde que para ti fue la última vez que me viste, y dirigirme

a dar un paseo por El Retiro, lo hice con la secreta esperanza de que ocurriera lo mismo que en Itálica y así fue. Las fotos que tomé, las chucherías que compré, fueron solo un despiste, un andar buscando un lugar solitario y divisar algún congénera que me facilitara el tránsito. El que busca encuentra, dice el refrán. Un gato rubio, de ojos celestes, descansaba cerca de la fuente del ángel caído. No tuve necesidad de llamarlo. Después del mareo, siguió una especie de ataque de asma, creí morir. Sin embargo, resucité. Desde entonces mi hogar está aquí, este es el lugar que elegí para vivir, porque la vida, querido amigo, solo se vive verdaderamente cuando se es feliz. Y nada se compara a correr de puntillas sobre el pasto húmedo, tenderse a dormir a pleno sol o comer en un plato de plástico las galletas que te ofrecen sin ningún interés. ¿Qué mal le hacemos al mundo, si solo pedimos un poco de comida y un lugar donde podamos ejercer el oficio de estar vivos y ser libres? Por eso no entiendo la razón por la que hace unas semanas ellos vienen al oscurecer.

La primera vez que los vi, me lavaba las patas sobre una de las piedras de la cascada artificial que está cerca del Palacio de Cristal. Jóvenes, vestidos de cuero negro y con la piel tatuada de viejos símbolos de muerte, enseguida llamaron mi atención. Vaya, pensé, así que han regresado los malos tiempos, y me introduje en el pequeño túnel que hay debajo del torrente para descansar un rato. Unas horas después escuché sus carcajadas; con toda tranquilidad trepé a un árbol para ver qué hacían. Estaban borrachos y habían traído a unos perros. Sentí lástima por aquellos animales que les lamian las manos. De pronto, uno de los chicos gritó: «Allí hay uno», señalando a un gatito blanco que se había detenido a beber en la laguna. Lo que sucedió después fue algo tan aterrador

que siento que me voy a desmayar de solo recordarlo. Yo no le tengo miedo a la muerte, querido amigo, pero sí a la violencia y al dolor. Este parque era un lugar tan lejano de todo eso, que creí que aquí nunca me alcanzarían; me equivoqué. El edén está cerrado para los pequeños. Va a caer la noche, Carlitos, yo no quiero abandonar El Retiro, este prado inmenso, bello, donde la libertad me despierta con un beso cada mañana y donde puedo ganarme el pan en las escasas labores para las que soy buena: pensar, soñar, ser feliz. Sin embargo, el horror y la crueldad practicada como distracción me empujan al exilio, ya son demasiadas veces las que he visto a los galgos desgarrar a los míos mientras sus amos reían y ya no soy tan joven para correr lo suficientemente rápido. La noche se cierra sobre el parque, querido Carlitos, ¿le brindarías amparo a una gata sentada en tu portal, que lleva en la boca un trocito de mármol rosa?

La pequeña compañía

LA MAÑANA QUE GONZALO

Terreros llegó a La Florida, un arcoíris se desplegaba sobre el cielo cual enorme cartel de bienvenida, cadena de banderas que celebraban el retorno de su estirpe a la antigua heredad de sus abuelos y promesa coloreada de la vida feliz que lo esperaba. Gonzalo salió de su camioneta y permaneció un momento contemplando los interminables verdes de la campiña, donde la casa hacienda que él había rescatado de los escombros parecía recibirlo con gesto agradecido y cariñoso. Extasiado, invitó a Martha a compartir ese instante, pero ella, que no estaba acostumbrada al clima serrano, prefirió permanecer unos minutos más en el coche. La pequeña María Fe, en cambio, saltó de inmediato del regazo de su madre y, cogida de la mano de Gonzalo, se encaminó dando saltos hacia su nuevo hogar. Sin embargo, apenas hubo traspuesto el muro bajo que delimitaba el perímetro de la hacienda, se aferró a las piernas de su padre y rompió a llorar, presa de un insólito espanto que sembraba el centro de una pesadilla.

Cansada de tanto llorar y sin que sus padres pudieran consolarla, María Fe al fin dormía abrazada a Teddy, su osito

de peluche, luego de beber una tisana que la vieja Antuca, sobrina de la antigua cocinera de los Terreros, le preparara en un biberón. Vista así como estaba, con sus gruesas pestañas descansando sobre sus ojos cerrados, Gonzalo comprobó la veracidad de los comentarios sobre el parecido físico entre ambos. Era cierto, su hija tenía el cabello renegrido, la tez lechosa, unas cejas empecinadas y profusas que enmarcaban una carita perfectamente cuadrada (que en el caso de Gonzalo disimulaba con una barba bien recortada), con unos labios extendidos cual dos líneas paralelas. Era curioso, pensó, como esos rasgos que en él se tornaban poco agraciados, en la niña adquirirían una suavidad de angelito travieso o, quizá, se rectificó, el cambio sustancial se debía a la pequeña nariz heredada de su madre, y volteó a mirar a su mujer, que cabeceaba sentada junto a la camita de su hija. Martha era otro regalo de la vida. Se habían conocido por amigos en común y, pese a sus reticencias respecto a entablar una relación con una muchacha tan joven, pronto se vio capturado por sus hermosos ojos azules, que se transformaban en dos profundos lagos cuando sus iris se detenían sobre él, por su piel bronceada de senos redondos como bollos de pan recién horneados, por sus piernas torneadas que por la noche le abrían las puertas a todos sus secretos. Sí, su amor era alimentado por una fuerte pasión que, en lugar de descender en los cinco años que llevaban juntos, se mantenía tan vigorosa como en el primer encuentro; sin embargo, eso no era lo único que lo mantenía a su lado: estaba también su natural candidez, la dulzura de su carácter y aquella devoción hacia él que provocaba que Gonzalo a veces se sintiera culpable, como en ese momento, que la veía cansada después del largo viaje. Un viaje impuesto por él, con el argumento de la excelente oferta laboral que le ofrecía la minera; pero, más que nada, con la

ilusión que le producía hacer realidad el sueño de vivir en el lugar del que tanto hablaban sus abuelos; La Florida era en mi niñez una especie de edén, cuando en mi familia se mencionaba algún hecho feliz siempre estaba relacionado con la hacienda, ¿lo entiendes, amor? Martha entendió, o se dejó convencer, igual que cuando con sus veinte años dudaba si seguir adelante o no con un imprevisto embarazo, que suponía asumir una responsabilidad tan temprana, y él la abrazó con fuerza mientras decía que nada lo haría más feliz. María Fe era la prueba de que no se equivocó entonces y la misma convicción lo acompañaba ahora, porque ¿qué podría faltarles en aquella casa remodelada con todas las comodidades, en aquel paraje de pintura de primavera y, sobre todo, estando juntos?

Tras adaptarse al clima y a la casa, María Fe corría por la hacienda sin siquiera recordar la causa de su temor inicial, mientras su padre la observaba sonriente, aunque un poco preocupado: me sentiría más tranquilo si estuviera al cuidado de una nana. En Lima la niña tuvo una, pero al mudarse Martha consideró que allí no era necesaria, que bastaban Antuca, el jardinero, la muchacha que hacía la limpieza y ella misma para ocuparse de su hija, que con sus piernecitas de cuatro años tampoco podría ir muy lejos, ni abrir la verja siempre cerrada que delimitaba los jardines de La Florida. Además, ¿acaso él no había soñado con que su pequeña fuera y viniera a sus anchas como en el paraíso? Gonzalo tomó asiento en la butaca tapizada en terciopelo al lado de la escalera, dispuesto a gozar de un domingo familiar luego de una semana agitada (la administración del campamento minero absorbía sus días; no obstante, la labor se aligeraba gracias a la camaradería del personal y al buen humor de su adjunto, Juan Ortiz). Le gustaba ubicarse en esa silla, pues desde ese extremo de la

sala se abría un panorama compuesto a modo de díptico, por el ventanal que daba al jardín y por el comedor, donde las dos mujeres de su vida se movían absortas en sus quehaceres cotidianos, la pequeña jugando en el pasto con su inseparable Teddy y su esposa colocando flores frescas en el jarrón del comedor o impartiendo órdenes a la muchacha de servicio sobre la disposición de los cubiertos, ambas como soles que lo alimentaban con su energía y su calor. De la cocina llegó el olor del pan; Antuca se lo había prometido la noche anterior y Martha dispuso el horario exacto para que estuviera listo en cuanto él se levantara. Gonzalo se dejó guiar por su aroma, pero su mujer lo detuvo: no hasta estar todos en la mesa; él sonrió al ser tratado como un niño y se dirigió al jardín en busca de su hija. María Fe ya no se encontraba junto al ventanal de la sala, siguió entonces hasta el rosal cercano y nada, la llamó varias veces, igual. ¿Dónde habría podido ir en tan corto tiempo? Eligió caminar hasta la zona donde antes estuvieron los establos y ahora se erigía una cabaña de huéspedes; la puerta estaba con llave, se asomó a la ventana de manera instintiva, el osito de peluche de la niña estaba tirado en el centro de la sala. En un acto reflejo volvió a intentar abrir la puerta y no pudo. Llamó a su hija golpeando el vidrio de la ventana; como nadie contestó, decidió regresar a la casa por las llaves. Al llegar divisó a María Fe sentada junto al ventanal abrazando a su osito de peluche. «¡Papi, he encontrado un conejito!, le dijo su hija echándole los brazos al cuello».

Transcurridas varias semanas, Gonzalo se encontraba en la puerta del mercado del pueblo, de pie junto a su camioneta, esperando a que Antuca y el jardinero regresaran al coche con las compras. Martha le propuso realizar una pachamanca para sus colaboradores de la mina; él hubiera preferido una

parrillada, pero a ella le parecía «más bonito algo típico», y él no pudo negarse al escucharla tan entusiasmada. Con todo, lo satisfacía que su esposa, una mujer de sol y playa, apreciara tanto las tradiciones serranas que hasta se animara a practicar algunas, pues, además de la comida, unos días atrás él la había sorprendido escarbando un hoyito en el jardín y, al preguntarle por lo que hacía, ella respondió con una sonrisa de chiquilla juguetona, que era un pago a la madre tierra. Un par de niñas que pasaron de la mano hicieron que su pensamiento virara hacia María Fe. Si bien le gustaba que la niña disfrutara de un ambiente espacioso, tranquilo, sano, también era cierto que su hija crecía sin la compañía de niños de su edad, Martha no quería volver a embarazarse todavía y él sospechaba que la pequeña resentía la soledad, pues desde el extraño incidente con el osito de peluche (ese asunto no dejaba de molestarlo, ¿cómo pudo aparecer Teddy en manos de María Fe, si hacía dos minutos él lo había visto en la cabaña?) su hija tenía como amigo un conejito imaginario. Buenos días, don Gonzalo, lo saludó un operario de la mina que paseaba con su familia, a lo que él respondió con una inclinación de cabeza. En ese instante, un anciano vestido en harapos que lo observaba desde una banca se acercó a él golpeándose el pecho con gesto amenazante: «¡A ver, pégueme a mí también, don Gonzalo! ¡*Supay* don Gonzalo!». Él, sorprendido, retrocedió dos pasos, pero el anciano intentó golpearlo y él no tuvo otra opción que enviarlo al suelo de un empujón. Al verlo caído, sintió lástima, quiso ayudar al viejo a levantarse, mas el hombre rechazó su mano y continuó lanzando frases airadas que mezclaban quechua y español.

La carne que salía humeante del fondo de la tierra era colocada por Antuca, bajo la atenta dirección de Martha, en

cestas cubiertas de papel manteca, donde junto a papas, choclos y ajíes componían fugaces bodegones andinos que desaparecían de inmediato entre ávidos comensales. Gonzalo no era especialmente afecto a la pachamanca, por lo que Antuca le tenía reservado en la cocina un gran plato de ravioles; entre tanto, él cumplía su papel de buen anfitrión y paseaba con una copa de vino entre los asistentes, conversando un rato con cada grupo, aunque en realidad hubiera preferido quedarse junto a la media luna de hombres encabezada por Juan Ortiz. Gonzalo estaba al tanto hacía pocos días de la grave enfermedad que aquejaba al hijo de Juan, un niño que vivía confinado en una silla de ruedas, que con trabajos había logrado cumplir seis años y que según los médicos no llegaría a su próximo cumpleaños. A partir de ese momento, a la estimación que sentía por su amigo se le aunó una franca admiración por la entereza con que sobrellevaba su dolor. María Fe pasó junto a su padre con unas flores en la mano y este la tomó en sus brazos cubriéndola de besos: «¿Y esas flores, son para mí?». La niña exigió que la soltara, déjame papi, voy a darle comida al conejito; Gonzalo obedeció a regañadientes y fue a reunirse con Antuca, que lo llamaba desde la cocina.

—¿Antuca, dónde aprendiste a cocinar?

—Con mi tía Hermelinda, señor. Usted no debe acordarse, era muy chiquito, pero algunas Navidades las pasé con sus abuelos.

—Es cierto, tengo un recuerdo muy vago de tu tía, pero mi abuela hablaba mucho de ella: decía que ninguna cocinera se le podía igualar.

—Sus abuelos eran muy buenos, señor. Qué hubiera sido de mi familia sin su ayuda.

—Habrían emigrado a la capital, como al final hicieron los más jóvenes.

—Antes no era tan fácil ir a Lima, señor. Acá muy pocos hablaban español, nadie tenía familia en la ciudad y la gente tenía miedo.

—Pues entonces hubieran trabajado la tierra. Yo hubiera sido feliz siendo agricultor. ¡Esta tierra es maravillosa!

—Acá la tierra es bonita, pero no es buena, señor. Demasiados árboles secan la tierra para las cosechas. Aquí solo es pasto para las vacas y los que no tienen vacas la pasan muy mal.

—Caray, no lo sabía. Aquí hay vacas por todos lados. Pensé que todos las criaban.

—No, señor. Las vacas son caras. Antes solo los Terreros tenían ganado. Los demás éramos todos muertos de hambre.

—Mis abuelos tenían trabajadores, pastores, pero les cedían tierra de cultivo, les pagaban un jornal.

—Señor, aquí la tierra solo da pasto y el jornal no era más que crédito en el almacén de sus abuelos.

—¿Estás diciendo que mis abuelos los explotaban?

—No, no, señor. Dios me libre de decir algo así. Lo que pasa es que acá los hombres se dan mucho al alcohol y a fin de mes se iban todos a beber a la tienda de sus abuelos hasta quedarse endeudados... Su familia fue muy buena con nosotros.

Se produjo un largo silencio, en el que Gonzalo reparó en los ojos verdes de Antuca y en los muchos ojos verdes que proliferaban en la zona.

—Antuca, ayer, cuando saliste del mercado, había un viejo que gritaba y me insultaba, ¿recuerdas? ¿Quién es? ¿Qué decía en quechua?

—Era un borracho, señor. Usted no le haga caso.

—Pero quiero saber qué decía.

Amor, ¿terminaste de comer? Te estaba buscando. Martha entró en la cocina y se instaló junto a su esposo, acariciándole el cabello: no me vas a creer, tu amigo Juan Ortiz estudió en el mismo colegio que yo, solo que cuando yo entré a inicial, él iba a primero de media. Ven, vamos a conversar con él. Gonzalo se dejó llevar de la mano por su mujer.

Un conejo de carne y hueso, blanco como trozo de nube, de nariz rosada y orejas caídas. Gonzalo compró la mascota con la idea de que su hija tuviera una compañía y dejara la manía de hablar de un conejito ficticio, pero había pasado una semana y María Fe continuaba jugando y conversando con el animal imaginario, sin hacerle ningún caso al real, que siempre vagaba solitario en el jardín. A ver, princesa, vamos a jugar un rato con el conejito. No, papi, él no es conejito, él se llama Hugo. Está bien, con Hugo. Hugo está triste porque tú nunca juegas con él, dijo Gonzalo al acercar el conejo a su hija para que lo tocara. La niña aceptó acariciarlo, aunque él se dio cuenta de que lo hacía solo por complacerlo. Comprar la mascota fue un error, reconoció Gonzalo, un perro quizá hubiera sido una elección más acertada, aunque mejor aún habría sido ir a la tienda con la propia María Fe para que ella escogiera el que más le gustara, porque, después de todo, cómo saber si el conejito que ella se había inventado tenía en verdad forma de conejo y no de gato, perico o ratón. ¿Princesa, cómo es el conejito, grande, chiquito, cómo es? La niña alzó la mano a la altura de su cabeza, luego extendió ambos brazos y dijo: el conejito vuela, papi, vuela. Ah, es como un pájaro, respondió él, a lo que ella negó con la cabeza, mientras se ponía de pie tirando de la mano de su padre para que la siguiera hasta su

habitación. Una vez dentro, María Fe sacó un cuaderno de dibujos: mira, papá, así es el conejito. Gonzalo levantó una ceja: la niña, pese a ser tan pequeña, tenía mucha habilidad para el dibujo; no obstante, aquella especie de mono negro, alado y con orejas puntiagudas, no se parecía en nada a un conejo. Suspiró, no le gustaba que su hija fantaseara con algo tan feo.

«Toñito ha recaído», dijo Juan Ortiz. Luego aspiró profundo, cogió con fuerza un lapicero y permaneció en silencio mirando el teclado de la computadora. Mientras conducía su camioneta de regreso a La Florida, Gonzalo no podía alejar esa imagen de su mente. ¿Cuánto dolor era capaz de soportar un hombre? Era la primera vez que había visto flaquear a Juan desde que lo conocía. Bastó una llamada telefónica para que en la fachada de seguridad que su amigo presentaba ante el mundo se abriera una grieta profunda que dejaba entrever la fragilidad de sus cimientos. «Toñito ha recaído», fue lo único que dijo al colgar el teléfono y fue suficiente. Gonzalo también era padre e imaginaba el tormento que suponía presenciar cómo se apagaba la vida de un hijo; yo no podría soportarlo, me volvería loco, sería capaz de cualquier cosa, se dijo. La paternidad produce un cambio en las personas, pues antes del nacimiento de María Fe los niños que pedían limosna en los semáforos o los que se peleaban por lavar su auto nunca despertaron en él más que una ligera incomodidad; ahora, en cambio, no podía dejar de compadecerse y experimentar una cierta culpabilidad por no hacer nada por esas criaturas tan indefensas como su propia hija. Por eso también le resultaba tan próximo el sufrimiento que pesaba sobre su amigo. Martha lo recibió en la entrada de la casa: hola, amor, ¿y esa cara? Gonzalo le contó lo sucedido en la oficina. Eres un sol, Gonza, hiciste bien en darle unos días libres, el pobre no tendrá cabeza para pensar en nada más que

en su hijo. En ese instante entró en la sala Antuca, cargando a María Fe. ¡Princesa!, exclamó su padre al verla, e hizo un gesto para que la cocinera la depositara en sus brazos. Toma, papí, esto es para curar a Toñito, dijo la niña tendiendo hacia su padre una antigua moneda de cinco centavos. ¿Princesita, quién te ha dado esto, quién te ha contado de Toñito? El conejito, contestó su hija, el conejito dice que si lo pones en su cama, Toñito se cura. Gonzalo, intrigado, miró alternativamente a su esposa y a Antuca: ambas mujeres se encogieron de hombros. Está bien, lo pondré en su cama, pero juega también con Hugo o con Teddy, ¿sí?, dijo dirigiéndose a su hija y guardando la moneda en uno de los bolsillos de su pantalón. Ahora, ¿quieres un poco de helado? ¡Síiii!, respondió ella. Antuca, sírvele un poco, por favor. La empleada asintió y se llevó a María Fe a la cocina. Cuando Gonzalo y Martha se quedaron a solas, él interrogó a su mujer sobre el modo en que la niña podría haberse enterado de la enfermedad del hijo de Juan Ortiz. No estaba bien que la pequeña llenara su cabecita con pensamientos tristes, ni que siguiera con esa cantaleta del conejito imaginario. Martha se mostró de acuerdo con él en su preocupación porque la niña no se involucrara con el drama del amigo de su esposo, de ahora en adelante sería mejor tener cuidado de no mencionar nada en presencia de ella, María Fe era muy despierta y seguro había oído hablar del asunto, pero le restó importancia al tema del conejito: los niños suelen inventar amigos imaginarios, una pequeña compañía para sus juegos, es normal, expresó.

La alegría y la seguridad habían regresado al semblante de Juan Ortiz, incluso hasta podría decirse que se le notaba más joven. La repentina curación de Toñito era un milagro que dejaba atónitos a los médicos. Gonzalo también estaba

asombrado, Martha insistió tanto en ir a visitar la casa de Juan para demostrarle su solidaridad que él terminó por aceptar, a pesar de tener la certeza de que ningún gesto o palabra le brindarían algún consuelo a su amigo y que, por el contrario, ambos se sentirían tristes y abatidos. Tenía razón: la visión de un niño moribundo es la imagen más dolorosa que alguien pueda soportar, pensó Gonzalo, al recordar el aspecto demacrado e inconsciente de Toñito; quizá por eso, ante la impotencia de no poder hacer nada por aliviarlo, depositó bajo su almohada la antigua moneda que María Fe le había entregado. Lo hizo a modo de despedida, como un lenitivo para consigo mismo y se olvidó de ello enseguida. No obstante, luego de la prodigiosa recuperación del hijo de Juan, aquel asunto le parecía un hecho curioso y digno de compartirse. Martha lo escuchó muy atenta: es posible que Dios le concediera el milagro a nuestra hija. Gonzalo sonrió incrédulo: lo que siento es haberle pagado a Dios con esa moneda, era de 1935; pero su esposa lo miro enojada: no te burles, los ángeles se comunican con los niños porque son criaturas inocentes, puede que un ángel dejara la monedita por allí para que la bebe la encontrara. Gonzalo abrazó a su esposa: no imagino a un ángel regalando dinero; por cierto, cada vez que le pregunto de dónde la sacó, María Fe me responde que se la dio el famoso conejito. En ese instante la niña entró en la sala, tenía el cabello revuelto, la cara mojada y estaba sucia como si se hubiese revolcado en la tierra. ¡Hijita! —ambos padres corrieron hacia ella—, hijita, ¿qué te ha pasado? La pequeña entonces rompió a llorar abrazando a su padre: papí, el conejito es malo, malo, malo.

María Fe no quería salir al jardín, permanecía dentro de la casa, jugando con Teddy y con Hugo, el conejo real, a

quien parecía al fin haber tomado cariño. Habían pasado dos días desde que apareció sucia de tierra y culpando al conejito de pegarle y jalarle los pelos, y continuaba fiel a su versión de los hechos. Gonzalo intentó entonces preguntar de otra manera: dices que te pegó porque no quisiste ir con él, ¿adónde quería llevarte el conejito? A su casa, papi, el conejito vive en un huequito en el jardín. La pequeña aceptó, temerosa, llevar a su padre hasta el lugar. El agujero se encontraba justo detrás de la cabaña de huéspedes. Un espacio abierto en la tierra de no más de diez centímetros de diámetro, cuya boca se hallaba oculta por el pasto. En efecto, el hoyo parecía la madriguera de un roedor. Gonzalo ordenó al jardinero que cavara profundo y después de un rato de trabajo lo único que descubrieron en el agujero fue un viejo y oxidado grillete. Extrañado por el hallazgo, Gonzalo interrogó a la servidumbre por aquel objeto. Antuca y el jardinero dijeron no saber nada al respecto. Solo la muchacha de limpieza recordó antiguos rumores sobre calabozos en la hacienda, decían que los patrones pegaban a los hijos de la gente cuando se portaban mal. ¿Qué estás diciendo?, explícate, la interrumpió Gonzalo, indignado. Ella sabe, señor, repuso la chica señalando a Antuca, pero calló de inmediato al encontrarse con la mirada de reproche de esta, quien volteó a mirar a Gonzalo para decirle: no es cierto, señor, la gente dice tonterías. Vamos a ver, se tranquilizó Gonzalo, ¿quién dice eso, a qué se refieren cuando dicen que golpeaban a los niños cuando se portaban mal? La muchacha guardó silencio, con la cabeza baja, y Antuca tomó la palabra: señor, la gente inventa cosas, no haga caso. Si dicen eso, debe ser por algo, cuéntenme, pidió Gonzalo. No obstante, la muchacha se negó a hablar y Antuca continuó diciendo que todo eran inventos y tonterías.

El hijo de Juan Ortiz se encontraba plenamente restablecido, inclusive podía caminar. Gonzalo se sentía contento por su amigo, pero contrastaba la radiante vitalidad de Toñito con el giro operado en María Fe. No se trataba de su salud, sino de un evidente cambio en su carácter, pues de ser una niña alegre y habladora, que corría a sus anchas por la hacienda y jugaba con sus muñecas, había pasado solo a jugar de vez en cuando con Hugo, a hablar únicamente si le preguntaban, a reír cada vez menos y a recluirse en el interior de la vivienda, pegada a sus piernas o a las faldas de su madre; en suma, a volverse una criatura callada e insegura, que temía quedarse sola en cualquier lugar. La mutación se había dado de manera progresiva, hasta agravarse hacía poco. La pequeña llevaba dos noches despertando, presa del llanto, a causa de horribles sueños, en los que, según contaba, el conejito (otra vez el maldito amigo imaginario) entraba a su habitación por la ventana y la arrastraba de los pelos para llevársela consigo. De nada sirvió que Gonzalo le mostrara el bonito arbusto plantado en el lugar donde antes estuviera el agujero que ella identificaba como la morada del conejito, la niña insistía en ver allí el hoyo por donde al oscurecer, aquel animal de su imaginación salía a buscarla. Ambos padres discutieron el asunto; Gonzalo era partidario de que llevar a la niña a un psicólogo y Martha de acudir primero a la iglesia para que el sacerdote bendijera a su hija. Al final decidieron hacer ambas cosas.

El psicólogo del pueblo estaba de vacaciones en Lima, pero no lo echaron en falta, pues a la mañana siguiente de que el anciano cura de la parroquia juntara las manos de la niña para rezar con ella un par de padrenuestros y rociara sobre su cabecita un chorrito de agua bendita, María Fe había vuelto

a ser la de antes. Era increíble, pensaba Gonzalo, mientras silbaba una canción y se encaminaba al estacionamiento de la compañía para regresar a La Florida, aunque se consideraba un agnóstico, no podía dejar de agradecer a la fe, al cura, o a Dios, si existía, el positivo efecto sobre su hija; tal vez, se decía, existían fuerzas más allá de los dictados de la razón. Al llegar a su camioneta se detuvo a contemplar el cielo rojizo sobre las verdes montañas. Lo único que lo entristecía un poco en ese momento era la repentina muerte de Hugo, a quien al regresar de la iglesia con María Fe encontraron en la puerta de la cabaña de huéspedes, presa de convulsiones y babeando sangre. ¿Tenía todas sus vacunas, debió envenenarse con algo? De cualquier manera tuvieron cuidado de que María Fe no lo viera: en fin, se dijo e ingresó a su camioneta, se sentía afortunado, su hija era de nuevo una niña alegre y vital, su mujer era hermosa y lo amaba, y él avistaba un promisorio desarrollo profesional en la mina, además de haber conseguido regresar a vivir a la hacienda tan añorada por sus abuelos. Una vieja frase de su abuela iluminó su mente con la velocidad con que se enciende y se apaga un cerillo: nadie puede tener todo en la vida, pero sonrió, su abuela se equivocaba.

En La Florida, Gonzalo se extrañó que nadie saliera a recibirlo, recordó que Martha pensaba ir a visitar al cura llevándole unos melones del huerto y se dirigió a la cocina para pedirle a Antuca un vaso de leche; sin embargo, no la encontró en la cocina. Fue al cuarto de servicio y tocó varias veces hasta que la cocinera le abrió la puerta, bostezando y vestida con una bata, disculpe, señor, me dolía mucho la cabeza y le pedí permiso a la señora para descansar un rato. Gonzalo le preguntó por los demás, la empleada respondió que era el día libre del jardinero y la muchacha de limpieza,

Gonzalo lo había olvidado. ¿Y sabes a dónde ha ido mi esposa? Antuca replicó que no sabía que la señora hubiese salido. Gonzalo marcó el número de su mujer. ¿Martha, donde estás? Con el padre Domingo, amor, le traje unos melones, ¿ya se despertó la bebe? ¿Cómo, no la llevaste contigo? No, Gonza, la dejé dormidita en su cuarto. María Fe no se hallaba en su recámara, ni en ninguna de las otras tres habitaciones del segundo piso, tampoco en la sala, el comedor, la cocina o el ala de servicio. Gonzalo llamó a la cocinera para que lo ayudara a buscar a la niña. La mujer revisó el interior de la vivienda y él hizo lo propio con el exterior. La oscuridad de la noche era un obstáculo que impedía la total visibilidad del enorme jardín, pues las farolas colocadas como objetos ornamentales no alcanzaban la integridad de sus confines. Gonzalo atravesó el rosal y el huerto provisto de una linterna y no encontró nada; la zona del columpio de su hija, nada; el área de la parrilla, nada; penetró en la cabaña de huéspedes, vacía. Regresó a la casa, Antuca tampoco tenía buenas noticias; entonces decidió enviarla al jardín, en tanto él se quedaba esta vez en la casa. No quería perder el control, pero las sienas le latían. Examinó cada uno de los dormitorios, debajo de las camas, detrás de las cortinas, en los clósets; después, por segunda vez, se abocó a inspeccionar el primer piso. El ala de servicio se componía de lavandería, dos dormitorios y un baño; el cuarto de Antuca era el único donde no había entrado. La habitación era tan pequeña que le bastó una mirada para saber que su hija no se encontraba allí; no obstante, casi por cumplir, decidió abrir el ropero. Entre la ropa estaban colgados varios vestidos muy antiguos de satén y seda. Gonzalo descolgó uno de ellos por mera curiosidad y el movimiento de la ropa provocó que cayeran del interior del armario una pequeña caja de madera y un zapatito rojo,

un zapatito de María Fe. Extrañado, Gonzalo vació el contenido de la caja, había muchas fotografías amarillentas, imágenes de sus abuelos en distintas partes de la hacienda. En una de ellas, su abuelo aparecía sosteniendo entre las manos lo que parecía un puñado de monedas, de pie junto a una niña india encadenada de pies y manos. Gonzalo guardó la foto en su bolsillo, recordó a su amoroso abuelo y quiso pensar que aquella estampa debía tratarse de alguna broma para su abuela. Antuca regresó con las manos vacías y Gonzalo le exigió que le explicara por qué guardaba en su ropero un zapatito de su hija, a lo que la mujer respondió que no sabía cómo había llegado aquella prenda a su ropero, que tal vez la propia niña lo dejó allí cuando iba a jugar. Gonzalo no podía pensar con claridad, las manos le temblaban, quizá la cocinera tenía razón y estaba perdiendo un tiempo valioso. Martha llegó a la casa en ese momento y ambas mujeres se trenzaron en una discusión, pues su esposa afirmaba que Antuca le dijo que solo descansaría unos minutos, por lo que ella, confiada, dejó a su hija en su cama, mientras que la empleada alegaba que la señora jamás mencionó que pensara salir de la casa. Gonzalo tuvo que intervenir para que su mujer, tomada por la desesperación, no agrediera físicamente a la cocinera. Después, Martha y Antuca empezaron a llorar por separado.

Juan Ortiz acudió de inmediato a la hacienda al enterarse de lo sucedido y, mientras la Policía registraba la propiedad, se ocupó de que Martha bebiera un calmante al notar que la mujer de su amigo había pasado de largos sollozos a arrancarse girones de cabello con un llanto silencioso. El comisario, con media docena de agentes y dos perros, tampoco halló rastro de la pequeña, ni alguna pista sobre su desaparición; lo único fuera de lo normal en La Florida era

un arbusto arrancado de raíz detrás de la cabaña para uso de las visitas, ¿usted sabe algo? Gonzalo pensó que cualquier cosa podría ser importante para la Policía y, aunque creía que era una tontería, empezó a exponer el tema del miedo de su hija al conejito imaginario. El jefe de Policía escuchó su relato masticando un chicle, pero tomó nota de todo lo referido al asunto del descubrimiento de un zapatito de María Fe en el ropero de la cocinera, por lo que los oficiales concentraron su atención en interrogar a Antuca, que tartamudeaba y no era capaz de explicar por qué tenía en su poder aquel objeto. Cuando Gonzalo, con la cabeza baja, al fin se decidió a mencionar y mostrar la foto amarillenta que guardaba en su bolsillo, el comisario optó por interrogar a Antuca en la delegación policial, con esta gente resentida nunca se sabe, pero en la comisaria no podrá ocultarnos nada, ¿usted, quiere acompañarnos? Gonzalo aceptó ir con ellos, no sin antes encomendar el cuidado de Martha a Juan Ortiz.

La manera en que los oficiales interrogaron a Antuca le pareció abusiva. ¿La Policía actuaría del mismo modo con un sospechoso que conociera sus derechos? Gonzalo presenció aquel carga montón de acusaciones con una mezcla de vergüenza y ansiedad, mas, cuando la cocinera, entre sollozos, solo pudo ofrecer respuesta a la pregunta sobre la fotografía de su abuelo, Gonzalo abandonó la delegación de Policía convencido de que Antuca se había vuelto loca o que, al igual que los torturados por la inquisición, era capaz de inventar cualquier cosa para que dejaran de acosarla.

La casa hacienda se hallaba envuelta en las tinieblas. Gonzalo encendió las luces y tomó asiento en la sala: ¿y si María Fe estuviera escondida, si al ver la casa llena de extraños se asustó y no se animó a salir? Comenzó a llamar a su

Con Yolanda en el acantilado

hija a grandes voces. Luego de un rato se detuvo, despertaría a Martha. ¡Martha! No había pensado en ella. ¿Dónde estaba Juan Ortiz, se habría ido dejando sola a Martha? Trató de serenarse antes de ir a la recámara donde dormía su esposa: debo infundirle calma, no desesperación, se dijo. La alcoba se hallaba vacía, bajó las escaleras despacio, no tenía fuerzas para pensar adónde podrían haber ido ella y Juan Ortiz, sentía un peso en su garganta, la presión de un aro de metal estrechándose sobre su cuello. Cerró la puerta con cuidado y se lanzó a correr, corrió como si en cada paso dejara atrás lo sucedido, como si al final del camino su hija lo esperase sonriente, hasta que el leve sonido de las voces de Martha y Juan Ortiz lo obligaron a detenerse, una débil luz brillaba detrás de la cabaña de huéspedes. Se acercó sin hacer ruido y lo que vio trajo de inmediato a su mente lo que Antuca le respondió a la policía sobre el retrato amarillento de su abuelo: los patronos raptaban niñas para ofrecerlas al diablo, señor, eran como demonios.

YOLANDA SALE DE LA CAMA Y corre hasta la ventana. Son las seis de la mañana. Casi no se distingue el cielo. Una fina pantalla cubre el ambiente, como un velo que de pronto alguien hubiera dejado caer sobre la frente de la ciudad o como delicadas hebras de cabello blanco que, agitadas por el viento, se empeñan en precipitarse sobre los ojos de los pocos limeños que a esa hora transitan la calle, que Yolanda observa desde el tercer piso del edificio donde vive con sus padres. «¡Qué lindo!», sonrío, y estira los brazos hacia el mar de nubes que inunda la atmósfera. Una perfecta y ligera lluvia moja sus manos, «¡Garúa... uuuaaaaa!»; podría pasar horas acariciando la suave gasa de la niebla, mas siento unos pasos junto a su puerta y se dirige de puntillas al baño. «Yoli, ya, apúrate», dice su madre que se aleja rumbo a la cocina. Entonces ella sale del baño, cierra la ventana del dormitorio, vuelve al baño y se mete a la ducha cantando, porque el invierno al fin ha llegado a la ciudad con sus barcos fantasmas poblados de piratas, sus sapos disfrazados de palomas agazapados en los árboles y con su dama que se pasea descalza vestida de nubes.

La escuela queda tan cerca de su casa, que su madre la despide confiada, «derechito al colegio, ¿ah?». Yolanda responde con un beso y la firme promesa de no desviarse, pero una vez en la calle no puede sustraerse a las palabras del viento, que le dice sigue, que le dice ven. Un gato que dobla la esquina se convierte así en un emisario de la dama, ella sabe que la busco, se dice Yolanda, antes de tomar el desvío que conduce al acantilado. El camino no es largo ni corto, no tiene tiempo ni distancia, y a mí me gusta mirarla caminar dando pequeño saltos en los charcos que enturbian el brillo de sus zapatos recién lustrados por su madre; me gusta ver cómo sus largas trenzas negras se mueven al compás de una melodía que solo ella escucha y que es semejante a una canción de cuna que hace años nadie le canta, porque a sus siete años ya está muy crecida para cancioncitas, porque desde que su padre bebe más seguido su madre siempre está de mal humor y porque ahora los cuidados son para su hermanita, que ha nacido con los mismos ojos claros de su madre, tan diferente a Yolanda que es el vivo retrato de su padre. Ningún asomo de sol: será un día oscuro, frío, hermoso, uno de esos en los que la dama blanca se quedará en la ciudad, en los que paseará su figura pálida y delgada entre la gente sin que nadie sospeche que la corriente gélida que los obliga a enrollarse chalinas al cuello es la estela fría del paso de la dama, un rastro que Yolanda reconoce igual que su perfume, un perfume de algas, de estrellas marinas y de líquenes adheridos a templos sumergidos, pues la dama viene del mar, tiene su casa en las profundidades y únicamente en invierno abandona su hogar para visitar la tierra, la franja costera donde vive Yolanda, que la espera feliz, con su pequeño corazón anhelante y ardiente, mientras apresura su andar sin sentir la fatiga, de la que su madre la cuida con jarabes y nebulizaciones, ni el peso de su mochila,

cargada más que de cuadernos, con los viejos libros de su padre, y yo al verla pasar siento unas ganas inmensas de tomar su mano, de ser también una niña de siete años que la sigue en sus juegos y de llevarla conmigo en un viaje que jamás termine.

Nuestro recorrido empieza en la calle Atahualpa (pues yo la sigo sin que ella me vea), que Yolanda ha bautizado como España, por la casona pintada de rosa, en cuyo jardín revolotean continuamente sacerdotes y monjas; y su padre siempre dice que todos los curas vienen de España. El periplo se inicia así en el sur de Europa, para después pasar por la Casa Blanca, París y Transilvania, sin embargo, el fin primordial de la travesía no es la visita a lugares distantes, sino más bien divisar a la hermosa dama de traje blanco, que ha subido por las escarpadas rocas del litoral y ahora avanza por la ciudad con su vestido de gasa que la gente llama neblina. ¿Cómo supiste de ella, Yolanda? ¿Cómo la adivinaste sin que nadie te mencionara nunca la historia de la mujer con ropas de nubes? Ah, tú tampoco lo sabes, ¿no es así? Simplemente la idea apareció una mañana mientras ibas al colegio, primero como una leve sospecha, que luego se convirtió en una indubitable certeza, igual a la fe en las mariposas amarillas para pedir deseos o la certidumbre de que las palomas cuculí son en verdad sapos camuflados con plumas que examinan a los humanos con ojos curiosos y sabios. Entrando por la calle Chiclayo se desemboca en la avenida Arequipa, con su calzada de árboles que saludan la garúa agitando sus hojas cual campanitas. La vida renace en invierno, con millones de organismos sedientos que abren sus bocas a la humedad del ambiente, con miles de ojitos que despiertan luego del sofocante letargo veraniego; entonces, lejos del sol, amparados

en la bruma, los misterios de la tierra salen de sus guaridas, y le quitan la boina al vendedor de periódicos, que maldice al viento cuando recoge su gorra varios metros más allá. «Nada es lo que parece», recuerda Yolanda al observar la escena, su padre repite a menudo esa frase y ella aprueba la sentencia porque se sabe poseedora de secretos únicos, de verdades que pondrían los pelos de punta a personas poco familiarizadas con la magia o los misterios, pero que ella guarda y guardará hasta que un día se desvanezcan y solo conserve su recuerdo como un ligero aleteo que la conmueva al mirar la niebla, aunque para eso falta mucho tiempo todavía.

El Colegio de Ingenieros es una hermosa construcción de paredes blancas, grandes ventanas, con un pórtico de columnas a los lados y un jardín de pasto bien recortado que delimita un muro bajo. No tiene una inmensa cúpula, pero qué más da, el resto de su fachada es idéntica a la de la Casa Blanca, al menos así se le presenta a Yolanda cuando se detiene unos minutos frente a ella e imagina los muchos salones con chimenea que deben existir en su interior; algún día se animará a entrar, pero por ahora sigue su camino, pues unos metros más allá la espera la Ópera Garnier. En los libros de su padre ha visto fotos del célebre teatro francés, y para ella, pese a no tener frisos de mármol ni lucir estatuas doradas, el Palacio Marsano, con su cúpula gris y sus columnas de piedra, es la imagen exacta del que se encuentra en París. ¡Ah, París! Su padre le ha dicho que París es la ciudad más hermosa del mundo, aunque él nunca haya estado en Francia ni salido del Perú; sin embargo, conoce muchos detalles sobre todos los países del planeta. Sabe, por ejemplo, que en Italia existe una cueva con aguas azul eléctrico a la que solo se ingresa desde el mar, que en la India las vacas viejas

andan sueltas por las calles igual que los perros sin dueño, que en Bolivia hay un desierto de sal en lugar de arena o que a México una vez al año llegan tantas mariposas que cubren un bosque entero con sus vivos colores. Yolanda cierra los ojos, cuando sea grande visitará todos esos lugares, se unirá a un barco pirata, vivirá aventuras como las de Sandokán, y ya de muy viejita se retirará a la orilla de un río para escribir sus memorias, como en la película *Sinuhé, el egipcio*, que tanto le gusta a su mamá. Sin darse cuenta, Yolanda ha caminado a ciegas hasta llegar a la primera cuadra de la avenida Diagonal, de allí es todo en recto hasta el acantilado, y Yolanda siente el frío más intenso, la capa de niebla que engrosa su textura conforme va poniendo un pie tras otro en el ya corto trecho que la separa del mar; entonces no puede contenerse, corre sin reparar en los semáforos en rojo, en el piso mojado, ni en las señoras que le gritan: «¡Niña, ten cuidado!», cuando casi resbala en plena pista, y yo tengo que apresurarme para ir tras ella, para cuidar sus pasos y para permitir que llegue sana y salva a su destino.

Hemos llegado. Yolanda recuesta su cuerpo sobre el pequeño muro que corona el acantilado. Abajo, una playa de piedras negras, de rocas cortadas a hachazos, como la artillería abandonada de antiguas batallas que el mar va lavando, le da la bienvenida. El paisaje es tan hermoso que Yolanda desearía tender un tobogán hasta las piedras, sumergir sus manos en las aguas heladas, capturar la espuma que las olas traen desde lejos y que es igual de inasible que la niebla; sin embargo, se mantiene pensativa. ¿Por qué las cosas bellas no se pueden tocar? ¿Por qué las mariposas mueren cuando se quiere acariciarlas? ¿Por qué hasta la ropa, de tanto pegarse al cuerpo, termina fea y arrugada? Por eso tal vez

lo mejor es no moverse, quedarse muy tranquila cobijada en la bruma, mirar a la distancia cómo bogan en la niebla los barcos que despliegan la bandera pirata mientras su capitán le hace adiós con su mano de garfío. Yolanda suspira: ¿alguna vez podrá ver a la dama aunque sea de lejos? Lo ha probado todo, correr muy rápido en la niebla para alcanzarla, no pestañear durante más de diez minutos para evitar que escape en un parpadeo, caminar simulando pensar en otra cosa para que ella se sienta confiada y en un descuido mirarla o, como hoy, solo esperarla observando la distancia, pero hasta ahora solo ha fracasado. ¿Es que siempre será igual?, se pregunta entristecida, en tanto escucha el arrullo de unas palomas grises que intentan consolarla. Al verla así, yo me acerco despacio, poso una mano sobre su hombro y ella, inmediatamente, lleva también la suya al mismo extremo de su cuerpo, y por unos minutos preciosos permanecemos mano sobre mano, parecidas a una madre y su hija que contemplan el mar, o a dos amiguitas sorprendidas en sus caricias. Pero un policía interrumpe nuestro momento: ¿no vas al colegio?, le pregunta mostrándole su reloj, y ella entonces recoge su mochila, ya no hay tiempo para despedidas, otro día pasará por Transilvania, ahora solo corre con la mente fija en evitar otra tardanza en su cuaderno asistencia. La despido sonriente, porque sé que mañana nos reuniremos de nuevo, porque en realidad nunca nos separaremos, pues cuando Yolanda crezca, cuando crea que mi recuerdo pertenece al pasado, acudiré con ella a su primera cita de amor, la acompañaré en sus días rutinarios de oficina, en los pocos viajes que hagan realidad sus sueños, estaré con ella en esas noches hurtadas al descanso, en las que con sus pinceles intente atrapar la neblina y compruebe una y otra vez que todo lo hermoso es huidizo y nunca permanece, asistiré con ella al encuentro de unos ojos verdes

que la mirarán casi con tanto amor como los míos, pero que Yolanda no reconocerá a tiempo y que después se empeñará en reencontrar en otros rostros, sin comprender que, al igual que la belleza, el amor vive en ese borde luminoso del cual los hombres solo alcanzan leves destellos. Me sentaré a su lado, cuando en la soledad de su habitación lllore el fracaso de su primera exposición, y cuando brinde sola por una reseña elogiosa, luego de veinte años de poblar las telas con seres fantasmales y grises, acomodaré su cabello para ocultar sus canas, cuando vuelva a enamorarse y regrese riendo de un hotel, porque la amistad no es lo mismo que el amor, pero es más fuerte. Estaré junto a ella cuando una tarde, al volver a ver *Sinuhé el egipcio* por la televisión, Yolanda haga un recuento de su vida y sienta de pronto unas ganas inmensas de buscar nuevamente a la dama blanca que viene del mar; y en ese momento lo deje todo para salir aprisa rumbo al acantilado, donde al mirar hacia abajo una vez más deseara aterrizar en la espuma que las olas depositan en la orilla. Pero eso sucederá todavía muchos años después; por ahora solo sigo a Yolanda hacia el colegio, comparto sus malas calificaciones en matemáticas, sus buenas notas en dibujo y su amor por los gatos. Tengo paciencia, pues cada día me aproximo más a la tarde maravillosa en la que, sin escuchar a las voces que quieran detenerla, ella saltará en dirección al mar, donde yo le tenderé los brazos sonriente. Y cuando no encuentren su cuerpo entre las rocas, nadie imaginará que Yolanda va feliz a mi lado, abrigada en mi vestido de nubes.

En memoria de Evelina

EN LA ACTUALIDAD, CASI NADIE visita el ala antigua del cementerio de San Mateo. La mala hierba ha cubierto buena parte de las lápidas y los dos ángeles que adornan el pórtico parecen depuestos guardagujas, envejecidos y sucios. Los pocos que transitan por aquí —algunas parejas en busca de un lugar solitario— pasan delante de la tumba de Evelina Müller sin que su nombre les diga nada. Es increíble cómo el tiempo borra la memoria. Treinta años atrás, todavía se hablaba de lo ocurrido a la hija del rico colono dueño de las tierras donde se descubrió el mineral. Aunque claro, eso fue antes de las dos grandes guerras, antes de que los mineros artesanales fueran reemplazados por la International Mineral Company, antes de que miles de migrantes de todas partes se instalaran en el pueblo y lo convirtieran en la capital de la provincia. Dicen que mudar es el destino de todas las cosas. Yo lo compruebo al mirar a mí alrededor, al levantarme cada mañana con un nuevo achaque que los medicamentos no aliviarán. Sin embargo, lo que ha permanecido inalterable en todos estos años es la duda, la terrible incertidumbre que aún hoy me trae hasta la sepultura de la pequeña Evelina, para dejar unas flores y sentarme a cavilar, a tratar de reconstruir los

hechos, con la esperanza de que el Señor algún día ilumine mi mente y me regale la paz de la absoluta certeza de lo sucedido.

Cuando llegué, San Mateo era un conjunto de casitas blancas enclavadas en la amplia llanura que lavaba el río Tigre. La calle principal era la única asfaltada y en ella se encontraban la iglesia, el ayuntamiento y la escuela donde yo sería la preceptora de los niños de seis a doce años. Solo había dos maestras, de modo que, al presentarse una vacante, el padre Adolph se comunicó con la arquidiócesis provincial para que enviaran, urgente, un reemplazo. El perfecto dominio del idioma alemán, la recomendación de alguna institución religiosa y la disposición inmediata eran requisitos que yo cumplía de sobra. Arribé un jueves soleado, con mi maleta a cuadros y los mejores certificados sobre mi educación expedidos por las hermanas ursulinas. En la capital de la república, esas constancias me sirvieron de poco. Mestiza, salida del orfanato y educada a golpes gracias a la caridad de la Iglesia, muchas puertas se cerraron en mi cara y anduve de trabajo en trabajo, pues a lo sumo me contrataban por suplencias temporales. Por eso, la noticia de que era aceptada como maestra en una colonia lejana llegó a mí como pan para el hambriento. Me hallaba tan necesitada de un algún lugar donde afincarme y tener un sueldo fijo, que hice el largo trayecto de la costa hasta la entrada de la selva en solo cuatro días. Esperaba que mis conocimientos y ganas de trabajar me granjearan la simpatía de aquellos inmigrantes alemanes. No obstante, estaba preparada para el rechazo, pues era conocido el grupo cerrado que constituían las colonias europeas asentadas en la ribera del Tigre.

Mis temores se diluyeron muy pronto, ya que el padre Adolph se encargó, en persona, de presentarme a sus feligreses, en los que percibí una alegría sincera por mi llegada.

La mayoría eran campesinos provenientes del Tirol. Quizá por eso, pensé, tenían menos remilgos a la hora de aceptar a alguien que viniese a enseñar a leer a sus hijos. La única que se mostró desdeñosa fue la señorita Jenkel, preceptora del nivel superior, quien espetó un «esperaba una compatriota» apenas me vio y se limitó a charlar con el padre Adolph sin siquiera dirigirme la palabra. Su actitud no minó mi ánimo. Tenía a mi cargo cincuenta y dos niños y no gastaría energía en una colega antipática. Los pequeños eran un encanto, así que no me costó nada empezar a quererlos desde el primer encuentro, en especial a Evelina. Sé que los profesores no deben tener preferencias por ningún alumno, pero ella era una criatura singular. Sentada en la esquina del quinto banco del salón, solo intervenía si se le preguntaba y sus respuestas eran siempre las correctas. En los recreos la veía disfrutar un rato de los juegos, mas después se retiraba a un lado, a leer mientras comía una manzana. Sus compañeros la apreciaban, aunque su naturaleza fuera más bien solitaria. Una vez, la descubrí muy concentrada observando el vuelo de un halcón, y, al acercarme, dijo: «Qué lindo, parece un bailarín en el cielo». La delicadeza de su alma y, quizá, el hecho de que fuese huérfana de madre hizo que pronto surgiera entre nosotras un cariño muy hondo, como el que imagino debe existir entre los miembros de una misma familia.

Mis primeras semanas en San Mateo transcurrieron atareadas y felices, entre las clases, el acondicionamiento de mi nuevo hogar y los paseos que, eventualmente, daba por los alrededores. En dos ocasiones, logré que Evelina me acompañase. Conseguir el permiso de su padre fue difícil, ya que él pasaba la mayor parte del año en sus plantaciones de café y dejaba el cuidado de su hija en manos de su hermana, una

anciana rezongona y muy amiga de la señorita Jenkel. Con todo, tuve suerte (durante dos de las cortas estancias de Teodoro Müller en el pueblo, obtuve su anuencia para salir al campo con Evelina). La primera vez volamos una cometa y capturamos muchos escarabajos que luego soltamos cerca de un arroyo, para ver cómo levantaban las patas y evitaban mojarse. La segunda, solo subimos hasta una colina y nos sentamos a mirar el paisaje, cuyas tonalidades de verde se volvían más intensas a medida que se acercaban a las montañas que daban acceso al Amazonas. «En el monte se pueden perder las personas, ¿verdad?», me preguntó la pequeña. Yo entendí que extrañaba a su padre y temía que le sucediera algo malo. Traté de calmarla y le propuse enseñarle a tocar la flauta. Para mi sorpresa, respondió que ya sabía, y que además tocaba el violín, pues el profesor Pinto les daba clases a los niños del pueblo hacía muchos años. ¿Un maestro de música? Sí, repuso ella, y añadió que el profesor Pinto se encontraba en la ciudad, con el encargo de adquirir nuevos instrumentos para la orquesta juvenil de San Mateo. Fue así como escuché por primera vez el nombre de Daniel Pinto, sin imaginar que después su mirada me perseguiría en mis sueños y en mis pesadillas.

La inquietud de la niña por las prolongadas ausencias de su padre me hizo pensar en algo que la distrajera de sus preocupaciones. La verdad, hubiera preferido caminar un rato con ella todas las tardes, pero era mejor una actividad en grupo donde la pequeña departiera con sus compañeros de escuela. Una fiesta para los niños del pueblo era lo ideal. Nunca antes se había realizado un evento de ese tipo, así que los padres de familia se mostraron recelosos al principio. El apoyo del padre Adolph, quien también era partidario de una educación

más flexible, fue decisivo para que su grey aceptara la propuesta. Preparar la reunión fue desde ya gratificante. Todos los chicos estaban emocionados y prestos a colaborar en las diferentes comisiones: comité de cadenas y papel picado, comité de música, comité de organización de juegos, etcétera. Evelina me ayudaba algunas tardes a recoger frutillas, pues ambas éramos parte del comité de mermeladas y compotas. Por las noches yo me desvelaba en la preparación de los dulces y en la secreta confección de máscaras para los asistentes. Yo le había hablado a Evelina de los carnavales de la capital y quería sorprenderla con algunos antifaces parecidos a los que se usaban en la ciudad. El día de la fiesta todo transcurría con normalidad, los niños comían felices los postres y participaban con entusiasmo en los diversos juegos. A la hora del baile, me pareció oportuno distribuir las máscaras que tenía reservadas como sorpresa. Así lo hice y fui la primera en colocarme una y voltear a buscar a mi pequeña amiga para enseñarle la careta. Sin embargo, en lugar de la alegría que esperaba encontrar, vi su rostro pálido, enteramente demudado por el terror. La niña empezó a alejarse de mí, pero al dar dos pasos se desvaneció. La llevamos a su casa. Cuando despertó, se abrazó a mí, llorando. Al interrogarla por lo ocurrido, lo único que conseguí que me dijera fue que la máscara le daba miedo, porque era muy similar a la que llevaba un personaje que algunas noches aparecía en sus sueños y cuya presencia la llenaba de espanto. El doctor Hoffmann, un rubicundo austriaco que había llegado a San Mateo solo unos meses antes que yo, recomendó que descansara. Al día siguiente, Evelina no recordaba nada de lo sucedido.

La manera en que terminó la fiesta hizo que los colonos se mostraran huraños conmigo durante algún tiempo.

No obstante, otra vez gracias a la ayuda del padre Adolph, poco a poco mis relaciones con la comunidad volvieron a su cauce. Las que no cedieron fueron la señorita Jenkel y la tía de Evelina. La primera ya ni siquiera movía la cabeza en señal de saludo: simplemente pasaba de largo, como si yo fuera invisible; la otra no volvió a permitir que su sobrina se quedara conmigo ni un minuto después de clase. Eso me dolió mucho, pues mi cariño hacia la pequeña era profundo y notaba que ella también resentía ese alejamiento. Por otro lado, también me preocupaba que la niña tuviera pesadillas y tan intensas que su mente bloqueara su recuerdo. Hablé con el doctor Hoffmann al respecto y este dijo que el periodo de transición de la niñez a la juventud a veces enervaba los ánimos de criaturas sensibles. Acepté sus explicaciones, aunque no me tranquilizaron del todo. La pequeña necesitaba afecto y alguna actividad que la alejara de la rígida disciplina que le imponía la anciana que la criaba. Por eso me sentí feliz la tarde en que Daniel Pinto regresó al pueblo con su carga de instrumentos musicales.

Tenía el cabello enteramente blanco, pero la lozanía de su rostro indicaba que se trataba de un hombre todavía joven. Yo estaba situada en la parte de atrás del gentío que se aglomeró a su alrededor y, gracias a su elevada estatura, pude observar el cuidado con que descargaba cada instrumento para luego introducirlo en la parte trasera de la iglesia. Algunos hombres del pueblo lo ayudaban y, aunque se esmeraban en tratar la carga con la mayor delicadeza, sus maneras toscas contrastaban con los ademanes suaves y refinados del maestro de música. Solo cuando descargaron el violonchelo estuvo de manera completa frente a mí. Entonces pude ver la cicatriz que bordeaba una de sus mejillas, la sombra de

una quemadura que se iniciaba en el borde exterior de su ojo derecho y que continuaba, con una ligera desviación, hasta perderse detrás del oído deformado por el fuego. Sentí lástima por aquel hombre, pues, según supe, aquella marca era producto de un accidente ferroviario en el que también perdió la movilidad de dos dedos de la mano izquierda y donde, además, falleció una joven a la que amaba. Un músico mestizo, con una mano inhábil y un rostro marcado no tiene ninguna oportunidad en una ciudad con tantos prejuicios como es la capital de la república; así que Daniel Pinto regresó a San Mateo, donde había sido criado por el padre Adolph, y se hizo cargo de la educación musical de los niños. Tal vez mi mirada transmitió algo de la compasión que sentía por él. El caso es que, de pronto, fijó sus ojos verdes en los míos y yo bajé la vista avergonzada.

Las clases de música convocaban a la mayoría de niños y jóvenes del pueblo. Era una delicia escuchar los violines, las flautas y los oboes en aquel paisaje verde, exuberante e inquieto, donde por un momento aves e insectos guardaban respetuoso silencio para escuchar la magia que salía de las manos del hombre. Así me parecía, especialmente cuando Evelina y Daniel Pinto tocaban el violín. La niña, a sus once años, era una artista consumada que sacaba de las cuerdas las melodías más dulces que yo he oído jamás. Al verla, la imaginaba en salas de concierto, vestida de gala y con el público de pie. Daniel Pinto, a pesar del problema con sus dedos, se las ingeniaba para interpretar piezas de singular belleza, pero que en mí siempre evocaban una vaga melancolía. Yo iba a ver los ensayos de la orquesta todos los martes y jueves. Una tarde que llegué más temprano de lo habitual, encontré a Daniel Pinto acomodando las sillas. Ya nos habían presentado,

pero esa fue la primera vez que conversamos. Empezamos a hablar de su viaje a la ciudad y de mi llegada a San Mateo. Pocas veces en mi vida he hallado personas con las que, apenas conociéndolas, me sintiera en confianza para expresarme con total libertad, pues soy de talante más bien reservado. Con Daniel Pinto la conversación fluyó de un modo natural y creo que a él también le ocurrió lo mismo. Cuando llegaron los primeros alumnos él me contaba cómo, siendo niño, se llenó los bolsillos con todo el azúcar que le pusieron en la mesa de un restaurante. Al finalizar el ensayo me preguntó si yo sabía tocar algún instrumento. Le respondí que solo la flauta. «¿No le gustaría aprender a tocar otra cosa?», preguntó. Asentí. Quedamos en vernos al día siguiente, pero recordó que le daba clases particulares a Evelina los lunes y viernes, así que mis lecciones pasaron a los sábados.

Mi nula capacidad para aprender a tocar el violín obligó a que mi maestro optara por reforzar mi manejo de la flauta. Los sábados eran los días más felices, como si toda la semana fuera solo un pretexto para su llegada. Nos íbamos a la ribera del río. En medio de aquel paisaje, que hacía pensar en el paraíso, las melodías sonaban más hermosas. Él se esmeraba en mejorar mi técnica, aunque la verdad yo progresara muy poco y prefiriera la charla a las lecciones. Nuestras conversaciones cada vez eran más largas. Por ellas supe que Daniel Pinto había pasado los primeros seis años de su vida en un orfanato en la frontera, donde llamó la atención de Joseph (así llamaba él al padre Adolph) por su buen oído para la música. De igual modo, me contó sobre su vida en San Mateo al lado de su querido Joseph y de su partida a la capital para estudiar en el conservatorio. Los años que pasó en la ciudad eran invariablemente oscuros en sus relatos, pues apenas si

se refería a ellos. Con todo, yo disfrutaba de esas conversaciones y de las clases junto al río. A veces iba con nosotros el padre Adolph, quien conseguía convencer a la tía de Evelina para que permitiera que la niña lo acompañara. Terminada la clase, los cuatro nos poníamos a pescar o improvisábamos una ligera merienda. Durante esas mañanas, mi pequeña amiga mostraba un especial cariño por su profesor de música, escogía las manzanas más rojas para dárselas y regresaba al pueblo siempre tomada de su mano. Daniel Pinto tampoco ocultaba su cariño hacia ella. En varias oportunidades me dijo que estaba orgulloso de su alumna, que pronto ya no tendría nada que enseñarle y que, con seguridad, él sería recordado solo por ser el primer instructor de una gran artista. Cuando recuerdo la sinceridad y pureza de las manifestaciones de cariño entre ambos me es imposible creer lo que la gente dijo después.

La escuela, los ensayos de la orquesta, y los sábados junto al río fortalecieron mi vínculo con Evelina. De hecho, creo que llegué a conocerla como si la hubiese visto desde que era un bebé. Por ello, noté enseguida que, conforme se acercaba la fecha de su cumpleaños, ella se iba dejando ganar por la tristeza. Preocupada, le pregunté qué sucedía. Con los ojos cargados de lágrimas, la pequeña me explicó que ese año, igual que muchos otros, su padre no estaría a su lado ese día tan especial. Teodoro Müller poseía grandes plantaciones de frutas y café, cuya época de cosecha coincidía con el aniversario de su hija, motivo por el cual solo en contadas ocasiones ella había compartido con su padre el aniversario de su natalicio. Traté de consolarla, le confesé que ya tenía reservado su regalo, mas apenas si conseguí una leve sonrisa. Decidí entonces hablar con Teodoro Müller al respecto.

Aproveché la corta estancia del hacendado en el pueblo para ponerlo al corriente de los sentimientos de su niña. Don Teodoro era un hombre severo, de los que creen que la mirada del amo hace crecer la siembra. Por nada del mundo dejaría la recolección del trabajo de meses solo en manos de nativos jornaleros. Sin embargo, su amor paternal era grande. Por eso, aunque pensaba que la selva no era lugar para mujeres, tuvo la iniciativa de llevarse a su hija unos días con él. Al fin, Evelina disfrutaría de la compañía paterna durante su cumpleaños.

Mi pequeña amiga se encontraba feliz. A la emoción de celebrar su cumpleaños al lado de su padre se unía la aventura de internarse en el monte, que como una muralla inexpugnable se atisbaba a lo lejos. Solo pasaría diez días allá. Pero la mañana de su partida, desoyendo todas las recomendaciones, se presentó con una valija enorme y ataviada con uno de sus mejores trajes. La recuerdo con su vestido de encaje de bolillo y los rizos castaños de su cabello asomando bajo el sombrero de ala ancha, que su tía se empeñaba en sujetar con un pañuelo a su carita sonrosada. Regresé de despedirla cabizbaja, pues, si bien estaba contenta porque pasaría unos días inolvidables junto a su padre, en el fondo hubiera querido estar a su lado en su día. Daniel Pinto, que me acompañaba, debió adivinar mi tristeza, pues me ofreció su brazo para el camino. Mientras nos dirigíamos al pueblo, él trataba de animarme hablando de los coatíes que pululaban en la zona, mas yo permanecía en silencio, un poco por el recuerdo de mi pequeña amiga y otro poco porque era la primera vez que un hombre me llevaba del brazo.

La ausencia de Evelina coincidió con el inicio del campeonato deportivo, por lo que las clases solo duraban hasta media

mañana. Los partidos de fútbol y otras disciplinas deportivas capturaban la atención de los habitantes de San Mateo, pero a mí poco me interesaba el torneo e iba a verlo únicamente para no desairar a mis alumnos. Otro a quien tampoco entusiasaban los deportes era a Daniel Pinto, así que durante los encuentros de fútbol nos dedicábamos a conversar. Sin embargo, el ruido era tan intenso que a los pocos días decidimos aprovechar ese tiempo para pasear por el pueblo y sus alrededores. Las calles deshabitadas daban la impresión de ensancharse bajo el intenso sol que blanqueaba aún más las paredes de las casas y hacía relucir los árboles de palta, maracuyá y aratikú, que sin mezquindad extendían sus ramas por encima de las verjas. Daniel Pinto llenaba su sombrero con fruta y caminábamos hasta el molino o hasta la cima de una peña, donde nos sentábamos en una gran roca, a la sombra de un palo de cruz. Allí, él me relataba anécdotas de su infancia o de los colonos. También hablábamos de mí. Yo le contaba de mi vida al salir del poder de las hermanas ursulinas, de los lugares donde me había desempeñado como maestra o institutriz y de mis libros preferidos. Él escuchaba muy atento. No obstante, reparé en que sus ojos se detenían siempre en un par de pulseras que, de cuando en cuando, asomaban bajo la manga de mi vestido. Un día, el último de nuestras caminatas, me las saqué para mostrárselas. Eran artículos indígenas, fabricados con semillas, de los que nunca me separaba, pues mi madre me las había entregado antes de abandonarme en la puerta del orfanato. Era un recuerdo vago, doloroso, que jamás había compartido con nadie. Él me abrazó fuerte y no pude evitar soltar un sollozo que terminó de modo abrupto, al ver pasar a toda velocidad la carreta de Teodoro Müller con Evelina en la parte de atrás, envuelta en una manta roja.

Llegamos a casa de los Müller lo más rápido que dieron nuestras piernas. El doctor Hoffman ya se encontraba examinando a la pequeña en compañía de don Teodoro. La anciana tía de Evelina nos explicó, o más bien le explicó a Daniel Pinto, pues se dirigió a él en todo momento, que después de celebrar su cumpleaños la niña amaneció indispuesta de modo repentino; su hermano creyó que su hija se hallaba con alguna clase de indigestión porque se quejaba de dolor de estómago, náuseas y vómitos. Los indios le prepararon una tisana con hierbas de la zona y la pequeña pareció restablecerse por unas horas, pero al caer la noche su estado empeoró. Ya no la aquejaban las náuseas o los cólicos, sino escalofríos y dolor de cabeza. En vista de esto, su hermano ensilló su caballo y cargó con su hija durante muchas horas, hasta que el camino se hizo más ancho y pudo trasladar a Evelina a la carreta, que siempre dejaba a pocos kilómetros del pueblo. Ya para entonces la fiebre se había declarado y su sobrina regresó a casa en estado de delirio. El doctor Hoffmann salió de la habitación de Evelina y su semblante hizo que mi corazón se crispara.

Permanecí toda la mañana en casa de los Müller, a la espera de alguna mejoría en la salud de mi queridísima niña. Sin embargo, las horas pasaban sin que se advirtiera cambio alguno. El doctor Hoffmann le suministró gotas e inyecciones y hasta ordenó sumergirla en un baño de agua fría para bajar la temperatura, pero esta no cedió. A eso de la una de la tarde, el galeno optó por internar a la pequeña en el hospital. El propio doctor la conduciría en su auto, el único que existía en el pueblo, hasta la ciudad más cercana, a cinco horas de distancia. Antes de iniciar el viaje, el médico, en previsión de un desenlace fatal, hizo llamar al padre Adolph. Yo no podía

creerlo. Mi niña, la dulce criatura que con su cariño y nobleza embellecía mi mundo y a la que solo unos días atrás había visto partir al monte, ilusionada, radiante, con su vestidito de fiesta y tan feliz como nunca la vi, desfallecía ahora sin que las medicinas obraran su efecto, sin que yo pudiera evitarlo y sin que Dios escuchara mis oraciones. Cuando el padre Adolph ingresó con su Biblia en la recámara de Evelina, perdí el sentido. Al recobrar la conciencia, Daniel Pinto sostenía mis manos y sonreía. «Está mejor, la fiebre ha pasado». Empecé a llorar de alegría, pero esas lágrimas ya auguraban el dolor, la angustia y la desolación que vendrían después.

Quizá el bondadoso padre Adolph ejerció una influencia sanadora, pues, según comentaron, mientras el sacerdote rezaba junto a la cabecera de la enferma, la fiebre descendía paulatinamente. Hasta que Evelina al fin despertó. «Agua», pidió. Bebió un vaso lleno, se dio vuelta y volvió a dormir. Esta vez, con un sueño sin respiración entrecortada ni sudor. Todos nos encontrábamos felices, la tía de Evelina nos invitó a cenar y, en tanto esperábamos la comida, el señor Müller sirvió pequeñas copas de *obstler* para agasajar tanto al médico como al sacerdote. Sin embargo, el doctor Hoffmann se hallaba todavía pensativo e insistía en llevar a su paciente al hospital. El padre Adolph, por el contrario, rebotaba alegría. Y si bien estaba de acuerdo en practicarle exámenes más exhaustivos a la pequeña, era partidario, como todos los demás, de que la niña descansara tranquila esa noche. Terminado el último bocado, decidí echarle un vistazo a la niña e ingresé a su habitación para comprobar que todo estuviera en orden. Aún no despertaba cuando me acerqué para tocar su frente. Estiré la mano y ella abrió los ojos. «¡Aléjate de mí, perra india!», me dijo.

Dos semanas después de aquel incidente, Evelina regresó a la escuela. Los análisis realizados en la ciudad, así como el color de sus mejillas, daban cuenta de su perfecto estado de salud. No obstante, yo la notaba distinta. No era que su rendimiento escolar hubiera descendido; sus calificaciones continuaban siendo sobresalientes. Lo que sucedía era que, a veces, ante pequeñas contrariedades, como la demora en la devolución de un borrador prestado a un compañero de aula o su eliminación en algún juego, en sus ojos aparecía un destello de ira y su rostro adquiría una expresión de ferocidad y rabia contenida que nunca había observado en ella. Pero lo que más me extrañaba y me dolía era que, desde su enfermedad, su actitud conmigo hubiera cambiado. Yo no había comentado con nadie lo que la niña me dijo aquella noche en su casa. De hecho, al oírla echarme de su lado de manera tan hostil, solo atiné fue a retirarme de su habitación. Teodoro Müller se dio cuenta de mi turbación e ingresó enseguida a la recámara de su hija solo para encontrarla durmiendo de modo plácido y relajado. Yo tenía la esperanza que lo ocurrido en aquella oportunidad fuera producto de un rezago de los delirios de la fiebre, mas no fue así. En clase, o cuando nos encontrábamos en compañía de alguien más, su comportamiento hacía mí era el mismo de antes. Contestaba mis preguntas y mantenía un diálogo animado y hasta cariñoso. Pero en cuanto nos quedábamos a solas, ella me lanzaba una mirada cargada de odio y se marchaba en el acto. Afligida y perpleja por lo que sucedía, resolví compartir mi pesar con la persona en quien más confiaba.

No había vuelto a tener una charla extensa con Daniel Pinto desde la milagrosa recuperación de Evelina. El aniversario de San Mateo se aproximaba y los ensayos de la

orquesta se ampliaron una hora, pues el evento central de las celebraciones sería un concierto que darían a la comunidad. Daniel Pinto lucía agotado al terminar cada sesión, por lo que solo intercambiábamos breves frases. Él me había informado que le daría clases a Evelina también los fines de semana; se lo había pedido especialmente, pues quería deslumbrar a su padre el día de la gala. Yo lo echaba de menos. Hacía más de un mes que no conversábamos con tranquilidad y necesitaba comunicar mis inquietudes a alguien cercano. Así que decidí ir a verlo. En San Mateo la gente se retiraba a descansar muy temprano, a partir de las siete las calles se vaciaban por completo. Medité mucho antes de ir a visitarlo y cuando lo hice eran las nueve de la noche. Pensé que si no veía la luz encendida no llamaría a su puerta. La oscuridad era intensa, el lamparín que llevaba apenas iluminaba un pequeño círculo a mi alrededor y su casa se ubicaba casi en las afueras del pueblo. El resplandor de su ventana indicaba que se hallaba despierto. Me detuve a unos metros. El rumor de una discusión llegaba a mis oídos de modo tenue, de manera que no podía captar el sentido de las palabras. Reconocí la voz de Daniel Pinto, mas no la de su acompañante. En un esfuerzo por escuchar mejor, recosté mi cuerpo contra la cerca de madera que rodeaba la vivienda. La verja cedió y caí sobre ella, produciendo un gran ruido. El lamparín rodó lejos y, sin distinguir nada, solo logré ponerme de pie cuando Daniel Pinto acudió en mi ayuda. Avergonzada, no me atreví a quedarme ni a hacerle ninguna confidencia. Lo único que hice fue disculparme por la rotura de la cerca y decirle que salí a dar un paseo porque no tenía sueño. No sé si lo creyó, pero igual me acompañó de regreso. Mientras caminábamos, él afirmó que tampoco podía dormir y que, para entretenerse, leía en voz alta algunos poemas de Crisóforo Peralta. No obstante,

me pareció tenso, apesadumbrado. Además, estaba segura de haber oído una segunda voz y el murmullo de una disputa.

A la mañana siguiente vi con una luz distinta mi aventura nocturna. Yo estaba muy nerviosa, la negrura de la noche, el sonido del viento entre los árboles y los ruidos propios de los animales de la selva debían haber exaltado mi fantasía hasta el punto de hacer percibir como una discusión lo que sin duda eran los versos de Peralta, leídos con pasión por Daniel Pinto. Me sentí una tonta por haber roto la cerca de su casa, por ocurrírseme ir a verlo en medio de la noche y por mi viva imaginación, que me había jugado una broma al confundir una declamación, tal vez un poco histriónica, con una discusión donde incluso me pareció haber oído la voz de una mujer. Qué locura, pensé, y decidí aprovechar el ensayo de ese día para descargar mi corazón con mi amigo y colega, pero, de modo inusual, él llegó retrasado a la práctica. Lucía pálido, aunque de manera rápida se entregó a su tarea con el brío que lo caracterizaba. Los padres de familia que se hallaban presentes aplaudieron vivamente el desenvolvimiento de sus hijos y colmaron de felicitaciones al maestro de música. Él apenas si agradeció los elogios, pues se despidió enseguida aduciendo que estaba entregado a una composición propia, por lo que le era necesario dedicar todo su tiempo sobrante a trabajar en su obra. Al notar su prisa no quise importunarlo y solo salí a la puerta para verlo marchar. Su figura delgada, con el cabello revuelto por el viento, que se abatía contra su cuerpo y hacía ondear su eterno saco marrón, no sé por qué, hicieron que imaginara un cachorro de otorongo con una pata herida. Esa imagen me conmovió de tal manera que para evitar echarme a llorar opté por reintegrarme a la conversación con los alumnos. Al volverme, vi a Evelina reclinada

sobre el alféizar, con la cabeza apoyada en ambas manos. Observaba, igual que yo segundos atrás, como se alejaba Daniel Pinto. La expresión de su rostro era plácida, casi ensoñadora; en cambio, en su mirada existía un destello de soberbia y, no encuentro la palabra exacta, una especie de vehemencia que yo únicamente había visto en ojos de personas adultas. Al advertir que la contemplaba, me dirigió una sonrisa cariñosa, como las que solía regalarme antes de su enfermedad, y se retiró de la ventana.

El comportamiento de Daniel Pinto no volvió a la normalidad en los siguientes días. En los ensayos lo veía siempre apurado y nervioso (en una ocasión sustituyó la hoja de una partitura por otra, se dio cuenta enseguida, pero ya todos lo miraban asombrados). Sin embargo, lo que más llamaba mi atención, era que últimamente llegara justo a tiempo para iniciarla clase o trascurridos pocos minutos después de la hora en que debían comenzar. Daniel Pinto me había confiado que le gustaba mucho arribar media hora o veinte minutos antes de que los chicos hicieran su aparición, porque le permitía disfrutar de aquel ambiente silencioso y escuchar después como la música ascendía y colmaba el recinto: es, dijo, como desplegar un díptico donde ambos paisajes se complementan. Aquella costumbre suya era algo que corroboré desde que empecé a ir a los ensayos. Otra cosa que tampoco entendía eran sus raudas despedidas al finalizar las prácticas. Antes siempre se daba un tiempo para charlar con sus pupilos o absolver sus preguntas. Ahora guardaba de inmediato las partituras para lanzarse hacia la calle, donde la prisa de sus pasos no disminuía. Yo lo conocía bien y por eso me sorprendía su actitud. Él era un hombre sensible, amable, responsable, su puntualidad era proverbial y sabía que por más atareado que

estuviera en su obra no renunciaría a unos pocos minutos de silencio previos a la música. Por otra parte, sabía también que las clases representaban para Daniel Pinto la oportunidad de formar espiritualmente a sus alumnos y eso era algo que él valoraba tanto como la música. Al concluir uno de los ensayos lo seguí para conversar. Iba casi detrás de Daniel, pues me costaba caminar a su misma velocidad. Mantener un diálogo de esa manera era tan incómodo que le pedí por favor que se detuviera un momento, cosa que hizo solo para decir que disfrutaba mi compañía, «pero ahora no tengo cabeza para hablar con nadie, estoy... estoy muy ocupado». Sin decir nada, di media vuelta y comencé a regresar. Pero él me alcanzó, tomó mi mano y dijo, esta vez mirándome a los ojos: «Perdona, no sabes lo importante que eres para mí», e inmediatamente se apartó y continuó su camino. De regreso, vi una víbora reptando en el follaje, mas no me asustó. La última frase de Daniel Pinto resonaba en mis oídos y hacía que surgiera en mi interior un sentimiento de piedad por todo lo viviente, a la par de una tibieza extraña y protectora que era blanda y firme al mismo tiempo.

Pocos días antes del concierto el carácter de Evelina retomó su particular dulzura. Una mañana, al terminar la clase, le pedí que se quedara un momento para entregarle el regalo que tenía reservado para ella desde su cumpleaños. La pequeña no contestó y se alejó corriendo. Al día siguiente, fue ella misma quien aguardó a que sus compañeros se marchasen para preguntarme por su obsequio. Cuando le di la muñeca, que guardaba en mi escritorio, me abrazó con la antigua ternura y cariño que yo conocía. Estaba feliz; si bien en los días anteriores la vi mostrarse cada vez más amable y comunicativa conmigo, recién esa tarde sentí que mi niña regresaba a

mí y que cualquier nube extraña entre nosotras se disipaba por completo. Estaba tan contenta que quise compartir mi alegría con Daniel Pinto (tal vez mi visita podría animarlo un poco, pues lo veía cada vez más sombrío). Los ensayos de la orquesta habían concluido la noche anterior, pues los músicos debían tomar un descanso previo a la gala. El programa por el aniversario del pueblo incluía, antes del concierto, una misa y un gran almuerzo familiar en la ribera del río. Pasé por casa de mi amigo, pero no lo encontré, así que dejé una nota bajo su puerta que anunciaba que regresaría a verlo más tarde. Tenía la intención de invitarlo a compartir conmigo el almuerzo junto al río.

Cuando, horas más tarde, regresé a la casa de Daniel Pinto, esta se hallaba a oscuras. Creí que dormía y toqué; la puerta se abrió al primer golpe. Encendí un lamparín, el descuido de la vivienda era evidente, mi nota permanecía en el suelo junto a otros papeles y cáscaras de fruta. Atribuí aquel desorden y suciedad a la excesiva entrega de mi amigo a la composición de su obra. Barrí y ordené todo con cuidado sin encontrar ninguna partitura escrita por él. Lo que sí descubrí, encima de su velador, fue la fotografía de una mujer. Su rostro se parecía mucho a la imagen de la Virgen de la Asunción que existía en el convento de las hermanas ursulinas, con la misma delicadeza de facciones y suavidad en el gesto; no obstante, en sus grandes ojos parecía resplandecer una mirada viva y coqueta, muy alejada de la serenidad característica de la madre de Jesucristo. Una muchacha feliz, pensé, y la imaginé caminando por la calle, tal como aparecía en la fotografía, con la risa a flor de labios, el cabello recogido en un moño bajo, de uso común entre las jóvenes ricas de la capital, luciendo aquel hermoso vestido de organza que dejaba

ver sus tobillos. Una muchacha bella, citadina, alegre, volví a pensar, y de repente me sentí abatida, como si alguien pusiera un espejo frente a mí para señalar todos mis defectos. Ese sentimiento se habría profundizado hasta convertirse en una gran congoja si no fuera porque Daniel Pinto entró a la casa dando un portazo. Despeinado y con los ojos vidriosos, el fuerte olor a alcohol hizo que me alejara. Él tomó asiento junto a la mesa, apoyó los brazos en el tablero, bajó la cabeza y, con un tono de reproche, preguntó: «¿Qué haces aquí?». «Vine a visitarte. Ya me voy», respondí y me dirigí a la salida, pero él me cogió la mano: «¡Quédate!». «Es tarde», contesté, intentando liberarme; él me sujetaba con mucha fuerza. «Por favor», insistí. «Perdóname», me soltó. «No importa, será mejor que te acuestes», contesté, y él repitió: «Perdóname, Laura, por favor. Perdóname, no merezco tu compañía, no merezco tu perdón». Iba a repetirle que no importaba, que estaba disculpado; sin embargo, continuó: «Yo no soy el hombre que crees». «Estás ebrio, mañana te sentirás mejor», repliqué. «¡Déjame hablar!», se exaltó, y callé. «No soy el hombre que crees. Nunca te he hablado del tiempo que viví en la capital, ¿verdad? Allí me llevó Joseph para perfeccionar mis estudios, consiguió una beca en el conservatorio y un alojamiento económico en una pensión para obreros temporales. “El Señor te ha dado el talento, la constancia debes ponerla tú, ten fe y perseverancia, hijo mío”, me dijo el buen Joseph al despedirse. Tenía diecisiete años y era la primera vez que viviría en la ciudad. Mis estudios se iniciaron con buen pie, mis calificaciones eran estupendas, los maestros me elogiaban, pero me encontraba profundamente solo. Mis compañeros de clase provenían de familias acomodadas y jamás se dignaban a mirarme o hablar conmigo a menos que los maestros se hallaran presentes, por lo que yo les pagué

con igual moneda. En la pensión ocurrió otro tanto, pues si bien todos éramos jóvenes de escaso peculio, mis modales refinados y la práctica de un arte me convirtieron entre mis pares en un bicho extraño del que desconfiaban. Una tarde, cansado de pasar los días con la sola compañía del violín, enrumbé hacia plaza España, donde, según sabía, las personas se reunían a olvidar sus tristezas. No tenía un centavo, pero necesitaba mezclarme con la gente, imaginar que era parte de ellos. Aquella plaza parecía otro mundo, un oasis sembrado en la orilla de una ciudad enlutada; allí las muchachas reían sin preocuparse de cubrirse la boca, negros congolese se sentaban en los cafés vestidos de traje y hermosas indias iban del brazo de caballeros elegantes sin que nadie se diera vuelta para mirarlos. También había músicos. En los restaurantes y en las calles, solistas de todo tipo se ganaban el sustento alegrando a parejas y viandantes. ¿Por qué no podía yo hacer lo mismo? Con ese dinero podría comprarme zapatos nuevos, ropa, ir al conservatorio vestido igual que mis inflados condiscípulos o hasta mudarme a un barrio de personas educadas que valoraran mi arte. Empecé a tocar en la plaza solo un par de horas por día; sin embargo, el círculo a mi alrededor era cada vez más grande. Una noche un guitarrista envidioso intentó echarme a golpes; yo me defendí, pero el muy péfido sacó una navaja y estoy seguro de que no hubiera dudado en usarla si es que no se interpone un hombre bajito y regordete, vestido con camisa de seda. Martín Leclere era su nombre y era el dueño del restaurante más lujoso del lugar, además de otros negocios menos honrados. “¿Tocas también el piano, verdad?”, me preguntó mientras se refrescaba con un diminuto abanico chino. Asentí, mas agregué que no era mi especialidad. “No importa —me interrumpió—, serás el nuevo pianista de Á Fleur de Amancaes. Te

espero pasado mañana en la tarde”. Pensaba darme media vuelta y no volver a ver a ese extraño sujeto, pero antes de que lo hiciera me entregó un sobre. “Es un adelantó”, señaló, y se despidió seguido de dos negros que le servían de escolta. Fue la primera vez que vi una libra de oro, el lema Progreso y Justicia rezaba en el anverso de la moneda y pensé que tal vez existían diversos caminos para progresar en la vida. Debuté frente a los habituales comensales del local, más un selecto grupo de especialistas de la prensa que Leclere se encargó de invitar. Cada noche complacía los gustos del público con melodías ligeras o me daba el gusto de sorprenderlos con alguna pieza clásica, lo que hacía que mi fama creciera, junto con las propuestas para tocar en los eventos sociales de los más altos círculos capitalinos, que yo aceptaba o rechazaba según mi humor. Era un éxito, no tenía que esforzarme por nada, a veces pensaba en el conservatorio, tocaba mi hermoso violín y me engañaba diciendo que retomaría mis estudios en Viena o Berlín, cuando tuviera ahorrado suficiente dinero, mas nunca guardaba un solo centavo. La economía no me preocupaba, vivía en una pensión costosa donde era considerado un artista, iba siempre ataviado y calzado con modelos adquiridos en la calle Unión y contaba con un alegre grupo de amigos que me acompañaban a cualquier lugar. Una noche fue a escucharme tocar la muchacha más hermosa que hubiera visto jamás, parecía un ángel condescendido a bajar de los altares. En cuanto ingresó al local, todas las miradas masculinas volaron hacia ella y yo sentí que era afortunado por el solo hecho de tener ante mis ojos a aquella criatura grácil y maravillosa. No soy un prodigio al piano; sin embargo, creo que en esa ocasión ofrecí lo mejor de mí. Durante la velada vi a Leclere conversar de manera animada con la joven, de modo que al finalizar mi actuación le pedí que me

presentara con ella: “¿Deseas conocer a mi ahijada? Por supuesto”, accedió risueño, cubriendo su boca con el abaniquillo chino, un gesto al que acudía siempre que se burlaba de alguien y que yo soslayé ingenuamente en esa oportunidad. Celestine, así se llamaba, acababa de regresar al país tras una gira que la había llevado por la mayoría de las provincias del sur, era actriz, cantante y amante ocasional de caballeros adinerados, aunque esto último lo supe después. Al principio, ella no mostró ningún interés en mí, tenía a todos los hombres del salón casi peleando por ganar su atención y apenas si respondió a mi saludo. No obstante, empecé a enviarle cartas todos los días. En ellas le contaba quien era yo, mis pensamientos y mis sueños, mis recuerdos de infancia (en realidad a partir de mis años en San Mateo, pues no sé por qué lo único que recuerdo del orfanato, es una tarima sin colchón donde me acurrucaba junto a otros cinco o seis niños), también le relataba la biografía de grandes músicos, las noticias que recibía de Joseph y un registro pormenorizado de mis actos diarios. No esperaba que contestara mis misivas, me gustaba escribirle, imaginarla leyéndolas. A partir de la redacción de las cartas comencé a llevar una vida más tranquila, dejé de dilapidar el dinero en diversiones y hasta consideré de manera seria retomar mis estudios. Una mañana, Celestine envió una tarjeta invitándome a desayunar en su hotel. Había leído todas mis cartas y decía sentir por mí una profunda simpatía. Pasamos el día entero en su habitación y al caer la noche yo la amaba con pasión, con ternura, con admiración. Así como yo había sido sincero al revelar mi condición de expósito y los altibajos de mi carácter, ella hizo lo propio narrándome con sinceridad los más terribles pasajes de su vida. No voy a revelarte su historia para no herir tu inocencia, solo te diré que lloramos juntos y le prometí que a

partir de ese momento la cuidaría y no la abandonaría jamás. “Martín y tú son los únicos hombres buenos que conozco, pero él es para mí como un padre y tú eres mi amor”, me dijo. Al principio fuimos muy felices. Celestine era alegre, amorosa, sensible, todo lo que un hombre puede desear, a mí me iba bien, el dinero no era un problema, podíamos entregarnos al disfrute de comodidades y lujos. Un día, un accidente en una estúpida carrera de caballos hizo que me fracturara un brazo y varias costillas, por lo que estuve en reposo por un largo periodo en el que Celestine me cuidó con dedicación. Sin embargo, al quitarme el entablillado descubrí que había perdido la movilidad de dos dedos de la mano izquierda. A partir de ese momento, todo fue un veloz descenso de la falsa cima en la que me encontraba. Ya no servía para el piano y mi carrera de violinista se había truncado. Volví a ser un músico ambulante, con la diferencia que antes mi interpretación del violín hacía que la gente me rodeara admirada y, después, al notar mis dedos tronchados, mis antiguos admiradores se alejaban tirándome alguna moneda por lástima. Celestine permanecía conmigo, pero cada vez salía más por las noches y regresaba en la madrugada. A mí me comían los celos, teníamos discusiones terribles, ella negaba salir con otros hombres, yo no podía creerle al verla llegar con víveres a la pobre habitación que compartíamos, la echaba de mi lado, luego iba a buscarla, suplicante. Ella a veces accedía a regresar y en otras se burlaba de mí. Con todo, creo que ninguno de los dos quería separarse. Una noche la descubrí en una situación indescriptible junto al sátrapa de Martín Leclere y decidí nunca más volver a mirarla. Aquello fue como si de pronto pasara del purgatorio a la cámara más oscura del infierno. Celestine me buscaba, me pedía perdón; yo la insultaba, pero algunas veces accedía a quedarme a su lado y al día siguiente amenazaba

con matarla. Me convertí en un borracho, en un guiñapo. Fue Celestine quien, no sé cómo, se comunicó con Joseph, esperaba que él me ayudara a reponerme y a reconciliarnos. Y así lo hizo, el buen Joseph intercedió por ella, me habló de su arrepentimiento (esa muchacha ha suplicado de rodillas como la misma Magdalena a la que el Señor perdonó), de su amor (el amor purifica, hijo mío, y ella te ama, lo he visto en sus ojos, en sus lágrimas, lo he sentido en su voz), me propuso volver con ella a San Mateo, formar una familia, ser maestro de música de los niños del pueblo. Solamente Joseph podía lograr que aflorara la verdad oculta en el fondo de mi alma. Le rogaría a Celestine que me perdonara, le pediría matrimonio, nos iríamos lejos de la despiadada capital, no a San Mateo, a donde no quería regresar como un fracasado, sino a Chile, donde Joseph tenía amigos a los que podría recomendarme. Fui emocionado a buscarla. En el camino cambié mi saco por el más hermoso ramo de flores. Estaba por doblar la esquina, cuando vi a Martín Leclere cruzar velozmente la calle e introducirse en el hotel donde ella se hospedaba; luego de unos minutos observé cómo Celestine corría las cortinas de su habitación. Si me hubieran permitido entrar al hotel, habría acabado con ellos y conmigo aquella mañana. La fortuna, en cambio, hizo que el congolés que custodiaba la puerta me impidiera el paso por no ir vestido con la ropa apropiada. La furia inicial descendió y a las horas decidí otro modo de vengarme: le seguiría el juego, le haría creer que se burlaba de mí, cuando al final sería yo quien lo haría de ella. Le pedí a Joseph que me consiguiera una plaza en Chile, él accedió creyendo que yo marcharía con Celestine y, mientras tanto, hice que ella me perdonara y accediera a casarse conmigo; le dije que nos iríamos juntos, no a Chile, sino al oriente, a Iaporá, le pedí dinero prestado para adquirir una parcela y dedicarnos

al cultivo del café. Ella aceptó, estaba feliz, me besó las manos y puso a mi disposición una fuerte suma de dinero, sus joyas y hasta su preciada colección de espejitos de plata, (todo lo cual regalé o empeñé a gusto, para luego arrojar los billetes a los viandantes). Una mañana de setiembre Celestine y yo subimos al tren que supuestamente nos conduciría a una nueva vida en Ipaporá y puse en marcha la última etapa de mi plan. A instantes de partir hice que un niño me alcanzara un falso recado urgente, mentí diciendo que Joseph me necesitaba, que me reuniría con ella en Ipaporá y desde el andén miré a Celestine alejarse con el rostro pegado al vidrio de la ventana, con los ojos brillantes de ilusión y de esperanza. Me encontraba a punto de abordar un barco a Valparaíso cuando un revuelo recorrió el puerto: el tren con destino a las provincias del oriente había descarrilado a pocos kilómetros de la estación. Fue entonces cuando comprendí la impostura de mi resentimiento hacia ella y llegué con los primeros voluntarios al siniestrado tren. Esta cicatriz es el recordatorio constante de aquella mañana. Irónicamente, fue Martín Leclere quien me sacó, inconsciente, del vagón en llamas al que me introduje en un vano intento por rescatar a Celestine. Después vinieron la culpa, el no querer vivir, los cuidados de Joseph (a quien no fui capaz de confesar que yo había enviado a Celestine hacia la muerte), el regreso a San Mateo y la comprensión de que quizá la única redención posible estribaba en convertirme en el modesto profesor de los niños de mi pueblo y llevar una existencia solitaria hasta el final de mis días. Sin embargo, apareciste tú y creí que tal vez Dios me brindaba una nueva oportunidad para abrazar la vida, pero lejos de absolverme de mis pecados, el Señor ha escuchado la voz de Celestine y le ha permitido el regreso. Es ella, ¿me entiendes? Celestine ha vuelto. Al principio lo dudé, después

ya no. Me ha relatado detalles de nuestra relación que solo nosotros dos conocíamos, ha descrito de modo exacto los lugares y la gente que frecuentábamos, me ha confesado que el último día que vio a Martín Leclere, este le dio el dinero para que se fuera conmigo. Y me pide, Celestine me exige ahora que no la abandone, que huyamos juntos, que no sea el mismo hombre ruin que fui antes con ella; pero tengo miedo, sé que es una locura, sé que nadie creerá que es cierto, sé que nos perseguirán; y sé también que no tengo alternativa, que debo ir con ella, que tengo que cumplir mi destino a su lado». Al decir esto último, Daniel Pinto levantó la cabeza: gruesas gotas de sudor le caían sobre la frente y sus ojos enrojecidos me dirigían una mirada de angustia. «¡Perdóname!», agregó, e intentó abrazarme por la cintura, pero yo lo esquivé con un golpe y corrí hacia la puerta. Afuera el cielo se pintaba de anaranjados, grises y violetas, como si del fondo de la tierra emanaran lenguas de fuego que incendiaran las alturas.

A la mañana siguiente, las lágrimas no terminaban de secarse en mis ojos. No obstante, la luz de la comprensión se había abierto paso a través de mis cavilaciones nocturnas. ¿Acaso la contradicción de sentimientos no era algo consustancial a la naturaleza humana? Al pensar en mí misma, recordaba el amor, la vergüenza, la añoranza y el odio que durante mucho tiempo sentí hacia mi madre, a la que solo tras años de reflexión alcancé a comprender, nunca a perdonar. Quién era yo entonces para juzgar el comportamiento de un joven solitario y enamorado, un joven que, por otra parte, ya no era el Daniel Pinto que yo conocía. Sí, pensé, todos éramos uno y muchos y quizá el verdadero era aquel al que podíamos mirar a la cara, pues atrás quedaban los que fuimos y los que seríamos eran aún unos desconocidos; además,

la trágica muerte de esa muchacha se debía a un accidente del que él no tenía ninguna culpa. Eran las seis de la mañana, me preocupaba el estado de Daniel Pinto (sobre todo ese delirio suyo sobre el regreso de Celestine), sentía ganas de correr a buscarlo, mas preferí esperar, tenía que pensar bien lo que le diría, quería agradecerle su confianza, hacerle saber que lo comprendía, decirle que podía contar conmigo, que yo también conservaba heridas del pasado, pero que tal vez con el tiempo, la misericordia de Dios y la constante reflexión, ambos podríamos conseguir que ellas dejaran de hacernos daño. Al mediodía me preparaba para ir en busca de Daniel Pinto cuando el padre Adolph tocó mi puerta. El bondadoso anciano llevaba una gran cesta de frutas y me invitaba a compartirlas durante el almuerzo junto al río. «Vengo de casa de Daniel, no lo he encontrado. No sé qué le pasa a ese muchacho, lo noto muy extraño, melancólico, nervioso. Después del concierto conversaré con él». En ese instante por poco le menciono al padre Adolph lo que Daniel Pinto me había contado, mas aquello me pareció un acto de traición y guardé silencio.

Eran las cuatro de la tarde y la conversación de sobremesa continuaba animada en el grupo que formábamos el padre Adolph, la tía de Evelina, el doctor Hoffmann y yo. Aunque a decir verdad, yo intervenía poco y casi no seguía el hilo de la charla, pues mi mente estaba puesta en Daniel Pinto, quien llegó a tiempo solo para compartir el café y después se había retirado a fumar a solas en un punto lejano del río. Mientras el doctor Hoffmann hablaba sobre un nuevo aparato de fotografías en movimiento, me preguntaba por qué Daniel Pinto apenas me había saludado y se mostraba más taciturno que en los días anteriores. Lo más probable era que

se sintiera avergonzado por lo ocurrido la noche anterior, yo quería ir a conversar con él; no obstante, sabía que si iba en su búsqueda, eso daría pie a las habladurías de la anciana tía de Evelina. En un momento dado, la señorita Jenkel se acercó a nosotros preguntando por un pequeño espejo de plata que decía haber perdido, hecho que aproveché para marchar hacía donde se hallaba Daniel Pinto. Su figura sentada sobre el pasto se recortaba contra el crecido follaje de la vera del río, ya no fumaba, se notaba absorto en sus pensamientos, como si mirara y no mirara nada. Yo lo observaba a media distancia, estaba segura de que él no me veía. De pronto, vi que Evelina se acercó corriendo, le dijo algo al oído y se alejó riendo a carcajadas, para luego detenerse y comenzar a saltar a la soga debajo de un árbol. De un minuto a otro, Daniel Pinto pareció recobrar la conciencia del mundo y volteó a ver a Evelina. Para entonces yo me encontraba casi en línea recta frente a él, en un punto medio entre Daniel Pinto y la niña. Suele decirse que los ojos son el conducto más directo para conocer los sentimientos de una persona; sin embargo, hasta el día de hoy no soy capaz de descifrar qué era lo que bullía en la mirada que Daniel Pinto le dirigió aquella tarde a Evelina. Cuando la miró, sus ojos verdes se cargaron de algo parecido a la ternura y la furia, algo triste y a la vez exultante, como los remolinos que se forman en algunos tramos del río y que devoran en su centro todo lo que arrastra la corriente, así la mirada de Daniel Pinto semejaba una vorágine de emociones que se mezclaban en su interior y daban paso a una esencia extraña, indefinible, cuya índole no era buena ni mala, pero de algún modo participaba de ambas condiciones. Al notar que lo observaba, Daniel Pinto se puso rápidamente de pie, me dio la espalda y se retiró a toda prisa.

El concierto se llevó a cabo de manera extraordinaria; cada acorde que salía de la pequeña orquesta recordaba los orígenes sagrados de la música y el solo de violín interpretado por Evelina fue una alabanza que ascendió al cielo y que colmó a todos los presentes de la certeza del amor de Dios. Luego del concierto, el pueblo entero pasó a la fiesta con que se culminaba de modo oficial los actos por el aniversario de San Mateo. El ambiente de la celebración estaba marcado por la alegría del baile de los jóvenes, las entretenidas conversaciones de los adultos y los juegos de los niños, contentos porque se les permitía seguir despiertos hasta muy entrada la noche. Solo Daniel Pinto permanecía solitario, de pie en una esquina, con una taza de ponche en la mano que volvía a llenar a cada tanto, conversando con quienes se acercaban, pero desdeñando las invitaciones a integrarse a algún grupo. Yo lo miraba de soslayo, no me atrevía a acercarme, todavía me dolía su actitud esquiva de la tarde; entre tanto, a mi lado, el padre Adolph trataba de convencer a la tía de Evelina para que distendiera en algo la vigilancia sobre la niña, pues la anciana hacía un buen rato que no tenía a la vista a su sobrina y ya empezaba a preguntar por ella. Teodoro Müller, quien había regresado del campo ese día, estaba tan feliz con el desempeño musical de su hija, y también abonaba para la causa del padre Adolph, y le decía a su hermana que sería mejor que se fuera acostumbrando a la ausencia de Evelina, ya que pensaba enviarla a perfeccionar su talento a la capital. Atravesé el entarimado rumbo a la mesa de los refrescos y en el camino divisé a Evelina de espaldas, junto a unos arbustos; me extrañó que se hubiese alejado tanto de la fiesta y fui hasta ella. Cuando la llamé, la pequeña se giró sobresaltada, soltó de sus manos un espejito de plata que recogió al instante y guardó enseguida en el bolsillo de su vestido. «¿Qué tienes

ahí?», le pregunté. No me contestó, más bien me lanzó una mirada desafiante. «Tu tía te está buscando», agregué, sonrió por única respuesta, dio media vuelta y se marchó despacio, dejándome intranquila. Al volver a la fiesta encontré al doctor Hoffmann a punto de servirse un refresco; el amable doctor me pidió que lo esperase un momento, luego apareció sosteniendo un caleidoscopio: «Me permití comprar uno para usted y otro para el padre Adolph en mi último viaje a la capital. No es igual al nuevo aparato llamado *cinematógrafo*, del que les hablé en la tarde, aunque se le parece un poco, por la apariencia de movilidad de las imágenes», me dijo. Al principio, no quise aceptar el obsequio, aunque después no pude negarme. Yo siempre había soñado con tener uno de esos juguetes, pero por sus altos precios nunca estuvieron a mi alcance. Estaba tan contenta que olvidé casi por el resto de la noche el pesar que me producía el distanciamiento de Daniel Pinto y la actitud de Evelina.

Me despertó el tañido de la campana de la iglesia. Yo había abandonado la fiesta en su plenitud para disfrutar del caleidoscopio, cuyas distintas imágenes parecían formar estrellas o flores, y sin querer me venció el sueño y quedé dormida sobre la cama. Al asomarme a la puerta vi que la gente corría portando lamparines en las manos y los seguía. Todos los adultos formaban una media luna en la puerta de la iglesia; en el centro, Teodoro Müller y el doctor Hoffmann repartían silbatos entre los grupos de hombres que enviaban en distintas direcciones. A un lado de ellos, la tía de Evelina era consolada por el padre Adolph, quien le enjugaba las lágrimas con su pañuelo. Me acerqué al sacerdote para saber qué ocurría y el padre, muy nervioso, me explicó que Evelina había desaparecido, que durante la fiesta la niña le dijo a su

tía que se encontraba cansada, por lo que le pidió permiso para retirarse; sin embargo, a la anciana señora, que por lo general era de las personas que se quedaban hasta el final de la celebración, le sentó mal la comida, así que prefirió ir a recostarse. Al llegar a su casa, pasó por el dormitorio de su sobrina, divisó un bulto en su cama y no quiso despertarla; no obstante, como su malestar estomacal continuaba, decidió enviar a Evelina por un remedio donde el doctor Hoffmann, llevándose una desagradable sorpresa al descubrir una serie de almohadas en lugar de la pequeña. La anciana, que no quería preocupar a su hermano, regresó a la fiesta para preguntar por su sobrina de modo discreto y al final, como nadie le diera razón de la niña, no tuvo más opción que informar a don Teodoro Müller de lo sucedido. El padre de Evelina entonces tomó la palabra y se dirigió a los presentes, pero el resultado fue la misma ausencia de novedades sobre su hija. Por eso, me dijo el padre Adolph, hemos reunido a los hombres, para salir en su búsqueda. Un otorongo ha estado atacando al ganado en las inmediaciones. Un escalofrío recorrió mi cuerpo, la selva en la oscuridad pertenecía a las fieras. Alcancé al doctor Hoffmann, quien se preparaba para recorrer la carretera, justo en el momento en que también se le acercó una mujer que llevaba de la mano a su hijo, un pequeño que no tendría más de seis años. «Evelina estaba con el maestro Pinto», dijo el niño sin titubear. «Me preguntaron si la barca de mi papá seguía al otro lado de la peña».

La noche parecía la boca de una bestia. Mi rotunda negativa a quedarme con las demás mujeres hizo que el doctor Hoffmann aceptara llevarme con él y el grupo de hombres que saldrían hacia el río. El canto de las lechuzas, de las cigarras, el croar de las ranas y los sonidos de los animales que se arrastraban por el suelo, exaltaban en mi ánimo una

creciente ansiedad, que se avivaba con la idea del otorongo que rondaba en los límites del pueblo y del peligro que en aquel instante podía estar cercando a la pequeña Evelina; confundidos con estos pensamientos también se agitaban otros: ¿por qué Evelina había huido de su casa en medio de la noche?, ¿por qué Daniel Pinto tampoco aparecía por ningún lugar?, ¿acaso lo que afirmaba el niño era cierto y ambos se hallaban juntos en el algún punto del río? Mis interrogantes fueron cortadas por un grito: «¡Allí, allí!». Todos dirigimos nuestros lamparines hacia el lado oeste del río. Un botecito surcaba la corriente, en su interior Evelina y Daniel Pinto remaban, alejándose cada vez más de nosotros, sin hacer caso a nuestro llamado. Los hombres se movilizaron y los persiguieron desde la orilla; uno de ellos dijo que tenía un bote en las cercanías y varios fueron tras de él. Yo quise ir con ellos, pero el doctor Hoffmann amarró fuertemente las riendas de mi caballo al tronco de un árbol y a pie no pude seguirlos lo suficientemente rápido. Desde el borde del río vi como un segundo bote se lanzaba al agua, cómo, conducido por sus ocho fuertes remeros, daba veloz alcance a la ligera canoa en la que navegaban Daniel Pinto y Evelina, cómo los ocupantes del segundo bote intentaban saltar sobre el primero, siendo repelidos por Daniel Pinto con su remo. De repente, en un vaivén de la canoa, Evelina cayó al agua y los hombres aprovecharon para quitarle el remo a Daniel Pinto, en tanto otros se arrojaban en pos de la niña. Cuando al fin estuvieron a pocos metros de mí, vi al doctor Hoffmann haciendo esfuerzos por contener a Evelina, que, totalmente empapada, luchaba, pataleaba y profería toda clase de maldiciones y blasfemias pidiendo que la soltara, mientras a sus espaldas se elevaban las airadas voces de los hombres que traían golpeado y amarrado a Daniel Pinto.

La conmoción causada en San Mateo al conocerse la detención de Evelina en su huida junto a su maestro de música iba en aumento a cada minuto. Daniel Pinto fue depositado en el ayuntamiento a la espera de que llegara el comisario de la ciudad, en tanto Teodoro Müller tuvo que ser encerrado en la iglesia para evitar que se convirtiera en un asesino; la gente, por su lado, hablaba de la justa revancha de un padre por el perversa seducción de su hija y se refería a Daniel Pinto como el taimado mestizo o como el lobo disfrazado de maestro. A mí me costaba creer que las personas del pueblo, que hasta hace unas horas estimaban y respetaban a Daniel Pinto, ahora, sin la menor vacilación, lo juzgaran un ser pérfido y despreciable, pero no sabía qué hacer, mi cabeza era un torbellino de preguntas que no reposaban en ningún pensamiento fijo. Desde su captura en el río, Daniel Pinto mantenía un obstinado silencio que no rompió a pesar de mis suplicas, ni de los golpes que le asestó un furioso Teodoro Müller al darnos el alcance en el camino. Por otro lado, todos estábamos desconcertados por el lenguaje procaz con que se expresaba Evelina y con las pecaminosas frases con las que se dirigía a Daniel Pinto. Yo, que conocía bien a ambos, que era testigo de los repentinos y extraños cambios en el carácter de la niña y que recordaba la historia que Daniel Pinto me había confiado, no podía dar por sentado aquello que todos los demás daban por cierto y en mi mente cada vez cobraban mayor fuerza las palabras de Daniel Pinto referidas al regreso de Celestine. ¿Sería posible que el alma de Celestine hubiese conseguido traspasar los límites de la muerte? Tenía que hablar con Evelina, examinar sus palabras, salir de dudas; a la vez, también necesitaba que el padre Adolph calmara a la indignada muchedumbre, pues la ira de la gente empezaba a manifestarse lanzando pequeñas piedras a la fachada del ayuntamiento. Hallé al padre Adolph

saliendo de la iglesia: el pobre anciano lucía indignado, lívido. «¡Están equivocados, hija, no es cierto lo que dicen!», me dijo agitado. Al verlo cambié de opinión y más bien le rogué que fuese a descansar, pero él siguió de largo sin oír mis súplicas. Mi única esperanza era el doctor Hoffmann.

Encontré al galeno en casa de Evelina, cuyos insultos y maldiciones pidiendo que la dejaran salir se dejaban escuchar desde la entrada. Me recibió la señorita Jenkel (que después negó en mi cara todo lo ocurrido aquella noche) y enseguida ella se retiró a continuar velando el sueño de la anciana tía de la niña, que dormía luego de que el médico le suministrara un sedante. Cada segundo era valioso, por lo que de inmediato informé al doctor de mis preocupaciones por el estado de salud del padre Adolph y por el peligro que corría la seguridad de Daniel Pinto. El doctor Hoffmann salió raudo, dejando en mis manos la llave de la habitación de Evelina. Al oír que estaba sola, la niña me llamó cambiando el tono de su voz y yo pegué mi oído a su puerta.

—Yo conozco tus sentimientos. Te he observado cuando íbamos al río, cuando le enseñaste a Daniel esa baratija que llevas amarrada a tu muñeca, cuando hoy en la fiesta lo mirabas de reojo, fingiendo atender las conversaciones y la música.

—Evelina, ¿por qué hablas así? ¿Por qué te comportas de un modo tan raro?

—¡Escúchame! La gente del pueblo lo odia, no saben nada de nosotros, están furiosos y lo matarán, y si no me ayudas tú serás su cómplice.

—Evelina, por favor, dime...

—¡Cállate! Yo puedo salvarlo, solo tienes que abrirme la puerta.

En ese momento, la señorita Jenkel apareció en la sala

—¿Qué hace usted allí? ¿Qué le está diciendo a la niña?

Me aparté de la puerta y Evelina levantó la voz:

—¡Lárgate, vieja cacatúa! ¡Fuera, fuera de aquí!

—Usted está inquietando a la pequeña. No sé cómo tiene la desvergüenza de venir a la casa, al hogar que su amigo ha destruido.

—¡Cacatúa miserable! La desvergonzada eres tú, ya no te acuerdas del albañil de la Ringstraße, de la paliza que te dio su mujer cuando los descubrió y de cómo aún así seguías persiguiéndolo con las bragas mojadas.

—¡Eso es una infamia! ¡No es cierto! ¡No es cierto!

—¡Claro que es cierto! Cómo gritabas mientras él empujaba su verga entre tus piernas. ¡Oh, Klaus, Klaus!

—¡Basta! ¡Calla, calla!

Las carcajadas de Evelina resonaban en toda la casa.

—¡Lo que dice la niña es falso! ¡Usted y el otro mestizo tienen la culpa! ¡Ustedes la han corrompido! —dijo la señorita Jenkel con lágrimas en los ojos.

La risa de Evelina cesó y volvió a dirigirse a mí con una voz desesperada, mientras arremetía contra la puerta.

—¡Déjame salir, todavía puedo salvarlo! ¡Ayúdame, ayúdame! ¡No, Daniel! ¡No lo hagas! ¡Noooo...!

Su grito fue tan desgarrador que introduje la llave en la cerradura y entré de golpe en su habitación. Para sorpresa de la señorita Jenkel y mía, Evelina se encontraba acostada en su cama, dormida, abrazando a la muñeca que yo le había regalado. La señorita Jenkel y yo cruzamos miradas: ¿cómo podía la niña haber llegado tan rápido de la puerta hasta su

cama? «No duerme, está fingiendo», dijo la señorita Jenkel, pero al moverla comprobó su profundo estado de inconsciencia: «Tiene fiebre», me dijo, señalándola. Yo coloqué mi mano sobre su frente. Evelina ardía como si estuviera recostada sobre carbón encendido.

Recuerdo aquella madrugada como si las horas no dieran paso al amanecer, sino a una oscuridad que todavía hoy me alcanza cuando cierro los ojos y veo al padre Adolph tendido boca arriba a las puertas del ayuntamiento, mientras el doctor Hoffmann, con las dos manos, ejerce presión sobre su pecho gritando: «¡Aléjense, aléjense!» al gentío que aprieta el círculo en torno a ambos. Cuando salí de casa de los Müller, preocupada por el grave estado de Evelina, la calle era un alboroto, nadie hacía caso a mis preguntas sobre dónde podría hallar al doctor Hoffmann y, al notar que la gente corría en dirección al ayuntamiento, los seguí. Me abrí camino a empujones entre la multitud que se lamentaba (oh, Dios, es terrible, llevémoslo a la ciudad, pobre, no ha podido soportarlo): en el centro de la multitud se abrió un pequeño espacio y los vi, el padre Adolph con los ojos abiertos y una mueca de intenso dolor dibujada en la cara y el doctor Hoffmann, inclinado sobre él, con el cabello revuelto y el rostro enrojecido por el esfuerzo de presionar una y otra vez el pecho inerte del anciano. Caí de rodillas junto ellos y, entre sollozos, tomé la mano del bondadoso sacerdote. De pronto, alguien dijo: el cerdo mestizo no dejó de hacer daño hasta el final, deberíamos descolgar su cuerpo de esa viga y dárselo a los perros. Entonces dirigí la vista hacia el interior del ayuntamiento y sentí que la tierra se abrió bajo mis pies.

Tengo escasa memoria de los meses posteriores a esa madrugada. Sé que la pequeña Evelina falleció en el hospital un

día después y sin recuperar la conciencia. Sé que, por consideración al recuerdo del padre Adolph, el doctor Hoffmann logró convencer a la comunidad para sepultar a Daniel Pinto en una tumba sin nombre junto al cementerio (como suicida era imposible hacerlo en tierra consagrada), pero que, al día siguiente, desconocidos violentaron su sepultura y se llevaron su cadáver sin que nunca se supiera cuál fue su destino (en el pueblo siempre circuló el rumor de que Teodoro Müller, junto con algunos hombres, robaron y vejaron el cuerpo de Daniel Pinto, para luego arrojar sus restos al río). En cuanto a mí, gracias a los cuidados del doctor Hoffmann, poco a poco fui saliendo de esa especie de letargo, de agonía que me sacó de mí, dejando mi mente con la lucidez suficiente para saber que sufría y sin el discernimiento necesario para distinguir el sol de la luna. La desconfianza de los colonos hacia mí (patrocinada por la señorita Jenkel y la tía de Evelina), hizo que durante una temporada me exiliara en la capital, de la que regresé junto con una misión de hermanas ursulinas, luego de que la ambición por el mineral convirtiera al pueblo en una ciudad con habitantes provenientes de todas partes del país y aparecieran las primeras tabernas, los antros de bailarinas y los niños desamparados vagando en las calles. Como maestra en la casa para expósitos de San Mateo he visto pasar, a partir de entonces, a cientos de niños que luego se convirtieron en contadores, enfermeras, ladrones o meretrices, y sé que en todos ellos brillaba una luz que luego el mundo se encargó de acrecentar o de extinguir. No soy ingenua, sé por experiencia que las religiosas te cobran el pan que te entregan y que lo único que puede salvar a esos pequeños es su perseverancia en el estudio y su fortaleza para no cerrar su corazón a la fe en Dios y en los hombres. Al menos eso es lo que he tratado de inculcarles desde mi modesto puesto docente. Eso es,

también, algo que hubiese querido enseñarle a mi pequeña Evelina. ¡Cuánto tiempo ha pasado! Tenía veintitrés años cuando arribé a este alejado punto en medio de la selva; sin embargo, no ha transcurrido un solo día en que no piense en Evelina, en Daniel Pinto, en lo que sucedió hace más de cinco décadas atrás. Acaso deba cesar de repasar el pasado, de buscar echar luz sobre las sombras, de intentar rescatar de la muerte retratos más completos de los que hace mucho nos dejaron, pero cuando recuerdo el odio de los colonos, la rapidez con la que condenaron a Daniel Pinto y la seguridad con que atribuyeron el insólito comportamiento de Evelina a la seducción ejercida por su maestro, no puedo sino oponer, en contraparte, una serie de eventos rodeados por una espesa y profunda niebla que mi vista no logra atravesar. No sé si la tragedia que se llevó a Evelina y a Daniel Pinto tuvo su origen en fuerzas más allá de la racionalidad humana o, como me dijo el doctor Hoffmann, se trató de un demente que se creyó sus propias alucinaciones y que arrastró con ellas a una niña impresionable. El hecho es que los extraños sucesos que conozco, y de los que fui testigo, hacen que solo conserve incertidumbres, interrogantes que se funden con la imagen de la indescifrable mirada que Daniel Pinto le dirigió a Evelina en el almuerzo junto al río, una mirada que regresa muchas noches a mis sueños, como un tornado que me empuja a un despeñadero en tinieblas, o como la puerta de ingreso a la posible respuesta del enigma que tal vez me acompañe hasta el día en que el Señor me llame a su presencia y, en su cálido seno, alcance la paz que solo nos brinda el conocimiento de la verdad.

